

La difícil tarea de los pioneros

P. Juan Vigna

Apuntes autobiográficos



Inspección "Sagrado Corazón de Jesús"

P. Juan Vigna

La difícil tarea de los pioneros

Apuntes autobiográficos

Inspección "Sagrado Corazón de Jesús"

La difícil tarea de los pioneros
Apuntes autobiográficos
ISBN: 978-9942-8526-0-1

2014

Centro Salesiano de Publicaciones
Pastorales José Ruaro
Av. 12 de Octubre N23-88 y Wilson
Tel. 02-2506251
correo-e: publicacionespastorales@salesianos.org.ec

Coordinador de la serie "Misioneros salesianos":
P. Juan Bottasso, sdb

Impreso en Centro Gráfico Salesiano, Vega Muñoz 10-68.
Telf. 283 1745, ext. 21903, Cuenca-Ecuador.

Índice

Prólogo , P. Marcelo Farfán	9
Presentación , P. Juan Bottasso	11
MEMORIAS	17
Introducción	17
I MI VOCACIÓN	
Primeros estudios	18
En el aspirantado de Penango	18
El noviciado	22
Servicio militar	25
Regreso al noviciado	27
Valsálce	29
Las vacaciones en Piova	31
Tirocinio	33
Años duros	33
Borgo San Martino	35
Estudios teológicos	37
Casale Manferrato	38
Enfermedad y ordenación	38
II MISIONERO	
El Año Santo de 1925	41
Curación y viaje a las misiones	42

Ecuador	43
De los Alpes a los Andes	45
Llegada a Cuenca	48
El Vicariato de Méndez	50
Méndez-Kuchantsa	52
¿Casos curiosos? ¡Sin fin!	53
De Kuchantsa a Macas	54
Costumbres de los jíbaros	56
Macas y sus habitantes	64
Regreso a Méndez	71
Director de Gualaquiza	75
Gualaquiza	77
Misionero de jíbaros y colonos	80
Reconstrucción de la misión	83
Viaje a Indanza, Macas y Cuenca	87
Un recuerdo más de Gualaquiza	90
Párroco de El Pan	93
Director de Macas	96
El azote de la viruela	98
Vida de los internados	100
Sucúa	101
El incendio	104
Delegado al Capítulo General	104
Colegio Cristóbal Colón	106
Provicario de las Misiones	107
La Casa Central de las Misiones	108

La guerra de 1941	110
Acusaciones	113
Acuerdo de Gobierno número 620	115
La residencia del Vicario Apostólico de Cuenca	120
III REGRESO A ITALIA	
Salida vía Brasil	123
Destinado a Punta Arenas-Chile	124
Un paréntesis: Un poco de historia del Vicariato de Punta Arenas	125
IV REGRESO AL ECUADOR CON MONSEÑOR RADA	
Guaranda	128
Llegué a Quito	130
En la Inspectoría de Cuenca	131
Párroco de María Auxiliadora	133
Director de Paute-Yumacay	136
Definitivamente en el Colegio Cristóbal Colón	138
ANEXO	
La Inspectoría Salesiana del Ecuador, en los decenios de 1920-1930-1940	143
El sueño de Don Bosco	144
Estancamiento	147
El padre Montaldo	151
Los padres Morales y Brito	154
La renovación	157
El padre Corso	161
Nuevos horizontes	164

Prólogo

La Inspectoría del Ecuador, desde sus orígenes, fue pensada por Don Bosco y los primeros salesianos como una Inspectoría misionera. De hecho, apenas asentada la presencia salesiana en el Ecuador, se inició el trabajo evangelizador con el pueblo shuar. Décadas más tarde, se amplió la acción misionera con el pueblo achuar y ya en la década de los años setenta, con los pueblos kichwas de la Sierra ecuatoriana.

Al celebrarse el segundo centenario del nacimiento de Don Bosco, con la presente colección “Misioneros Salesianos”, la Inspectoría del Ecuador quiere dar a conocer los rasgos biográficos, la actividad, el pensamiento, los aportes de un puñado de aquellos religiosos que hicieron palpable el carisma salesiano en el campo misionero.

En esta ocasión, el P. Juan Bottasso ha rescatado y preparado la edición de los apuntes autobiográficos del P. Juan Vigna, misionero salesiano de lo que podríamos llamar de la “segunda generación”. Estos apuntes son un verdadero tesoro para comprender el desarrollo de la obra salesiana en el Vicariato Apostólico de Méndez. El estilo, la profundidad de las observaciones, la capacidad de análisis y, sobre todo, el testimonio de vida hacen de estas páginas un texto de hondo contenido misionero. En esas páginas se descubre el vigor de la opción misionera de los primeros tiempos y se puede valorar los cimientos sobre los cuales se ha construido esta querida Inspectoría.

El conocimiento de la vida y obra del P. Juan Vigna sea motivo para vivir radicalmente la vida cristiana entendida como encuentro con el Señor y como envío a proclamar la buena nueva del Reino en el mundo.

P. Marcelo Farfán, sdb

Inspector de los Salesianos en el Ecuador

Presentación

En la ya larga historia de la presencia salesiana en el Ecuador y, de manera especial, en el Oriente, se destaca una figura que ocupa un lugar muy especial, la del padre Juan Vigna. Sin miedo de exagerar, se puede afirmar que a él se debe la mayoría de las intuiciones que han permitido la estructuración del Vicariato Apostólico de Méndez, llevándolo a un florecimiento por todos reconocido.

Lástima, que su labor se haya visto dificultada por una serie de incomprensiones y tropiezos, debidos, en buena parte, a su carácter nada fácil. Él fue perfectamente consciente de esta limitación, tanto que, con puntilliosidad, dejó consignada una observación que, con franqueza le hizo un cohermano suyo. “El día 27 de junio (1979), a las 7:30 en mi cuarto, el padre Guido Camillotto, de paso por esta ciudad, en una conversación privada entre los dos, me dijo estas textuales palabras: En las misiones le tienen miedo (sic) a usted. De usted dicen que nadie lo puede aguantar por su mal carácter, pero reconocen que es el único que ha hecho algo por las misiones y, contra lo que usted puede decir sobre las misiones, nadie puede objetar nada, ni contradecir”.

Tal vez, al afirmar que es el único que ha hecho algo, al padre Camillotto se le fue la mano: puede que haya exagerado, para suavizar la crudeza de la primera apreciación, pero es verdad que el padre Vigna fue aquel que, del panorama del Vicariato, tuvo una visión global, clarividente y, en muchos aspectos, moderna.

1. En el momento en que la labor misionera parecía estancada, a mediados de los años veinte del siglo pasado, por no verse fruto alguno de la presencia entre los shuar (se hablaba del famoso “palo seco”), él, con los padres Corbellini y Ghinassi, impulsó la iniciativa de los internados, empezando la transformación desde los niños. La fórmula, poco a poco, llegó a conocer un desarrollo enorme. En nuestros días, con cierta razón, se la critica, pero nadie puede negar que no faltaron los efectos positivos, visibles hasta hoy. Más tarde, se atribuyó a Monseñor Comín este impulso. No es extraño: como Obispo, él era el responsable del Vicariato y es natural que sobre él

recayeran los méritos, cuando se cosechaban éxitos. Pero se sabe que, por lo menos en un comienzo, él no confiaba mucho en este método, prefiriendo fomentar la inmigración de colonos que, con su presencia, transformarían al shuar.

2. Pero también este camino resultaba muy ambiguo y los problemas asomaron pronto. El padre Vigna no fue el único ni el primero que se dio cuenta, que la avalancha de los colonos pondría en peligro la sobrevivencia misma del pueblo shuar. El tema debe haberse debatido mucho entre los misioneros y ya en 1935 el padre Gianlorenzo, “apoderado” de Monseñor Comín, firmó un convenio con el gobierno de Velasco Ibarra, en base al cual la Misión Salesiana se hacía garante de la conservación de una extensa área, reservada al pueblo shuar. En sus memorias, el padre Vigna hace referencia a ese documento, pero no dice hasta qué punto participó en su formulación. De todas maneras, antes de que expiraran los 15 años estipulados, retomó el tema con el mismo presidente Velasco Ibarra, firmando esta vez como “mandatario” de Monseñor Comín (1944). Una parte de la opinión pública reaccionó de manera enérgica y sumamente crítica contra ese contrato, como lo documenta la prensa de la época, pero este quedó vigente y, el aproximarse de los términos de su expiración, empujó al padre Juan Shutka a pensar en la fundación de la Federación Shuar, junto con Miguel Tamkámsh.

3. El trato con el Gobierno nacional no habría tenido la fuerza que llegó a alcanzar, sin el reconocimiento de la Misión Salesiana como ente dotado de personería jurídica. El padre Vigna lo hace notar varias veces en sus memorias: para la opinión pública y para las autoridades, los misioneros eran unos “ilustres desconocidos”. Entonces él trabajó arduamente para conseguir este reconocimiento, debiendo superar la resistencia de algunos de los misioneros más venerables, como el padre Joaquín Spinelli. Ellos temían que, a través de este instrumento, el Gobierno pudiera entrometerse en el manejo de las misiones. En 1942 la personería jurídica fue reconocida. Lo que consoló al padre por las críticas recibidas, fue el abrazo y las palabras de aliento del Nuncio Apostólico, monseñor Efrén Formi: “Usted abrió una puerta para el diálogo con el Gobierno. Le agradezco en nombre de la Iglesia ecuatoriana”. Eran los años subsiguientes a la firma del “Modus vivendi” y se estrenaba un paulatino entendimiento

entre la Iglesia y el Gobierno ecuatoriano, que se había interrumpido con el triunfo de la Revolución liberal.

4. La Congregación Salesiana se caracteriza por ser educadora. La primera preocupación de los misioneros, al abrir nuevas presencias en el territorio del Vicariato, fue siempre la de implementar un establecimiento educativo tanto para shuar como para colonos. Se lo exigían los dos contratos firmados con el Gobierno. Tratándose de los internos shuar era necesario, además de proporcionarles instrucción y espíritu de pertenencia al país, preocuparse por su sustento, vestuario y cuidado de la salud. El aporte de la Santa Sede era muy reducido y los demás ingresos aún menores. Es verdad que los internos contribuían con su trabajo, pero los diferentes centros estaban permanentemente al borde de la quiebra.

Como provicario, e intentando dar solución a este problema, el padre Vigna ideó una fórmula que más tarde no solo fue adoptada por los demás Vicariatos, sino que pasó a las otras provincias del país y aún se encuentra plenamente vigente, después de casi ochenta años: la educación fiscomisional. Según este sistema, el Gobierno financia el sueldo de los maestros, mientras el plantel educativo particular proporciona los locales y todo lo demás. De esta manera la Iglesia y el Estado colaboran para llevar adelante la solución de un problema que, desde perspectivas distintas, preocupa a los dos: la formación de las jóvenes generaciones.

5. Pero no hay que pensar que el padre se dedicara tan solo a emprender iniciativas de carácter organizativo, en el campo educativo y social. Una de sus primeras preocupaciones, al ser nombrado provicario, fue la de dar a las misiones una sólida estructura pastoral y jurídica. Para esto no solo no pudo contar con indicaciones claras, sino que, como para lo demás, se topó con fuertes resistencias. En nuestra época en que se exige para todo planificaciones minuciosas, reglas claras y evaluaciones periódicas, suena raro que el esfuerzo del padre Vigna no haya sido visto como una bendición. Pero, en aquellos tiempos, se caminaba “a la buena de Dios”. Y un poco por inercia. Tanta reglamentación se veía como un capricho innecesario, como que fuera suficiente hacer el bien y “salvar almas”. Sin embargo, era urgente organizar las parroquias, con sus libros de sacramentos, establecer el respeto de las jurisdicciones, preparar a

los colaboradores, de acuerdo al nuevo enfoque de la Misionología, según el cual la finalidad de las misiones es la implantación de la Iglesia local. Comentando el paso del Vicariato de Punta Arenas a diócesis, el padre anotó en sus apuntes una crítica severa: se cambiaba de nombre, pero todo seguía exactamente igual; el Obispo seguía siendo salesiano, las parroquias regentadas por salesianos, el sistema educativo obviamente en manos salesianas, sin un sacerdote diocesano, ni un seminarista. Se trataba de una situación que se tardó demasiado en ver como absurda, también en otras áreas misioneras confiadas a la Congregación.

6. Hoy la tirantez entre la Inspectoría y el Vicariato es un recuerdo, pero hubo momentos en que no faltaron los malentendidos. Asuntos económicos, el sobreponerse de jurisdicciones sobre las personas y –lo que nunca suele faltar– incomprendiones debidas al carácter de la gente, generaban crispaciones recurrentes. El padre Vigna, fue tal vez el que pagó el precio más alto para superar las situaciones difíciles: tuvo que abandonar ese Vicariato al que había dado tanto y regresar a su tierra. En sus memorias habla de este episodio sin abundar en detalles, pero se intuye que se trató de algo que le causó un enorme sufrimiento.

7. Se podrían señalar otros sectores en los que el padre aportó con la claridad de su visión y su determinación en intervenir, por ejemplo la recuperación y revitalización de las fiestas juradas en honor de la Purísima de Macas, fiestas que cada día ven aumentar su capacidad de convocatoria. Pero la lectura de las páginas que siguen, será suficiente para dar una visión más completa de su obra y personalidad.

Esta no es una biografía del padre Vigna, sino la recopilación de unos apuntes suyos, que bien podrían servir para escribir su biografía. Resultarían también una fuente indispensable para quien, un día, se dedicara a redactar la historia del Vicariato, por ejemplo con ocasión de su conversión en diócesis.

Se encuentra, en primer lugar el texto de sus memorias. No ha sido fácil escoger una redacción definitiva, porque el padre retocó varias veces el material y lo fue modificando, añadiendo detalles, completando. El primer manuscrito mecanográfico es de 1979, cuando él cumplía 70 años de profesión religiosa. Des-

pués volvió a tomarlo en sus manos y a enriquecerlo, hasta que murió en 1997.

En varias ocasiones, él repite que se trata de unas páginas “borroneas”, sin rigor ni elegancia. Insiste también en decir que su destino no es la publicación. Lo mismo afirmó cuando me entregó una copia, no recuerdo en qué año. Como sabía que yo me dedicaba a las publicaciones, es posible que abrigara la idea de que un día se imprimieran, por lo menos después de su muerte. En efecto, su lectura da la impresión de que él quiera dejar bien claros ciertos puntos, quiere que se sepa cuáles fueron sus intenciones, cuánto le costaron ciertas iniciativas y qué cantidad de incomprendiones tuvo que afrontar. Al insistir en que no quiere dar la impresión de “respirar por la herida”, se diría que obtiene el efecto opuesto. Y no es de extrañar, porque a veces el subconsciente nos traiciona. Las incomprendiones de las cuales se queja con cierta amargura, son más que comprensibles. Su visión de los problemas era más amplia y lúcida que la común, pero, para socializar sus proyectos no le ayudaba el carácter, notablemente susceptible. Además, tenía un ritmo y un estilo de actividad que mal empataba con el Vicariato y de la misma Inspectoría, que habían vivido años de aislamiento y de lucha para la simple supervivencia. En un ambiente en que el apego a lo tradicional había resultado ser un motivo de seguridad, las innovaciones causaban zozobra y desconfianza y el improviso activismo de un elemento nuevo, podía interpretarse como simple sed de protagonismo y visibilidad. Fue este mismo el motivo por el cual el padre Carlos Crespi, no se adaptó a trabajar con el Vicariato y salió a Cuenca, donde, por otro lado, emprendió una actividad prodigiosa, pero muy personal.

La biografía de Jacinto Pancheri, nos da a conocer algo parecido, para citar solo uno más de los muchos casos.

Impresiona constatar la poca facilidad que al padre le dieron para estudiar y prepararse, durante su juventud, sin embargo, recorriendo sus escritos, se nota que tenía una cultura amplia y sólida, también desde el punto de vista teológico. La misma impresión dejaba en quien lo escuchaba. El manejo del castellano, además de correcto, es muy rico en el aspecto lexicográfico. Uno se pregunta qué tiempo podía dedicar a la lectura un hombre que estaba en movimiento permanente.

A pesar de ser una persona abierta y dispuesta a la innovación, las reformas traídas por el Concilio Vaticano II, lo encontraron un tanto impreparado. Es menester tener en cuenta su edad y, sobre todo, el hecho que en aquellos años reinaba una notable confusión. No todas las novedades celebradas en ese momento demostraron tener una solidez capaz de desafiar la prueba del tiempo.

Sus frecuentes comparaciones del ahora con el antes, pueden sonar pesimistas, pero describen el drama que vivieron muchísimos religiosos en el posconcilio, entre ellos San Pío de Pietralcina. Les parecían que valores fundamentales se estaban sacrificando sobre el altar de la innovación, que se justificaba a sí misma solo por ser tal, sin que les doliera tirar por la borda elementos fundamentales. No era exactamente así, pero esa era la percepción de algunos.

A pesar de todo, el padre Vigna no hizo como otros, que abandonaron el campo o se encerraron en un pesimismo resignado, sino que se esforzó por mantenerse en la lid y ponerse al día, tanto que, hasta los últimos días de su larga vida, fue un guía espiritual muy solicitado por los jóvenes de Guayaquil.

P. Juan Bottasso, sdb

MEMORIAS

SETENTA AÑOS DE PROFESIÓN RELIGIOSA SALESIANA
7 DE OCTUBRE DE 1919 – 1979
NOTAS – APUNTES – ACOTACIONES – EXPERIENCIAS

Introducción

Esta es mi cuarta tentativa de dedicarme a recopilar algunas “remiscencias” de mis SETENTA AÑOS DE VIDA RELIGIOSA SALESIANA. En las ocasiones anteriores suspendí, porque creí que estaba convencido que me habría dejado llevar más por la emotividad, que por una serena y equilibrada visión de las cosas.

En la primera tentativa de escribir algo al respecto, redacté lo que copio al pie de la letra, pues juzgo que su contenido refleja todavía mis actuales sentimientos.

En 1976 escribí lo siguiente: “Debo mucho a Dios y a la Congregación Salesiana: después de Dios, a ella le debo lo que soy, en todo sentido. Después de setenta años de pertenecer a ella (1916), reconozco que humana, intelectual y espiritualmente, a ella le debo todo. Mi preparación intelectual, desde el 4.º curso de latín, se la debo a ella; mi preparación superior, filosófica y teológica y mi sacerdocio, se los debo a ella. La parte humana que quedó... “resentida” y ahora quiere volver a flote, puede ser que sirva en algo a alguien, como en un cuadro pueden servir las sombras, y en la naturaleza, un temporal puede despejar un ambiente saturado de polvo. Si por el conjunto, alguien dedujera que “respiro por la herida”, ruego que no se apure en sacar conclusiones. Si un santo religioso pudo exclamar: “Mi mayor penitencia es la vida común”, no debe causar maravilla que alguien, mirando para atrás, recoja algunas impresiones negativas y las recuerde. Sabido es que no hay nada perfecto en este mundo y que Dios dirige a los hombres por medio de los hombres; y los hombres tienen dimensiones limitadas. Por otra parte no es de olvidar que “cada uno es cada uno” y que los momentos psicológicos individuales, y aun los colectivos, van sujetos a cambios continuos y, a veces, repentinos. Por otro lado es también indiscutible que no se puede juzgar con criterio de hoy lo de ayer, pues las circunstancias son mutables y sería

una parcialidad reprochable, criticar algo de lo cual no se conocen los elementos globales y completos que lo componen.

I MI VOCACIÓN

PRIMEROS ESTUDIOS

¡Entendámonos!: Vocación al sacerdocio; no fue cosa mía ni de nadie. En otra ocasión y en otro lugar he explicado y recordado “eso”: a los nueve años, en el momento de mi Primera Comunión, mi Dios y Señor, me lo dijo clara y terminantemente: ¡Tú serás sacerdote! Yo, por consejo de mamá, paré mientes en lo que podía decirme mi “Visitante”: ¡Él habló!, ¡Él lo sabía!

En lo de “vocación religiosa salesiana”, la cosa es otra. El hombre propone y Dios dispone, cuando el diablo no descompone.

Terminados los estudios primarios, fui invitado y aproveché para empezar el latín (gimnasio), en una especie de colegio parroquial de mi pueblo, organizado por el párroco con sus dos capellanes, con el permiso y control del Seminario de Padua. La iniciativa era óptima e iba encaminada a fomentar y cultivar las vocaciones al sacerdocio, siempre bajo la tutela del Obispo diocesano. Los estudios eran serios y bien organizados. Los principales responsables eran los dos capellanes: don Juan Bautista Di Zane y don Antonio Rigoni: dos caracteres opuestos; ambos bien preparados como profesores, excelentes sacerdotes. El padre Di Zane, aún en su disciplina exigente y a base de... “cocachos” y tirones de oreja, era alegre y expansivo: todo lo opuesto era el padre Rigoni: serio, adusto y exigente al máximo. Los estudiantes de la parroquia, si la memoria no me falla, éramos una docena, distribuidos en varios cursos de latín y griego.

Casi todos llegaron al sacerdocio y actuaron en la Diócesis de Padua o como profesores del seminario; dos entramos en la vida religiosa.

EN EL ASPIRANTADO DE PENANGO

He dicho que yo estudiaba para sacerdote de la diócesis. Era el año fatídico de 1914: estábamos en plena Guerra Mundial. Habiendo cumplido los tres primeros cursos de latín, el nuevo capellán

de la parroquia, el padre Cayetano Pértile sucedió al padre Di Zane, optó por encaminarnos al Seminario de Padua y, de acuerdo con el párroco, empezó los trámites para que yo fuera admitido en el Seminario. Por dificultades que fácilmente pueden ser hoy puntualizadas, no últimos, la falta de medios económicos por parte de mi familia, el seminario no me admitió. Sin perder su serenidad, el capellán Pértile, se dirigió a los salesianos de Penango Monferrato (provincia de Alesandria), solicitando me admitieran en el aspirantado de ese lugar. La contestación fue positiva y en noviembre yo partí hacia Penango.

Todo fue nuevo para mí y en los estudios tuve que hacer un reajuste; aunque esto no me impidió terminar mi bachillerato (gimnasio), en el año siguiente.

¿La vocación? Pues, diré: nadie machacó el clavo directamente; todo llevaba a eso, pero nadie ni nada insistía sobre el argumento; en el colegio-internado, la disciplina era familiar y seria; los estudios eran muy serios; la piedad religiosa, algo que se respiraba continuamente. El ambiente que formaba el personal salesiano, cuyo director era don Enrique Cojazzi (hermano del padre Antonio), ayudado por don Luigi Ricaldone (sobrino del padre Pedro Ricaldone, que fue Rector Mayor de la Congregación Salesiana), más tres sacerdotes ya ancianos y achacosos y dos clérigos, con poco más de un centenar de muchachos, del primero al quinto curso de gimnasio, era simpático, familiar y óptimo, bajo todo aspecto. Periódicamente asomaban miembros del Capítulo Superior de los Salesianos de Turín y nos animaban a una formación franca y abierta, pero moldeada en una piedad salesiana vivida intensamente. Eran todavía los salesianos de la “primera generación”: Rector Mayor era don Pablo Albera; Prefecto General: don Felipe Rinaldi; catequista, como se decía entonces: don Julio Barberis. Existían y actuaban todavía, el padre Piscetta, el padre Francesia, el padre Lemoyne y otros del primitivo molde donbosquiano. El beato don Rúa había muerto hace poco tiempo y se respiraba todavía el aire de los fundadores. En América Latina campeaban esos colosos: Monseñor Juan Cagliero, que debía ser cardenal en esos años, Monseñor Santiago Costamagna, Monseñor Fagnano, etc. Recuerdo que en el comedor, durante las comidas, se leía el Boletín Salesiano y las biografías de los grandes pioneros misioneros: el Cardenal Massaia, San Francisco Javier..., igualmente

en los dormitorios, mientras nos acostábamos, nos leían cosas que dejaban recuerdos suaves y placenteros.

Estudios muy serios, disciplina familiar pero clásica, vida deportiva a todo dar durante los recreos; en la capilla, toda manifestación religiosa a lo salesiano, sin exageraciones, pero entusiasta y espontánea: ¡la capilla de Penango!...

El director de Penango vivía con nosotros, por y para nosotros. No se hablaba de “rendiconto”; pero periódicamente, especialmente los alumnos de los últimos cursos, pasaban a su despacho, para una breve “charla”. Francamente, debo confesar que yo no caí en la cuenta nunca, que esas “charlas” eran... “cuentas de conciencia” y que el director le “sondeaba” a cada uno para... “un lavado de cerebro”. ¡Era algo normal... de “ordinaria administración”. ¿Castigos? ¿Malas notas? No recuerdo que entre nosotros, en esos tiempos, se haya hablado nunca de eso!

Tiempos difíciles por la guerra en acto; tiempos de privaciones, que pronto se hicieron sentir por todas partes; pero jamás nos dimos cuenta que escaseaba o faltaba lo necesario para nosotros.

Un detalle: un recuerdo que puede ser definido “infantil”, pero que, pienso, puede ser decidor, en el sentido que puede señalar el tipo de educación que recibíamos en esos tiempos.

El aspirantado salesiano de Penango, funcionaba en un antiguo palacete de un acaudalado de esos lugares, renombrados por sus viñedos y árboles frutales. Los alumnos, a menudo prestaban su ayuda para los trabajos de las huertas, con las inevitables consecuencias de los hurtos de fruta en tiempo de cosechas. ¿Cuál era el chico que, frente a un árbol cargado de provocadoras “reinas claudias”, o cerezas, o duraznos, no esperaba el momento oportuno y con un certero golpe, se llenaba los bolsillos de apetitosa fruta? Y después, naturalmente, ¡entraba el escrúpulo: había que confesarlo al confesor para comulgar con los demás!... Recuerdo: yo también me vi en el apuro de acudir a mi viejo padre confesor, don Bocchio: él me oyó con paciencia y cuando le llegó el turno para hablar, me preguntó: “Dime: ¿te hizo daño la fruta que comiste?”. Contestándole yo que no, agregó: “¡Mira: es mejor que no lo hagas más; alguien puede

hacer de eso un problema y darle una importancia que no la merece el hecho; pues creo que tú tenías hambre!”... Estábamos en plena guerra y no escaseaban las privaciones.

¿Recuerdo ridículo? ¡Sea! A la distancia de casi setenta años, pienso con cariño y admiración en el viejo confesor.

Dos años estuve en Penango, frecuentando los últimos cursos de latín y griego. No existían en esos tiempos las “vacaciones”, ni siquiera, las de fin del año escolar, para los aspirantes. Creo que no se sentía la necesidad de “educar a los futuros sacerdotes” a convivir con el medioambiente que encontrarían más tarde en su ministerio: ni tampoco se pensaba en “una crueldad o masoquismo” educativo, acostumbrados los jóvenes a vivir lejos de sus familias. ¡Hoy, todo esto suena a extremismos o a desenfoque básico en la formación de la “personalidad” de individuo!...

Al terminar el primer año, tuvimos que despedir a nuestro Director, el padre Enrique Cojazzi, quien tuvo que enrolarse para el servicio militar de emergencia (Milicia territorial). Al poco tiempo vino a sustituirlo un santo varón de Dios, y famoso salesiano, que ya era muy conocido en la Congregación: el padre Juan Zolín. Poco cambió el conjunto ambiental del aspirantado, pero nos dimos cuenta que la nueva dirección apuntaba más directamente a la formación salesiana, aún sin precisiones o insistencia.

Cuando recuerdo a mis compañeros de aspirantado y de curso de Penango, y paso lista de los sacerdotes salesianos y de las diócesis de Italia, salidos de ese aspirantado, instintivamente quedo admirado y doy gracias a Dios por haberme llevado a ese ambiente.

Nuestro colegio era “particular”, seguíamos los programas de estudios oficiales, pero nuestros títulos no eran reconocidos por las autoridades estatales; el último año de gimnasio debíamos, por lo mismo, presentarnos a rendir exámenes en un plantel oficial, para conseguir un título valedero, para poder continuar en el “Liceo” o estudios preuniversitarios. Y se nos obligó a estudiar con el estímulo y aguijón del examen público, verdadero “timebo” y espantajo para nosotros.

En julio de 1916 fuimos llevados a Turín para rendir exámenes públicos ante un tribunal escolar, de un renombrado plantel oficial de los más exigentes y serios. De nuestro curso de “privatistas”, si bien recuerdo, no quedó suspenso ni uno solo: habíamos sudado la “gota gorda”, pero recibíamos la recompensa.

Es de justicia que recuerde con gratitud y admiración a nuestro profesor responsable: don Luis Ricaldone, quien quedará siempre en mi memoria como un salesiano integérrimo, de una actividad asombrosa, de iniciativas a granel, chispeante, disciplinado y exigente, en medio de una elasticidad humana, digna de todo encomio. Él personificó para nosotros, por años de años, el ideal del religioso y educador salesiano, sacerdote con ansias pastorales, dignas de las normas de Vaticano II.

EL NOVICIADO

El último año de Latín y Griego en Penango había terminado felizmente; era necesario tomar una resolución definitiva: o entrar al noviciado para hacerse salesiano, o irse a otro lado; no había presión de ninguna clase. Para los que optaban por el noviciado salesiano, había que pasar en Valsálce, el famoso “examen de los diez lectores” sobre la vocación; examen que se debía sostener antes del retiro espiritual, que precedía la entrada al noviciado.

Para mí no hubo dificultades ni perplejidades; con el permiso de mis padres opté por el noviciado y fui llevado a Valsálce de Turín, para el examen sobre la vocación. Recuerdo aquello: ¡su solemnidad, la imponente asamblea de sacerdotes respetables y famosos! “¿Quieres hacerte salesiano? ¿Sacerdote o coadjutor? ¿Y por qué quieres hacerte sacerdote y salesiano? ¿Nadie te obliga o influye en tu resolución?...”.

De los que habíamos rendido el examen ante los profesores del Gimnasio Estatal, si bien recuerdo, la mayoría pasamos por el examen de la vocación en Valsálce y “aprobados”, nos preparamos para el Retiro Espiritual y la entrada al noviciado, que estaba en Foglizzo Canavese, a pocas horas de tren de Turín. La entrada de Foglizzo estaba fijada para los primeros días del mes de agosto y en la primera semana de ese mes nos encaminamos y reunimos en Foglizzo una cuarentena abundante de muchachos que veníamos de algunos colegios salesianos del Piamonte y otras regiones, para iniciar el noviciado.

Era maestro de novicios el padre Domingo Cánepa, maestro de noviciado de generaciones de salesianos, conocido por toda la Congregación por su humildad, su preparación ascética y su conocimiento y experiencia del espíritu y vida salesiana; había estado por muchos años de maestro de novicios en Francia y respiraba simpatía hacia Francia y todo lo francés, a cien leguas de distancia. Hombre de pocas palabras, de mucha observación; buen psicólogo, óptimo director de espíritu, con arranques espontáneos de celo, de apariencias adustas y corazón paternal, grande como un cerro, no toleraba medios términos, encubrimientos, desganos o ligerezas, sentimentalismos...

Una de las primeras lecciones que nos dio a los recién reunidos y encaminados a las tareas de la formación salesiana, recuerdo que fue el referirnos el acto de un novicio del año anterior, quien había recibido una lección práctica de piedad salesiana, por el mismísimo Monseñor Cagliero, de paso por Foglizzo.

Cuando se le ponderó a ese novicio como un individuo de especial piedad y devoción, el Obispo en persona quiso percatarse de la cacareada virtud del novicio. Durante uno de los recreos, lo buscó y habiéndosele dicho que estaba orando en la capilla, el Obispo bajó a la capilla y se quedó observándolo por un largo rato; luego, sin decir “agua va”, se le acercó y le soltó un manrevés de padre y señor mío a dicho novicio “arrobado en su piedad sentimental”. Lo que siguió fue el acabose. El muchacho se levantó a pesar de encontrarse frente al Obispo, hecho una furia, por poco no le faltó el respeto. Al día siguiente el “santo novicio”, partía para su casa con sus maletas; su vocación salesiana y sacerdotal habían naufragado!...

“¡Botón de muestral!”. Nos dimos cuenta enseguida qué era lo que se nos pedía, pues fácilmente nos percatamos que con el padre Cánepa no “había tu tía”, “Itis dritis”, diría Monseñor Comín. Y fue su moda de guiarnos y de formarnos: ¡sin rodeos, sin concesiones, sin remilgos, sin complejos!...

Más arriba he dicho que estábamos en plena Guerra Mundial: 1914-1918. Sentíamos las consecuencias y las privaciones.

En el mes de octubre nuestro noviciado, que procedía en forma normal, en medio de un ambiente agreste y sereno, sufrió un sacudón:

todo el Colegio Salesiano de Lanzo turinés, tuvo que ser trasladado a otro lugar, por necesidades bélicas; el lugar escogido, para que siguiera actuando como colegio, fue nuestro noviciado. Nosotros los novicios tendríamos que retirarnos en una parte del colegio; era fácil aislarla del mismo. Y todo el personal con sus alumnos, se vino desde Lanzo a Foglizzo.

Por ser jóvenes como éramos, no nos costó mucho adaptarnos a las nuevas exigencias y creo que no sentimos demasiado la presencia del colegio a lado de nuestro reducido ambiente de noviciado; el cual por supuesto, tenía todo separado y no dependía por nada del nombrado colegio: eran exigencias de carácter jurídico; imposiciones del Derecho Canónico: “Clausura semiestricta”. Ahora la cosa es diferente y no me meto a discutir si era mejor el sistema antiguo o el actual.

Para el mes de noviembre, si la memoria no me falla, con el ansia fácil de imaginar en un muchacho de dieciséis años, se nos había comunicado que tendría lugar la solemne imposición de la sotana talar negra, que entonces era el uniforme del sacerdote y del clérigo aspirante a sacerdote. La preparación había sido esmerada y exigente sea por el lado simbólico, sea por el lado espiritual y también humano; era un “nuevo estado”, una nueva etapa de la vida.

El Rector Mayor, don Pablo Albera, con una solemnidad especial, impuso a unos cuarenta novicios que éramos, entre parientes y amigos conmovidos, el nuevo uniforme:

“Quítate de encima el hombre viejo y vístete del hombre nuevo...”. ¡Qué extraño encontrarse dentro de una sotana... caminar, correr, trabajar!...

Para mí, los últimos meses de 1916 fueron tristes: el desastre de “Caporetto” (Disfatta di Caporetto), señaló la trágica suerte de mi pueblo y por ende, de mi familia: papá, mamá y una hermana, amén de los abuelos, tíos y tías, quedaron en tierras invadidas por los austriacos. Se interrumpieron las comunicaciones; ni yo podía tener noticias de mis familiares, ni ellos noticias mías. Italia pasaba momentos dolorosos y trágicos: escasa de defensores en los frentes de batalla, Italia se vio en la necesidad de reclutar, para el servicio

militar, no solamente a los que pasaban de cuarenta años de edad (¡la milicia territorial, la “Terrible”!), sino a los muchachos de la clase 1900, que no cumplían todavía los 17 años de edad. ¡Entre estos estaba también yo!

SERVICIO MILITAR

En febrero de 1917 tuve que presentarme a un cuartel de Turín para la visita militar. “Hábil”, fue el responso de la Comisión examinadora y no valieron excusas, pretextos o reclamos: “Tus familiares, desde tu tierra, reclaman que vayas a libertarlos...”. Esto fue lo que me dijo el presidente de la comisión examinadora.

El problema más importante para mí era el hecho de tener que interrumpir el noviciado; problema doblemente grave en ese tiempo. ¡Yo no era... ni carne ni pescado! No tenía familiares o conocidos fuera de mi tierra; los superiores del noviciado lamentaban la situación, pero no podían hacer ¡“nada”! El mismo maestro de novicios se limitó a las clásicas recomendaciones de orden moral y religioso: ¡nada más!

Fui destinado al regimiento “Genio Telegrafista”: es decir (ingenieros telegrafistas), a un sector de “especialistas”, que después de una preparación de emergencia, debían respaldar las acciones bélicas con los medios de comunicación disponibles en esa época: telégrafo, teléfono y heliógrafo. Recién se hablaba de radio, estaba en pañales.

Destinación: ¡Florencia!

Meses duros, de disciplina férrea. Terminamos los ejercicios preliminares, con un millar de compañeros, fuimos destinados a Pontedera, cerca de Pisa; allí, debíamos en pocos meses habilitarnos teórica y prácticamente para nuestras tareas especialistas. Se decía, en ese entonces, que el Gobierno italiano tuvo que enrolar, con los muchachos del 900, a sus mamás, pues eran todavía chiquillos “babosos” como soldados. Vida doblemente dura para mí: sin noticias de mi familia, sin amigos conocidos en Florencia y Pontedera; ¡sin apoyo de ninguna clase, por parte de nadie! ¡Y teníamos que estudiar!... ¡Hacer ejercicios, practicar desde el amanecer hasta el anochecer!

Cuando, después de nueve meses de duro bregar, nos obligaron a dar exámenes, como para cualquier profesión y nos declararon

idóneos para ir al “frente de batalla” y empezaban los primeros “telegrafistas” a partir hacia los frentes de guerra, en noviembre de 1918, repentinamente hubo el “Armisticio”. ¡La guerra había terminado!...

Durante todo este tiempo, los hombres habían trabajado poco por mí, pues casi siempre me sentí solo: ¡pero, no así Dios! Él anduvo siempre a mi lado, me acompañó, me dio la mano, se hizo sentir, no me dejó solo, tan es así que terminada la guerra, yo me sentía más firme en mi vocación que antes, ni había vacilado en ella por un solo instante durante esa larga prueba del servicio militar: diría que de él salí beneficiado, si no en la salud física, que se resintió no poco, por cierto en la salud moral y espiritual.

Abierta la posibilidad de ser declarado libre del servicio militar, aproveché de mi situación de miembro de familia de tierras invadidas, para solicitar mi exoneración del servicio militar. Cosa que conseguí con relativa facilidad y rapidez. Y de inmediato, con medios “de fortuna” disponibles en el caos de la posguerra, emprendí viaje para visitar a mis padres, de los que no tenía ninguna noticia. Sabía que mi hermano mayor, oficial del ejército en la infantería, apostado en el “Monte Grappa”, desde cuya cima podía con largavista, ver a mi pueblo, el día de la victoria, había entrado con sus tropas por mi pueblo y debía haber visitado ya a nuestros familiares; pero ni de él, en la confusión de esos días, sabía nada.

Después de mil peripecias pude desembarcar de algo así como un tren, en Bassano, sin poder contar ya con medios de locomoción de ninguna clase de allí para adelante; aquello era zona candente todavía, por los estragos de las últimas batallas.

De Bassano, con mi mochila al hombro, en la que llevaba algo que creía más urgente para ayudar a mis padres, a pie, pasando por los lugares destruidos por los cañones de los últimos días de guerra, caminando un día y una noche sin parar, solo... salvé los dos valles de los ríos Breta y Cismón y, al amanecer del segundo día, golpeé en la casa de mis padres, todavía antes del amanecer. Aquello fue un susto mayúsculo para ellos, hasta que me di a conocer. Dejo en la pluma lo emotivo y sentimental de ese encuentro y de los días que pasé con ellos.

Cuando mamá me preguntó qué pensaba hacer de ahí en adelante, sin ninguna perplejidad, contesté: “Irme a Turín, hablar con los superiores, volver a Foglizzo y reiniciar mi noviciado. No existían alternativas! Y así fue.

REGRESO AL NOVICIADO

Apenas vi que mis familiares, “mal que mal”, podían arreglárselas solos, con la esperanza de que, después de poco tiempo volvería a la casa mi hermano mayor, me despedí de ellos y, como pude, me embarqué para Turín.

Después de un cariñoso encuentro, especialmente con el padre Julio Barberis, catequista general de la Congregación Salesiana, seguí viaje a Foglizzo. Mis compañeros de noviciado ya habían profesado y habían seguido, cada uno, su camino, según la destinación de la obediencia religiosa; yo llegaba a la casa paterna, en medio de nuevos compañeros de noviciado, que estaban a medio año de su prueba religiosa. El maestro de novicios era el mismo padre Cánepa, quien, cuando me vio, me recibió con un abrazo cariñoso, como si yo hubiera faltado del noviciado tan solo desde unas pocas semanas. El problema mío era, si debía empezar de nuevo o si había la posibilidad de una “sanatio”, de parte de los superiores de Roma. Pronto supe que se me había concedido la dispensa solicitada para calcular el tiempo canónico del noviciado, como si no hubiera habido interrupción.

Y un buen día llegó la orden de trasladar al noviciado y los novicios de Foglizzo a Ivrea. Cargados nuestros “cachivaches” en camiones, a pie, emprendimos el viaje de Foglizzo a Ivrea. ¡Lugar espléndido, maravilloso el sitio de nuestro nuevo noviciado!

Terminaba para mí una “época”, en todo sentido; yo había regresado del servicio militar más maduro; había empezado a darme cuenta que vivía en un mundo pluralista, complejo y complicado. Mi vida adquiriría una nueva dimensión. Aun humanamente hablando, terminada la guerra, empezaba a desaparecer, poco a poco, las restricciones, las renunciaciones, las estrecheces. Ivrea, como ambiente salesiano de formación, presentaba un aspecto más amplio, más abierto. Ya habían terminado también ciertas tacañerías debidas a los individuos, más que a las situaciones de emergencia: “Padre Prefecto, deme,

por favor un pan de jabón para lavarme”. “¿Jabón? ¿Ya terminaste él que te di para tres meses ha? ¿Y por qué no hacer economía? Mira: ¡Yo tengo mi pan de jabón casi intacto y son casi seis meses que lo uso!” ¿Una sotana nueva? ¿No puedes hacer remendar la que llevas puesta?

¿Rezagos de guerra, mentalidad de emergencia o cortedad de ingenio? Sí, ¡lo sé! Aquel prefecto, que quedó famoso en los anales salesianos de esos tiempos, era el ancla de salvación para los colegios desfinanciados. Y el pobre tenía que cambiar de estancia a menudo; sea porque no eran pocas las obras salesianas que se “desfinanciaban” ¡en esos tiempos! Sea porque el personal salesiano guardaba las consideraciones que merecía el pobre. Y, sin embargo, a estas distancias, como se me aparecen figuras gigantes esos “padres antiguos”, que a las 4 a. m., ya estaban en la capilla para la meditación y la santa Misa y, sin desayuno después, afrontaban un día de trabajo sin interrupción y sin descanso, hasta las horas largas de la noche. Hoy, estamos tentados de definirlos “fanáticos o exagerados” y si la Congregación Salesiana en Europa, privada de elementos jóvenes que en su casi totalidad habían sido llamados a las armas, pudo continuar y conservar sus obras, lista a lanzarse con una pujanza maravillosa a nuevas conquistas y a extenderse en una forma tan milagrosa, se debe, por cierto a esos humildes e ignorados salesianos de antaño, que no siempre aparecían simpáticos a los que empezaban su vida religiosa, o regresaban de una vida agitada de penurias y desafíos, desde los frentes de batalla. Tiempos duros y gloriosos en el mismo devenir de las cosas, los que vivimos a continuación de la guerra del catorce.

En Ivrea la vida se deslizaba sobre ruedas. En el mes de octubre de 1919, asomé por Ivrea el catequista general de la congregación, el padre Julio Barberis; quien me llamó y sin más me dijo: “Prepárate para la profesión religiosa. El día 7, fiesta de la Virgen del Rosario, harás la profesión temporánea, en manos del Rector Mayor, el padre Pablo Albera. Y hace sesenta años, en Ivrea, yo entraba en la familia salesiana como clérigo, aspirante al sacerdocio. Profesión temporal: ni trienal, ni perpetua. Estábamos en la posguerra, inmediato, lleno de sorpresas, de cambios, de adaptaciones; hasta la disciplina religiosa parecía sentirse afectada y sujeta a un remezón nuevo.

VALSÁLICE

Mi “Carta de Obediencia”, enseguida después de la profesión religiosa, me destinaba a Valsállice de Turín, para los estudios de Filosofía y el tan temido “Liceo” (estudios preuniversitarios). Valsállice era un colegio “pareggiato”: reconocido por el Estado y por ende, facultado para extender el título correspondiente después de tres años, con el valor legal. Humanamente hablando, el salto era fuerte. Formativa y religiosamente, era una verdadera promoción y un privilegio.

En esos años de la posguerra, Valsállice contenía la flor y nata del personal salesiano, sea por su preparación intelectual, sea por su genuino espíritu de vida religiosa y salesiana: bastará recordar algunos nombres de esos salesianos. Director: el padre Francisco Varvello, Rector: el padre Marco Nassó. Profesores: don Cojazzi Antonio, don Vincenzo Cimatti, don Guiseppe Puppo, don Manione, don Clemente Lussiana, don Tonelli, don Piccablotto, don Mussa y algunos profesores del Colegio San Juan Evangelista de Turín, que venían a dar clases a Valsállice. Lástima grande que, apenas empezaba yo a ambientarme en el nuevo lugar y comunidad, me llegó la orden de ir a Valdocco, a la Casa Madre, a sustituir a un salesiano que había de ausentarse para los ejercicios espirituales previos a su ordenación sacerdotal. Debía sustituirlo en la clase (creo que se trataba del tercer curso de gimnasio) y en la asistencia. Primera ocasión de practicar el voto de obediencia y, por cierto, que me costó harto, en todo sentido. Así éramos los salesianos en esos tiempos. ¿Quieres que el perro aprenda a nadar? ¡Échalo al agua! Una dosis de arrojo y coraje, otra dosis de optimismo, y una gran dosis de confianza en María Auxiliadora, la Madre de los salesianos: ¡en su casa actuábamos!

De esas semanas pasadas en Valdocco, entre los estudiantes, no guardo recuerdos especiales; de las consecuencias de la falta a las clases de Valsállice, si guardo recuerdo. En los exámenes trimestrales de curso, el éxito fue un descalabro. Pero, ni los superiores, ni yo les dimos mayor importancia.

Durante mi permanencia en Valdocco, si la memoria no me traiciona, asistí a la solemne inauguración del monumento de Don Bosco, frente al Santuario de María Auxiliadora, en la plaza homónima, en Turín; eso fue un espectáculo nuevo, inusitado, extraordinario. Fue la

primera manifestación pública solemne en honor del Venerable Don Bosco, organizada por los “antiguos estudiantes” de Don Bosco. Todos sabíamos que, prácticamente el motor de todo había sido y era el padre Felipe Rinaldi, entonces Prefecto General de la Congregación Salesiana.

Estábamos en el año 1920 y ya había fermentos de revoluciones y huelgas. La Revolución de Rusia (1917), empezaba a sembrar inquietudes entre los trabajadores (proletarios). Los exsoldados, muchos de ellos con cicatrices de guerra frescas, afrontando las primeras dificultades de la vida normal, protestaban contra reales y supuestos abusos de patrones o del Estado; sentían, con insubordinación, las faltas del sistema político o laboral, y, por supuesto, existiendo intereses creados y elementos alborotadores pagados o estimulados por fuerzas negativas, los fermentos de disgusto y rebeldía pronto provocaron verdaderas revoluciones. Turín, centro metalmeccánico e industrial de la región del Piamonte y asiento de la FIAT, vivió en los años 1920, 1921 y 1922, días muy negros y agitados. Y, como siempre, la cuerda se rompe por el lado más débil. Esos años fueron de violento e intenso “anticlericalismo”, especialmente en las grandes ciudades; era difícil transitar por Turín y, a menudo, por otros lugares, con sotana negra en esos tiempos, sin sentirse objeto de denuestos, insultos y burlas.

Ese estado de tensión pública, en el cual era fácil detectar que la guerra continuaba con sus rezagos y estragos, que, si no eran entre naciones, eran entre individuo e individuo, temprano o tarde, debía provocar una reacción con caracteres generales, que rápidamente afectaron todo el ambiente familiar y social, con proyecciones imprevistas aun en las Corporaciones o Instituciones de todo género. ¡Y nació el fascismo!

Para mí que, profano en psicología histórica o de la historia, veo las cosas a la distancia de casi sesenta años, el fascismo fue un fenómeno-reacción, que, habiendo surgido en un momento histórico impregnado de peligros y violencia, aunque en sus inicios adolecía de las mismas fallas que quería reprimir, como intervino para salvar una situación exasperada y trajo un sentido de calma, de orden y de respeto general, adquirió pronto cartas de ciudadanía y paulatina-

mente se impuso directa o indirectamente en todo orden del convivir de nuestra sociedad. Es difícil encontrar en ese tiempo, empresas o corporaciones que no hayan sentido los efectos y el contagio del fascismo. Digo esto con anticipación, pues me atrevo a expresar mi criterio personal sobre situaciones, personas o actuaciones aun de personas religiosas de esos tiempos, que se resintieron al influjo general del fascismo.

LAS VACACIONES EN PIOVA

Una nota simpática de ese tiempo discutido, la representa para mis recuerdos, PIOVA. Este poblado de mis años, era un lugarejo situado en el Canavesano de Piamonte, cerca de Cuorgné, entre los Prealpes, a cierta altura, entre cerros. El pueblo de campesinos y montañeses, no era grande; tal vez un par de miles de habitantes con todos su “anejos”. Existía, casi en las afueras de ese pueblo, un antiguo santuario pequeño, en honor de la Virgen y alrededor de él existían construcciones como para albergar a un seminario o colegio. Los salesianos aceptaron la administración del pequeño santuario y dedicaron los locales adjuntos para vacaciones del personal de Valsálice.

Naturalmente Piova era lugar ideal para vacaciones, no solamente para clérigos o filósofos, sino para los profesores; y no faltaban los... “paracaidistas de lujo”, como el padre Piscetta, el profesor Pablo Ubaldi, famoso profesor de Universidades, conocido en toda Italia por su saber y valer de hombre de letras y cultura. Los dos meses de vacaciones de Piova servían para descanso del cuerpo y para templar el espíritu salesiano. No creo que haya habido, en esos años dichosos, ninguno de los salesianos jóvenes o adultos, que no haya aprovechado intensamente en todo sentido, es vida que, siendo religiosa y salesiana genuina, trasladada allí por los verdaderos intérpretes del Espíritu Santo fundador. ¿Quién de los dichosos moradores de Piova de esos años, no ha llevado consigo el recuerdo más simpático y duradero de la piedad profunda y sincera de don Piscetta, el gran teólogo, que todos los domingos nos tenía pendientes de sus labios, por una hora de alta ascética, en el santuario, con una oratoria sencilla y profunda y con su vida de comunidad encantadora, ya que él era uno de tantos y no el Superior Mayor o el teólogo renombrado en el mundo católico? Y qué modo tan agradable y llano de resolver

los problemas de toda clase que le presentábamos los filósofos. Y los recuerdos de los primeros tiempos del Oratorio de Valdocco y de Don Bosco. ¿Y don Ubaldi? El juglar de nuestras vacaciones de Piova. ¿Quién, al verle entre los clérigos, que a pesar de su edad, algunas veces emulaban las locuras del carnaval, se hubiera imaginado que él era famoso profesor de algunas Universidades de Italia? ¿Y el trío famoso: D. Cojazzi, D. Lussiana, D. Amossi? La histórica y desafinada guitarra de D. Cojazzi, con sus cantos improvisados, que sacaban de quicio en momentos a D. Amossi, el del rapé, y del chiste fino y elegante, no siempre sin dedicatoria. En el celebrado “anfiteatro” del patio de Piova, en donde se habían celebrado espectaculares juicios condenatorios, para la “brujería e intervenciones mágicas” del padre Ubaldo, obligándolo a tomar la “cicuta”, al estilo griego: desde donde el padre Tonelli, profesor de física, con sus fórmulas mágicas, en cacareadas y kilométricas discusiones científicas, conjugaba las tempestades de “QUINZEINA”, cerro en cuya cumbre se debía efectuar el paseo “largo” de la Comunidad... Y el padre Piscetta, que se presentaba, con una sincronía y serenidad pasmosas, al poder hipnótico y encantador a distancia, del padre Ubaldi. ¿Y los juegos de prestidigitación del mismo, por medio de trucos y simulaciones perfectas? ¡Los grandes de la Congregación Salesiana, hechos chicos para entretenernos! ¿Y D. Piccablotto con sus espectros y escenas nocturnas de terror? ¡Días imborrables e inolvidables! Días en que vivíamos en toda su espontaneidad e intensidad la vida salesiana, según el modelo primigenio. El genio musical, artístico y santo, D. Cimatti, siempre sonriendo, siempre con una palabra buena y comunicándonos optimismo por todos los costados. ¡Qué alegría, qué piedad, qué espíritu de familia se respiraba en Piova! El viejo, el arcaico, y el muy lleno de “sal”, el padre Amossi, con toda su ciencia teológica y moral, su experiencia y sus años, sin pertenecer al personal de Valsállice (él era de Valdocco), no se perdía ni un día de esas maravillosas vacaciones. Y la excusa era buena: el lugar fresco, saludable, tranquilo. Pero todos sospechábamos que también el gozaba y se rejuvenecía en ese ambiente.

¡Dichosos años de Valsállice!, aun cuando pronto, a mi regreso de Valdocco, me “cargaron” con la asistencia de los estudiantes internos del Liceo, que a lado de nosotros frecuentaban el renombrado plantel salesiano de Valsállice, modelo de los Institutos Superiores

de Estudios, particulares, pero reconocidos por el Estado. Y como si esto fuera poco, D. Cozazzi pidió y obtuvo que yo lo acompañara los sábados y domingos en el Oratorio Festivo de Valsállice, dirigido por él.

¡Tres años maravillosos, pero tres años de una actividad que debía agotarme! Al terminar el tercer año, fui dispensado de los exámenes finales, pues aproveché del puntaje trimestral para gozar de una disposición legal, que me declaraba exento de exámenes y fui licenciado con título legal de los estudios preuniversitarios. Liceo clásico. Conclusión práctica: agotamiento físico, prescripción médica: reposo absoluto, resolución definitiva viaje a la “Casa Paterna”, para pasar con la familia el descanso de las vacaciones. Me perdí Piova.

TIROCINIO

En septiembre del año 1922, se me ordenó que me presentara en Valdocco, destinado a la sección de estudiantes, para empezar el nuevo año escolar. La obediencia religiosa me destinaba a la Casa Madre, como personal encargado del segundo curso de Gimnasio. Ciento ocho alumnos, todos del mismo curso. Todos ellos a mi cargo, desde el amanecer al anochecer, desde el anochecer al amanecer, exceptuadas unas horas durante las cuales el profesor titular del curso, daba clase de italiano y latín. Todas las otras asignaturas corrían por mi cuenta. Cuando, los jueves salíamos para el paseo semanal, era un espectáculo ver desfilar el segundo curso, por el patio de la portería.

¡Fue el año más duro de mi vida salesiana como clérigo! Y tenía que frecuentar el primer curso de teología, que se había organizado en Valdocco, para los clérigos, a los que se les dispensaba del tirocinio práctico, impuesto por las reglas. Digo mejor, a los clérigos se les calculaba como tirocinio práctico, la actuación de una vida increíblemente llena de actividad y responsabilidades. Yo, que había hecho el servicio militar, entré en la lista de los que podían enfrentar la teología.

AÑOS DUROS

Eran los años en que la Congregación Salesiana, sentía la necesidad urgente de promocionar los estudios de su personal joven, y los superiores mayores pensaron abrir y organizar en Turín, el primer Instituto Teológico Internacional Salesiano, en el lugar de la ciudad,

denominada “La Crocetta”. Ese Centro Teológico Internacional se hizo pronto famoso y allí se prepararon los futuros obispos e inspectores salesianos, distribuidos un poco por todas partes del mundo, pues la Santa Sede de Roma, aquilató de inmediato la serenidad e importancia de los estudios en ese centro salesiano. Nosotros, los jóvenes, por supuesto, soñábamos con la Crocetta y muchos de mis compañeros tuvieron la suerte de cursar su preparación teológica, en ese afamado instituto. A mí, todas las veces que solicité de los superiores ese privilegio, buenamente me lo negaron con mil pretextos y excusas. Fue algo que siempre me dejó un sentimiento de frustración y que me obligó a luchar para no dejarme acomplejar de inferioridad.

¡Años de 1922, 1923!, años duros, lleno de luchas y experiencias. No faltaron las dificultades propias de la vida de comunidad, no nos sentíamos, los clérigos, respaldados o ayudados por los superiores de la casa. El Padre Inspector, un santo varón de Dios, cuando le consultábamos por un problema de la disciplina o de relaciones comunitarias, invariablemente nos invitaba a hacer una visita a Jesús Sacramento, pidiéndole a Él fuerzas y luces, pero él se cuidaba bien de darnos una solución al problema que le presentábamos. El padre Bernardo Savaré, muy conocido y apreciado por los antiguos salesianos, era chapado a la antigua, rectilíneo y sin torceduras, más especulativo que práctico. Y a pesar de todo, los 108 alumnos, con los cuales iniciamos el año escolar, llegaron conmigo a despedirse todos juntos, a fines de año.

En otra parte, he dejado anotadas dos impresiones personales de ese primer año de mi actuación práctica como salesiano, en la Casa Madre. Las voy a repetir aquí, pues me parecen propias para estas reminiscencias.

Todos los sábados por la tarde, únicos momentos libres de mi semana, a eso de las dos, solía correr a confesarme, al cuarto del padre Amossi, famoso teólogo, ya muy anciano, pero que conservaba toda su capacidad intelectual y humana. El hombre me hacía hincar a lado de su escritorio y después de la acusación de mis pecados, empezaba el examen psicológico y su sermón. Nunca duraba menos de dos horas, durante las cuales, por supuesto, yo debía estar

arrodillado y apoyado a su escritorio. Una vez, quejándome de la incomprensión de mis superiores, el hombre sin rodeos, me espetó: “Oirás bien, muchacho. En la vida religiosa tendrás que aprender qué, para quedar a flote y servir a Dios, deberás que persuadirte que eres tú el que debe dar cuenta a Dios y no otros por ti, de modo que debes aprender a hacer de los demás, un caso relativo: la santidad, prácticamente es algo muy exclusivo y, si quieres llegar a ella, debes despreocuparte de lo que digan los demás”. Algo parecido debía oírme decir un día, por boca del santo D. Julio Barberis, nuestro catequista general. Había ido a visitarlo en su despacho, pues le tenía yo mucha confianza y me quejaba de que la vida, en la Casa Madre, se me hacía muy difícil y pesada, sea por el trabajo, sea por la incomprensión de los superiores locales. Don Barberis me dijo algo, que en el momento me escandalizó y que más tarde comprendí bien: “Mira, Juan, en nuestras comunidades hay que aprender a hacerse cada uno su propio nicho, en el cual poderse retirar de vez en cuando para cobrar confianza y descansar”. ¡Jamás, en mi vida religiosa, olvidé las dos insinuaciones, de esos dos colosos salesianos!

Llegué al fin del año escolar, agotado y fui mandado a descansar a mi pueblo, en el seno de mi familia. Mi mamá sabía cómo tratarme, pero nunca se le ocurrió a ella criticar a mis superiores o protestar por el trabajo sobrecargado que, por segunda vez en dos años, me devolvía a la familia, mal en salud.

BORGO SAN MARTINO

Al terminar las vacaciones, fui llamado a Valdocco para comunicarme el nuevo destino. En esos últimos meses, estábamos en 1923, los superiores mayores de Turín, en vista del aumentado número de obras salesianas en Piamonte, subdividieron la Inspectoría Salesiana piamontesa, en dos Inspectorías, la Central y la Novaresa, con centro en la ciudad de Novara. El inspector de la recién creada Inspectoría, era el mismo inspector de la anterior, y él, antes de hacerse cargo de la nueva destinación, distribuyó el personal salesiano para el nuevo año escolar. A mí me había destinado a Borgo San Martino, que en la nueva distribución de obras, entraba en la nueva Inspectoría Novaresa. Cambiar de Inspectoría para mí fue doloroso. Lo sentí mucho, pues me alejaba demasiado del centro vital de la Congregación. Pero no hubo remedio. Tuve que preparar maletas y

llegarme a ese colegio antiguo, fundado por el mismo Don Bosco, situado al pie del Monferrato y a pocos pasos de la ciudad de Casale. Un pueblo eminentemente agrícola, con un colegio grande, que ocupaba un antiguo palacio con sus dependencias, propiedad de algún señor decaído o fracasado. El colegio tenía escuelas primarias y secundarias, con internado y seminternado.

Los alumnos pertenecían, en su mayoría, a familias del lugar o de pueblos vecinos, de condición económica acomodada, pero no rica. Mi ocupación sería ser el profesor de latín e italiano en el primer curso de Gimnasio, 78 alumnos. Director, el padre Paolo Valle, muy serio y exigente, persona superior, culto y equilibrado, rodeado de un personal salesiano ya navegado y lleno de experiencia pedagógica y didáctica. El colegio gozaba de muy buen prestigio en todo sentido. Yo era el profesor más joven, luego, los ojos de todos estaban sobre mí, que me sentía pesquisado automáticamente. Por suerte encontré mucho apoyo y solidaridad en el personal salesiano joven, encargado de la asistencia de los internos.

En esos días, salía, destinado a las nuevas misiones de Assam, el asistente general del colegio, D. Ferrando, más tarde famoso obispo salesiano en la India y yo tenía que sustituirle en casi toda la asistencia general, menos la de refectorio. Fue un año lleno. Entre las horas de clase y las de asistencia, no debía descuidar mi segundo año de teología, pues los exámenes tendría que rendirlos regularmente ante uno de los profesores o la comisión de profesores del Seminario de Casalmoferrato. Y añorando estérilmente la Crocetta, de vez en cuando, estudiando día y noche, tuve que rendir exámenes de los Tratados de Moral, Dogmática e Historia Eclesiástica, ante un profesor del Seminario de Casale, quien más tarde llegaría a ser obispo. En ese tiempo era también párroco de un pueblo cercano a Borgo San Martino. Recordando a la distancia de más de cincuenta años, esas hazañas uno queda asombrado y asustado. ¿Cómo era posible eso? Nos preguntamos hoy. Y la formación y preparación del salesiano sacerdote, ¿cómo se la encajaba? ¡Y nosotros de la posguerra teníamos que vivir esos avatares!...

Cuando, y se me permita el desahogo, hace algunos años en un número de las "Actas del Consejo Superior de Roma", apareció en una

nota de uno de los superiores mayores, la apreciación, que sonaba a conquista, que era necesario que los salesianos de cierta edad, estuvieran listos a renunciar hasta a legítimas aspiraciones de una mayor cultura personal, en beneficio de las nuevas generaciones salesianas, que debían perfeccionarse cada vez más para “aggiornarsi”, según las nuevas exigencias de la “renovación” religiosa, confieso que me sentí hondamente sacudido. Pensé automáticamente en una nueva justicia distributiva, de nuevo cuño, oliendo a “ley del embudo”. ¡Así es la vida! ¡Mea máxima poenitentia, vita communis!...

En ese año de Borgo San Martino, me percaté que las “renuncias”, recién empezaban para mí. Recuerdo que en los Ejercicios Espirituales de verano, habiéndole solicitado al padre Inspector, D. Lucchelli que me concediera siquiera terminar la Teología en la “Crocetta”, paseando por el patio del colegio, él me indicó la llave del regadío de la huerta, hecha en forma de cruz, que sobresalía del suelo, y me dijo: “Ves esa cruz”, “Esa es tu Crocetta”, jugando con las palabras.

ESTUDIOS TEOLÓGICOS

Y rendí regularmente mis exámenes de Teología, aprendida sobre los textos, sin profesor o alguien que me ayudara. El año anterior en Valdocco, teníamos lecciones normales; pues habían organizado un Curso de Teología de emergencia, para los clérigos que habían regresado del servicio militar y teníamos profesores de “cartel”, como D. Amossi, D. Zortea, un profesor de la Crocetta para la Historia, etc., en Borgo San Martino, una única profesora: “la buena voluntad”. Y, sin embargo, recordando aquello, me quedo admirado del espíritu religioso que nos animaba. ¿Quién pensaba o hablaba de “crisis de identidad”, “de vocación”, de fe, entre nosotros en esa época? ¿Quién soñaba que no estaba “realizándose” y ¿quién hablaba de “crisis de obediencia o sumisión?”. Ya sé que este método de “razonar” es superado: que son otros tiempos: que hay otras exigencias: que el mundo ha cambiado y está cambiando continuamente...

Cuando pienso que en Borgo San Martino ese año, y más el año siguiente en Casale, tenía 32 horas de clase semanales a los alumnos, tenía asistencia normal a los Internados en el estudio, dormitorio y patio, y tenía que prepararme a dar exámenes de Teología por mi cuenta, ¡me parece que ese fue un sueño! ¡Y no nos faltaban ganas

de jugar o echar una cana al aire, toda vez que se presentaba una ocasión propicia.

CASALE MANFERRATO

Al terminar el año escolar, cuando durante las vacaciones de verano me aprestaba a prepararme para el nuevo año lectivo, el padre Inspector Lucchelli, con un discurso de... “toreador”, me comunicó que el Director del Aspirantado de Casale, le había insistido para que me destinara como personal del ese Colegio, con la responsabilidad del Oratorio Festivo, que, a más de Festivo, era diario, de 6 p. m. a medianoche, para jóvenes y padres de familia. El encargado del mismo había sido trasladado a otro lugar y se pedía que yo lo sustituyera. Conste que yo era simple clérigo y que habría tenido que afrontar el estudio de Teología del tercer curso. Era el año de 1924.

No hubo más que hacer maletas otra vez y cambiar de casa. En Casale habría tenido que dar clases de latín, italiano y matemática, por 38 horas semanales a los aspirantes y atender al Oratorio Festivo y diario.

El recibimiento que tuve con los chicos del Oratorio Festivo, no fue muy halagüeño y era explicable: para esos chicos de barrio, yo era un don nadie y desconocido; al anterior lo adoraban. ¿Qué representaba yo para ellos? ¡Dichosa juventud! Aquello me pareció halagador y estimulante.

Ese año, que representó para mí una nueva experiencia, quizás hubiera podido ser traumatizante y en sentido negativo. ¡Qué gracia grande del Señor, encontrar en nuestro camino almas grandes, comprensivas y generosas! El director, padre Gregorio Michele, todo él un genio y un artista, hombre superior, fue para mí un papá, más que un amigo. ¡En su escuela aprendí el espíritu de generosidad, de sacrificio, de renuncia, de optimismo, de confianza en Dios y... en los hombres! ¿Cómo sabía valorar el trabajo de sus hermanos los salesianos! ¡Y qué ejemplos, para todos ellos!

ENFERMEDAD Y ORDENACIÓN

Ya recordé, en otro lugar las noches aquellas, que, después de un día agotador, los dos, a medianoche, rendidos, después de haber despedido a los jóvenes del Oratorio, que rezongaban al separarse

de nosotros, los dos corríamos a la cocina para calentarnos el café y tomárnoslo antes de las 24 horas, ¡para guardar el ayuno eucarístico del día siguiente! Y a las 5:30 a. m. del día siguiente, los dos debíamos estar listos, en la brecha... Claro: era de prever. Mi resistencia física falló hacia el fin de año escolar: tos continua, fiebre todas las noches, esputos manchados con sangre... La sentencia "TBC", afectados ambos pulmones. Y tenía que dar mis exámenes de Teología y preparar a los alumnos para el fin del año escolar.

En medio del explicable trauma personal, por la sentencia de los facultativos médicos, seguí mis tareas: fue un año lleno de experiencias salesianas exhaustivas y reconfortantes. Entre los jóvenes del Oratorio reinaba un ambiente sano, entusiasta, familiar, franco, abierto, optimista, generoso, que lógicamente debía traernos frutos: y tres jóvenes entraron en la Congregación Salesiana. El ambiente del Aspirantado no era inferior; pero por su naturaleza, era de otra categoría y en esos años despuntaron excepcionales vocaciones salesianas, de verdaderos colosos.

Yo había hecho las primeras experiencias de contacto psicológico con los jóvenes en plena pubertad: ¡algo imborrable, misterioso, maravilloso! Mi estado de "enfermo incurable (en esos tiempos TB, era todavía un mal sin remedio), pasaba en segunda línea, nada había cambiado. El padre Gregorio solo se preocupó a fondo, y como primera medida solicitó de los superiores, las dispensas necesarias para que adelantara los exámenes sobre todos los Tratados de Teología prescritos y se me concedieran las ordenes Sagradas anticipadamente, para tener la satisfacción de "morir sacerdote". A los 25 años de edad.

Terminado el año escolar, empezó mi Calvario: de un médico a otro, de un especialista a otro: sentencia inmutable.

Otra vez la "clínica materna" hasta septiembre, cuando debía ser ordenado subdiácono en Turín. En noviembre, el diaconado y por Navidad, el sacerdocio.

Se me escapaba un detalle, que puede iluminar la vida salesiana de esos tiempos de la posguerra del 14.

En el mes de octubre de 1924, en las primeras semanas de mi estancia en Casale, en nuestro Aspirantado, y, si la memoria no me falla, el 6 de ese mes, apareció en casa el padre inspector Lucchelli. En otro lugar, equivocadamente he escrito el padre Julio Barberis: no fue él, fue Lucchelli, pues recuerdo que la comunicación que me traía, era del padre Barberis y que fue él que me endilgó un famoso sermón en esa ocasión. Me encuentra en el patio el padre Inspector y sin rodeos me pregunta: Tú, ¿qué votos tienes? “La profesión temporánea”, respondí. Y él responde: “Dice el padre Barberis que te prepares y mañana hagas la profesión perpetua”... Y al día siguiente 7 de octubre de 1924, rodeado por todos los aspirantes de la casa, en el Templo del Sagrado Corazón de Jesús, del Valentino de Casale, pronuncié mis votos perpetuos como salesiano. Era la Fiesta de la Virgen del Rosario y quedó famoso el sermón del padre Lucchelli, en cuyas manos hice mi profesión perpetua: en la “circunstancia”, explicó...los quince misterios del Santo Rosario...

Que yo esté tentado de “comentar” todo esto, agregando apreciaciones de mi cosecha personal, creo que no debería causar ni escándalo ni extrañeza. Viendo las cosas que sucedieron sesenta años atrás, con un lente moderno, se la ve desenfocadas o provocativas o con una luz negativa, que puede causar repugnancias o alergias. Hoy, con tanto curso y “cursillo”, con tantas “permanentes” en la formación o en el espíritu religioso o de vivencia religiosa, probablemente se pregunten los “formadores”, si es posible pretender que un muchacho de 25 años, exabrupto, sea obligado a comprometerse por toda una vida, para algo, cuyos alcances desconoce o conoce imperfectamente.

Hoy, se dicen, las mismas reglas religiosas consideran esta situación y exigen pruebas y reprobaciones y contraprobaciones: profesión de votos anuales, temporáneos y trienales, antes de los perpetuos. Viene espontáneo preguntarse: ¿si ha cambiado la naturaleza humana o existen factores negativos y debilitantes en nuestra civilización moderna? O tal vez ha cambiado el fin o el espíritu de las congregaciones religiosas. El hombre moderno, ¿no puede ya aceptar una situación de compromiso por toda la vida? ¿Es por eso que aún la institución del matrimonio está tambaleando? ¿Y amenaza arrancar consentimientos de tolerancia, a tal punto que,

sea una excepción el matrimonio indisoluble? ¿O tal vez se trata de valores diferentes? Y en la escala de los mismos, ¿los valores trascendentes deben ceder puesto e importancia al de carácter inmanente y por lo mismo, precedero?

¿Y a qué viene todo esto?

Mientras estoy escribiendo, están repicando para mí los ochenta años de mi cronología y acabo de mencionar la época más triste de mi vida: cuando se me dijo que para mí no había remedio: ¡estaba despachado! Recuerdo la ingrata impresión que me causaba cuando, mandado por los superiores a nuestra Casa de Salud de Chieri, como tuberculótico, las raras visitas que recibía, se asomaban a la puerta del cuarto, pero no entraban... y cuando la vida común se reducía a media hora de meditación en la capilla. Un joven sacerdote de 25 años y meses de edad.

II MISIONERO

AÑO SANTO DE 1925

El 1925, Año Santo, fue para mí un año singular, grande en todo sentido: se perfilaban mis verdaderas dimensiones humanas y religiosas.

Ese año hubo un gran acontecimiento en la Congregación Salesiana: por ser Año Santo y para acatar una insistente exigencia de la Santa Sede, los superiores de Turín, organizaron una EXPOSICIÓN MISIONERA, que hizo historia en Roma. En 1926, dicha exposición debía ser trasladada a Turín, centro de las obras salesianas. Los superiores mayores y, especialmente, el padre Ricaldone, preclara mente organizadora, supieron presentar al mundo entero, un panorama excepcional de la obra salesiana, ya distribuida en todo el mundo. Aquello fue un éxito en todo sentido: humano, religioso, científico, pedagógico, antropológico, vocacional: la Congregación Salesiana se presentaba ante los ojos atónitos y asombrados del mundo, como una potencia de primera categoría, en todo lo que podía referirse a religión, pedagogía y cultura.

He dicho que fue un éxito también vocacional: y ¡allá voy!

Que haya sido exclusivamente la Exposición Misionera Salesiana de 1925-1926 a despertar un movimiento vocacional general en Italia, me parece atrevido afirmarlo: Dios se sirve para sus planes de cualquier acontecimiento humano. Quizás podríamos afirmar sin temor a equivocarnos o a exagerar, que la exposición polarizó enormemente el interés hacia las misiones salesianas en particular y en modo especial, en la alta Italia.

El fenómeno trascendió: los superiores de Turín tuvieron que pensar en abrir nuevos aspirantados o centros vocacionales para las misiones. Son de esa época las fundaciones para vocaciones misioneras, que surgieron en muchas inspectorías de Italia y especialmente del Piamonte. Es algo que la historia salesiana tendrá que anotar en favor y orgullo de los superiores mayores de esos años, esa sensibilidad y apertura hacia las vocaciones en general. Por supuesto, entre la otra Familia Salesiana, de las Hijas de María Auxiliadora, estaba sucediendo, como por reflejo, algo parecido, en favor de las vocaciones misioneras femeninas. Fueron los años en que la Santa Sede de Roma, solicitaba misioneros salesianos para el Oriente: desde el Mediterráneo hacia Oceanía.

CURACIÓN Y VIAJE A LAS MISIONES

No dejarse llevar por la corriente, luchar aguas arriba, es obra de espíritus fuertes o de momentos psicológicos emergentes. Yo debía quedar hondamente afectado e impresionado por ese movimiento de vocaciones; tanto más que, educado en Penango, ambiente por naturaleza misionero, había sembrado en el fondo de mi vocación, ansias y aspiraciones de apostolado entre infieles. Un poco de fantasía, un poco de juventud, un poco de ideal misionero, respirando por el conjunto ambiental y otro, el estado de postración fisiológica en el que me hallaba, encerrado en una “casa salud”, sentenciado y reducido a la inoperancia total, un buen día se me ocurrió dirigirme a Don Bosco, que entonces era solamente “venerable” y endilgarle más o menos un discurso de esta clase: “Tú ves mi situación. Está bien que nadie es necesario acá abajo, pero podemos ser útiles. Mira: consígueme la salud y te prometo, si sanare, pedir a los superiores que me manden a cualquier misión que tiene la Congregación, espe-

cialmente a las más difíciles”. Y empecé una Novena: “Su novena”, la que se conoce por: “Novena de Don Bosco a María Auxiliadora”.

Todas las semanas obligadamente yo tenía que pasar el control médico; control que se verificaba escrupulosamente, pero que resultaba invariablemente negativo. El octavo día de la novena, me tocaba control médico. Con sorpresa de los facultativos, las pruebas esa vez resultaron negativas. ¿Qué has hecho o qué te ha pasado? Y tuve que pasar la visita radioscópica, que también dio resultados negativos y sorprendivos. Nudos calcificados patentes en ambos pulmones: lo demás perfectamente normal. El paciente puede volver a la vida y ocupaciones normales. “¡Fui dado de alta y cumplí mi promesa: presenté de inmediato petición para las misiones entre infieles: posiblemente de habla española!”. ¿Por qué de habla española? ¡Le tenía alergia al idioma inglés!

¿Las reacciones inmediatas de mi curación y de mi resolución, para algunos repentina y radical?

Francamente: no sabría decirlo: no reparé en ellas ni en cuáles fueron las de mis antiguos superiores y colegas de la Inspectoría Novaresa, ni menos, las de los superiores de Turín. Hasta recibir la contestación a mi solicitud, con el acuerdo de los superiores, corrí a mi tierra, a mi familia, sea para un poco de descanso a modo de convalecencia, sea, sobre todo, para preparar el ambiente familiar a mi alejamiento de Italia, pues yo estaba más que persuadido de que mi solicitud sería despachada positivamente.

ECUADOR

Los meses de verano de 1926, los pasé en preparativos y en casa de mis padres. Mi mayor apuro era cómo comunicarles a ellos mi nueva destinación. ¡Pero este apuro fue resuelto favorablemente por mamá! A los pocos días de encontrarme en mi casa, mamá me obligó a decirle todo: “A mamá no puedes esconderte nada. Ella sabe porque intuye lo que te pasa”. A ti te mandan lejos. Así empezó ella y continuó: “Hijo, antes de ser hijo nuestro, tú eres hijo de Dios, al cual te hemos consagrado; no seremos nosotros los que, después de haberte recibido de Él y haberte regalado a Él, ahora vamos a mezquinarte a Él. Nosotros, como padres, sentiremos que tú estés lejos de nosotros, que ya somos viejos; pero tú vete adonde Dios te llama

y tu superiores te mandan. ¡Te acompañaremos con nuestra bendición! “Nunca he olvidado las palabras de mi mamá. Cuando fue la hora de despedirme, les rogué a mis padres que no lloraran a mi salida, pues no podría aguantar sus lágrimas. Me lo prometieron: papá, después de haberme acolitado la Santa Misa, desapareció. Mamá me acompañó serena al auto; me bendijo, me abrazó y besó... pero cuando el auto se movió, un grito agudo llenó el patio de la casa y el silencio de la madrugada...

Llegando a Turín, me presenté a los superiores y procuré encontrarme, sea con el padre Crespi, sea con los otros miembros de la expedición, que, según me comunicaron, era la más numerosa de las que zarparían a fin de año, hacia las varias misiones de la Congregación Salesiana en el mundo. Terminados los trámites legales para el viaje, faltando todavía casi un mes para la salida de Génova, fuimos destinados momentáneamente a Lambrusco, para estar juntos y prepararnos para el viaje. En esos años todavía no existía la organización lógica y ordenada de los misioneros, que debían salir de Italia, como existió más tarde: todo era un poco improvisado, se resentía de confusión, de desorden, de algo que dependía casi exclusivamente del criterio personal de cada uno de los misioneros, destinados a viajar.

Y aquí me parece inevitable hacer referencia al jefe y responsable de nuestra expedición al Ecuador: al padre Carlos Crespi. De él, he esbozado un “flash” en otro lugar y no entiendo repetirme, a menos que lo exija el orden lógico de la narración.

El padre Crespi en su permanencia y actuación durante la exposición misionera de Roma y Turín, había hecho época, y se había hecho notar en forma extraordinaria: de una actividad y exuberancia notables, daba la sensación que, además de enciclopédico, para él no existían imposibles. Por supuesto, él que lo trataba, fácilmente se percataba de las cualidades intelectuales y humanas eminentes de que estaba dotado por la naturaleza; pero, si el examen del individuo era prolijo y algo profundo, no dejaba de dar como resultado, la constatación de un abultamiento de la personalidad, casi hasta la megalomanía.

Estoy de acuerdo que, para ser portador o víctima de megalomanía, un ser normal debe ser dotado de cualidades psíquicas excelentes. Y el padre Crespi lo era. Repito un concepto mío personal sobre él,

ya anotado en otro lugar: era hombre plurifacético, con disposiciones para descollar en cualquier actividad intelectual o humana, que hubiera emprendido, si se hubiese dedicado a perfeccionarse. De salud muy precaria, con la vista defectuosa, cargado de ocupaciones, el hombre no resistía a un examen desapasionado, que pudiera llevar a definirlo como un hombre superior y completo. Pero gozaba del atractivo personal; de ese magnetismo que polariza, aunque sea momentáneamente y convence en el acto; puede ser que más tarde, en el repensamiento, se cambie la impresión sobre él; pero dejó “traumatizado” al interlocutor o al auditorio. Nosotros de la expedición y éramos dieciocho con él, creíamos que habíamos sacado la lotería. El hombre, el religioso, el misionero ideal y había motivos para que nosotros lo pensáramos y viéramos así.

DE LOS ALPES A LOS ANDES

La salida de Italia en el vapor “Venezuela” no constituyó mayor problema; la despedida y los adioses de siempre e inevitables. En Turín, en la Basílica de María Auxiliadora, con toda solemnidad, los superiores mayores nos habían despedido y entregado el “crucifijo de misioneros” y habíamos desfilado por media basílica; entre los muchos espectadores y devotos que habían concurrido a esta espectacular ceremonia, que siempre despertaban simpatías y ayudas, aún materiales. Recibimos el abrazo del Rector Mayor, D. Felipe Rinaldi y demás superiores, quienes nos recomendaron, cada uno, algo especial para nuestra nueva vida y apostolado, lejos del centro de la Casa Madre de Turín.

Emprendimos el viaje a fines de noviembre de 1926 y pasamos sobre cubierta 27 días, tocando los puertos de Barcelona, Islas Canarias, Puerto Príncipe, Curacao, Colón, Panamá y Buenaventura. El 21 de diciembre desembarcamos en Guayaquil, para Navidad y al principio del invierno tropical. En cada puerto pudimos desembarcar y conocer algo del lugar, con las consiguientes sorpresas, maravillas... o escándalo.

La vida a bordo del “Venezuela”, desde el primer día, fue organizada entre nosotros, con ritmo de vida religiosa, de modo que no sufriéramos impactos negativos en nuestro espíritu; el tiempo no nos sobraba mucho, pues teníamos diariamente clase del idioma caste-

llano. Viajaban con nosotros tres religiosas salesianas, que fueron modelo de recogimiento, modestia y rectitud; ellas participaban de nuestra vida en las prácticas de piedad y en las lecciones de castellano. Refiero estos detalles, pues recuerdo ese primer viaje con simpatía y cariño, por lo bien organizado, religiosa y humanamente. Mucha parte del éxito se debió sin duda al padre Crespi, pues como organizador era sobresaliente. Además del buen espíritu religioso, el viaje nos brindó ocasión para conocernos bien y tratarnos a fondo, los que deberíamos compartir el trabajo y las responsabilidades de apostolado misionero. En otro lugar hago mención de los salesianos y religiosas, que viajamos juntos de Génova a Guayaquil, en esa ocasión, hoy quedamos tres varones y las tres religiosas de ese viaje; los demás, ya fueron a recoger el premio. Varones quedamos: Vicini, salesiano, Virano, exsalesiano (Macas) y él que escribe; las religiosas: Lucía Montanera, Anita Razzoli y Josefina Piffero.

Llegando a Guayaquil, tuvimos fraternal, sincera y abierta acogida por los salesianos del Colegio Cristóbal Colón y fuimos tratados cariñosamente durante la semana que quedamos en esa ciudad, hasta despachar los enredados trámites de nuestra entrada al Ecuador. Eran tiempos difíciles para los religiosos extranjeros y solamente el padre Crespi, con su espíritu emprendedor y no siempre exento de exageraciones o ampulósidades, haciéndonos pasar como profesores técnicos, para una iniciativa de colonización en el Oriente ecuatoriano, de las florestas amazónicas, pudo conseguirnos la visa de permanencia en Ecuador.

En esos días, uno de los periódicos locales de Guayaquil, traía una viñeta en la que aparecía el padre Crespi, cargando en una “changuina” en sus hombros, a una cantidad de frailes y monjas, con el letrero: “Personal técnico para la colonización de nuestro Oriente”. Sin turbarse, el padre Crespi echó dos o tres “maloras”, que era su interjección cuando estaba preocupado, y haciendo caso omiso de “directas e indirectas”, organizó, en modo algo apurado y farragoso, nuestro viaje a la Sierra. Meta: Cuenca. Antes que terminara diciembre, partimos hacia la Sierra. Un viaje lleno de aventuras y sorpresas para un europeo, en esa época. Desde Durán hasta Sibambe, en tren: las dos cosas nuevas que vimos y encontramos en las estaciones en donde paraba el dichoso tren. Desde Sibambe a Chunchi, en

KALAMAZOO. Algo realmente fantástico “Bajen los de tercera clase y sigan a pie..., etc.”.

En Chunchi pasamos una semana, atendidos por las Madres Salesianas, que regentaban un pequeño colegio. No he sabido nunca por qué demoramos una semana en Chunchi. ¿Tal vez porque no había cómo seguir adelante por dificultades logísticas?

Ya en enero de 1927, a primeros días, en una plataforma descubierta y arrastrada por un Kalamazoo, defendiéndonos de los carbones encendidos que arrojaba el dichoso Kalamaza, emprendimos viaje hacia... Tipococha. Pero después de curiosas aventuras y hacia el atardecer, por un derrumbe en la vía, el Kalamazoo se paró y amén.

Llovía: el camino era un lodazal. En cierto momento tuvimos que entrar por un sendero en pleno bosque, resbalando, cayendo y tanteando en la oscuridad, hasta dar con unas chozas, repletas de obreros, ya en pleno sueño. Al saber que éramos religiosos, los pobres se hicieron en mil pedazos para calentarnos y darnos un lugar siquiera para sentarnos y guarecernos de la lluvia. ¡Qué noche! Pero éramos jóvenes, llenos de entusiasmo y con nosotros estaba Monseñor Domingo Comín, el Vicario Apostólico de las Misiones, el padre Crespi y el hermano Bianconcini, quien con su alegría y entusiasmo, nos distraía y viendo a ellos, nos parecían suaves esos sacrificios. Al amanecer, no sé de dónde, aparecieron unas acémilas, aperadas a la diablo, pero que ofrecían una posibilidad de seguir el viaje, llevados a grupa de... caballos. ¡Montar a caballo! ¿A quién no le habría provocado? ¡Los aperos, no contaban... desgraciadamente...! ¡Y allí fue Troya! ¡Un espectáculo para una cinta cinematográfica! Recordar aquello, me parece todavía una fantasía irreal.

Sin reparos de ninguna clase, ni impermeables, con maletas y maletines; con “shilingos” en lugar de sillas de montar; con caballos chúcaros, lerdos, trotones; con aderezos rudimentales; sin comida ni abrigo... ¡y tendríamos que superar los 4000 metros del cerro Curiquinga! ¡Algo histórico, increíble! Cuando yo llegué a las alturas del Curiquinga, entre la neblina y el viento, sufrí “soroche” o mal de las alturas y, más muerto que vivo, me tiré a la cuneta del camino, dispuesto a “quedarme”. Al rato se me acerca bravísimo un arriero con el chicote en la mano, gritándome. ¿Qué me habrá dicho? Pero en-

tendí que amenazaba pegarme si no montaba a caballo y seguí..., bamboleándome como un muñeco. Al poco rato, Monseñor Comín, que recorría el camino, adelante y atrás, para controlar y animar, recibió mi protesta contra el arriero. El obispo, serio, me contestó: “Agradézcale, le salvó la vida” y seguimos por esa interminable bajada, de ese interminable camino, mientras llegaba la noche. ¡Finalmente aparecieron casas y cristianos! Nos hicieron entrar en un patio cerca de una iglesia: un sacerdote nos recibió y saludó; se nos dijo que estábamos en Biblián y el sacerdote era el párroco. Nos brindaron un canelazo y creo que comimos un bocadito.

LLEGADA A CUENCA

A los pocos minutos fuimos embarcados en un camión de carga, emprendiendo un viaje azaroso, por un camino que nos hizo desmontar algunas veces, para empujar el vehículo. No recuerdo a qué hora llegamos a Cuenca, pero era muy de noche. Los hermanos y estudiantes de nuestra Casa nos esperaban y nos restauraron cariñosamente. Dábamos compasión. No teníamos parte sana en nuestra humanidad y estábamos deshechos. Dormimos en camas, aunque duras y al día siguiente el espectáculo que ofrecimos era algo interesante.

Un recuerdo insistente de esos años, era la impresión que tuvimos todos, de la penuria y estrecheces en que vivía la Obra Salesiana, en esa época y, en general, el estado de postración que se notaba en toda la vida social. Por supuesto: esta es una acotación que se hace hoy, comparando automáticamente lo de antaño con lo de ahora. Una vida de privaciones y estrecheces como nos tocaba vivirla hace 60 años, ahora no la aceptaríamos más. Por esto se ha inventado, después de la guerra del 45, la expresión: “El Tercer Mundo”, el subdesarrollo. Aun cuando nosotros, los misioneros noveles, veníamos de Europa y del centro de nuestra Congregación y lo que encontrábamos nos sacudía entrañablemente, tengo que reconocer que nuestra estructura y preparación religiosa y humana, estaban aceradas como para desafiar y aguantar ese nuevo estado de cosas: decíamos entonces, que habíamos retrocedido en la historia de cuarenta y más años. Aún la presentación de nuestras Obras Salesianas era endeble, pobre, sin exigencias de ninguna clase.

De vez en cuando, oyendo comentarios y comparaciones de la boca de las nuevas generaciones, yo me siento rebelar y protesto; es que me doy cuenta que olvido los elementos inevitables que han configurado en mí, lenta y paulatinamente, un nuevo modo de pensar. Lo que no alcanzo a “embonar” y contra lo cual, noto una resistencia activa en mí, es como, hasta el espíritu de la Congregación se haya modificado. Confieso que, si se tratara de profesar de nuevo, con la estructura moral, psicológica y espiritual mía de hace sesenta años, imbuido en lo que era para mí, el meollo del espíritu salesiano, con mucha facilidad y probabilidad, no me sentiría de profesar.

Sé, que esta afirmación mía, puede causar escándalo y ser discutida: pero hasta la vida de comunidad hoy, para mí, ha cambiado de fisionomía. El espíritu democrático y desacralizador ha afectado todo, de tal manera que a malas penas, uno encuentra todavía su fisionomía de religioso salesiano. Ya sé que han intervenido factores nuevos e incontables: escasez de brazos religiosos, una vida activa más “desanimada” hacia valores de carácter eminentemente humano, un espíritu de autoexaltación, que lleva a hacer resaltar los valores personales, para acaparar la atención y el respeto a la identidad individual; el espíritu del mundo que se ha colado en la vida religiosa, con la excusa de la superación personal, de una visión “dinámica y panorámica” más completa y extensa de nuestra misión evangélica y formativa; nuevas exigencias del mismo “Vaticano II”, que obligó a un “repensamiento nuevo del andamiaje religioso, según el carisma específico de cada fundador; el conjunto de fenómenos perturbadores que, desde 1968 sembraron confusión y caos en los individuos, en la familia, en la sociedad y hasta en la Iglesia; las serias crisis que afectaron al mundo: crisis de autoridad, de obediencia, de fe, de identidad, de ansias, etc., con una marcada tendencia a desacralizarlo todo, para evitar el fantasma del “paternalismo” o del “triumfalismo” o de cualquier otro de los tantos “ismos”, con que se llenaron las bocas y la cultura humano-social y religiosa. ¡Sí! Todo esto ha traído un trastorno profundo en el seno a las comunidades, pues afectó primero a los individuos impreparados para una lucha de dimensiones gigantescas y casi cósmicas.

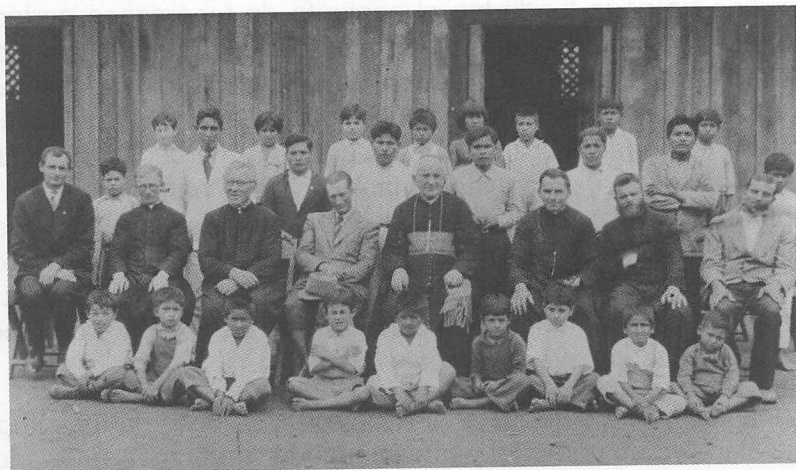
Se suele decir hoy día, que en la vida religiosa se le da más importancia al individuo como tal y que la entidad “comunidad” ha adqui-

rido una nueva dimensión, más completa y más importante. Puede ser que yo no deba atreverme a juzgar a este respecto. Encuentro, sí, que hoy, teóricamente se le da más importancia y “espacio vital” al individuo; pero, analizando serenamente la situación, me parece que el individuo queda más inestable e inseguro; pues a menudo queda solo en tomar resoluciones que le atañen.

Sentirse respaldados y apuntalados por la comunidad, no es fácil en una atmósfera de casi autoexaltación. Cuando se oye exclamar a un salesiano, relativamente joven, que no puede “realizarse” en sus actividades, quiere decir que la comunidad, para él, o no cuenta o cuenta poco y que lo que él busca es una autonomía de facto. En cuanto al papel de la comunidad, dentro de la vida religiosa, tengo la sensación que su influencia es más teórica que práctica y que es muy diluida por el hecho de que cada quien, siendo único, pretende un respeto casi obsesionante a su libertad, a su individualidad, a sus... “carismas”. No sé si San Pablo, apareciéndose entre nosotros, en nuestras comunidades, hoy, autorizaría a usar este término con tanta ostentación.

Repito: probablemente no me sentiría de profesar hoy en nuestra Congregación, si mi estructura interior fuera la de 60 años atrás y no hubiera sufrido un cambio inadvertido, pero real.

EL VICARIATO DE MÉNDEZ



Mons. Comín, en el centro; a su izquierda el P. Vigna.

A mediados de enero de 1927, recibimos la esperada noticia: pronto partiríamos hacia las florestas amazónicas. Y así fue: hacia el 20 o un poco más tarde, nos embarcaron en un camión de carga para viajar hasta “El Descanso”, en donde nos esperaban acémilas para misioneros y misioneras: con nosotros viajarían unas cuatro madres salesianas, destinadas a Macas, entre ellas: la Madre Inspectora, Sor Carolina Mioletti.

De “El Descanso” a El Pan, un solo tirón. Y en El Pan, como llegaba el señor Obispo salesiano y las madres y los nuevos misioneros, hubo una recepción solemne. El padre Matías Buil, párroco salesiano de El Pan, nos recibió cariñosamente y nos acomodamos, esperando al reverendo padre Albino del Curto, héroe del camino de penetración Pan-Méndez (90 km). Él debía organizar la continuación de nuestro viaje a la selva. Y el 25 de enero, la comitiva (tal vez unos 30), se movió de El Pan: misioneros y misioneras a caballo. Un día largo, penoso, pasando Sevilla del Oro, subiendo al “Allcuquiru” y bajando por el Cerro Negro, por un camino de cabras, hasta llegar al Tambo “Pailas”.

Frío, lluvia, oscuridad, fueron las características de aquel primer día. Nos acomodamos en el único cuarto y tendidos en el suelo. Empezaba la verdadera vida misionera. Al siguiente día continuamos a pie, pues no había camino de herradura, sino un sendero, que a menudo bordeaba los abismos; bajamos y bajamos hasta el Río Negro, donde pernoctamos en un rancho y una cueva natural en una roca; lugares visitados por los tigres y osos. Ya se perfilaba la floresta milenaria, con sus sorpresas y su magnitud imponente.

El siguiente día se empleó para llegar hasta Copal, lugar en donde ya habían desbocado y construido sus chozas, unos tres colonos. En una de esas casuchas de madera y paja, nos alojamos como pudimos: llovía y se sentía el calor oriental. Cuando ya todo estaba en silencio y la mayor parte ya dormíamos, empezó la casa a crujir por el peso de los que estábamos adentro y en un santiamén, todo se vino abajo... ¡todos al suelo! La mayoría de los viajeros estaban atrapados en medio de los escombros. Noche oscura, lluvia y gritos, llanto y humo: “Padre Vigna, estoy matado”, gritaba de dentro los maderos de la casa, el hermano Montuati.

Por gracia de Dios, no hubo desgracias personales, rasguños, pequeñas heridas o contusiones; comentarios serios y cómicos, hasta el amanecer. ¿El desayuno? ¡Una agüita, un maduro y a caminar! Yo me adelanté, calculando que no podría haber más que un sendero en la floresta; luego no sería fácil perderme. Primera sorpresa, después de caminar unas horas por la selva; en una curva del sendero, estaban bañándose en una lagunita, una pareja, tal como Dios los había creado y muy divertidos y orondos. ¡Era mi primer contacto con los salvajes! En esa época, los que llamábamos “jibaros” y más tarde “shuar”, eran primitivos al cien por ciento, a pesar que ya alguno de ellos había platicado con los “blancos civilizados”.

En ese encuentro no hubo saludos, ni gestos, ni nada: yo seguí caminando y sudando.

MÉNDEZ-KUCHANTSA

Dando la vuelta a la loma del Partidero, de sopetón me encontré cara a cara, con el padre Telésforo Corbellini, Director de la Misión de Méndez. Acompañado por unos jibaritos, él venía a nuestro encuentro. Saludos, abrazos, alegría mutua. Los dos seguimos camino: yo hacia el paso del río Paute; él hacia los que venían atrás. El río Paute, caudaloso y traicionero, lo pasamos en balsa. En poco más de una hora, coronamos desde el río nuestro viaje, llegando a Kuchantsa-Méndez. Era el 29 de enero de 1927, día de San Francisco de Sales, nuestro Patrono. ¡“Te Deum laudamus”!

Hubo fiesta de los jibaritos vecinos y del hermano Pascual Zanfrini, que acompañaba al padre Corbellini en la Misión, como agricultor y que tenía sembradíos en los huertos alrededor de la Misión.

En Méndez, se quedarían como personal, el padre Conrado Dardé, director; el padre Corbellini, prefecto, el padre Juan Ghinassi, encargado de los jibaritos, los demás seguirían viaje a Macas, después de algunos días de descanso. El calor de Méndez, las culebras, los gusarapos, las cucarachas, todo era objeto de susto y de maravilla. ¡Cosas ni soñadas!

En los días de descanso se plantearon de inmediato los primeros problemas para un contacto definitivo y la evangelización de los jibaritos. Como en toda parte del mundo, los más asiduos en visitarnos

y estar con nosotros, eran los niños y los jovencitos. La idea de un internado para niños, fue una cosa inevitable, urgente e improrrogable; el padre Ghinassi, empezó enseguida con su obra. ¡Lo que costó entender el idioma jíbaro! ¡Qué de años de trabajos para él! Él no era el hombre ideal para el caso: no tenía buen oído, ni facilidad para captar los detalles. ¡Pero era un entusiasta, un optimista, un sacrificado, un corazón de oro!

En esos primeros días de Kuchantsa asomó la solución del problema de la evangelización de los jíbaros. Y fue el santo atrevimiento del misionero, juntamente con su sacrificio y trabajo de buril, el que hizo triunfar.

¿CASOS CURIOSOS? ¡SIN FIN!

Un domingo: hora de Misa pública; los jíbaros que llegan un poco de todas partes: grandes y chicos. La Misión se llena: la curiosidad de ver al padre Unda (señor Obispo), a los nuevos llegados; de recibir el regalito: una aguja, un ovillo de hilos de colores, un espejito; de cambiar pólvora, municiones, fulminantes... todos motivos para atraer a esos hijos de la floresta. Por la colina de la Misión sube, desde la parte norte, una mujer joven: lleva cargando con su brazo a su bebé, que toma el pecho de la mujer, por el otro brazo, carga un chanchito que tranquilamente toma el pecho de la mujer por el otro lado del bebé. ¡Lo han visto estos ojos!

Durante la vida en la floresta, en esos tiempos, había que estar preparados para estos imprevistos, estas sorpresas gratas o ingratas, ¡fenómenos nunca imaginados! Fue en Méndez mismo, en esa misma misión que, meses más tarde, tuvimos que notar algo insólito. Había cerca de las casas de la Misión, una choza, al estilo de las viviendas jíbaras; los misioneros la habían hecho construir para uso de los jíbaros que, viviendo en la Misión, solos con la familia, tuvieran necesidad de guarecerse, de cocinar o de pernoctar.

Un atardecer entró en esa casa una mujer jíbara: llevaba colgado de la cabeza, la infaltable "changuina" con la comida (yuca, plátano, camote...); con una mano arrastraba el compañero de viaje: el perro, al pecho llevaba una criatura, tal vez de un año de edad (las jíbaras amamantan a su hijos hasta los dos años o más); un hijito más grande la acompañaba. Entró en la casa que estaba vacía: nadie le hizo caso, ni ella miró a nadie. ¿Cuánto tiempo quedaría allá adentro?

¡Cuando salió por la otra puerta, en la changuina llevaba al chico que antes llevaba al pecho, pues al pecho ahora estaba colgado otro... ¡acababa de nacer! ¡Todo lo demás, como antes y siguió caminando para su casa! ¿Posible? ¡Sucedió! Las dudas y las preguntas sobran. Los “civilizados” quedan perplejos y niegan: los “primitivos” no necesitan dudar, ni discutir.

DE KUCHANTSA A MACAS

En la Misión de Kuchantsa, los que estábamos destinados para Macas, descansamos y demoramos aproximadamente una decena de días hasta conseguir, con las cosas personales y con el fiambre, comida para el viaje. En esas épocas, cuando se accedía a la floresta tan solo por senderos, tan estrechos y fragosos, que a menudo constituían un verdadero problema de seguridad, no era posible pensar en mulas o caballos. Los viajeros hacían a pie el viaje y no era raro el caso que debieran salvar ríos a vado, con agua hasta el estómago, agacharse bajo árboles gigantescos caídos en media floresta, o treparse sobre los troncos de los mismos, cuando, cayendo uno de ellos, por vejez o por una tempestad, habían arrastrado y tumbado en su caída a otros árboles, en una extensión de cuadras enteras. Y en esos casos, había que orientarse para poder encontrar el sendero al otro lado y no perderse en medio de la selva.

Perdersse en la selva es, como perdersse en alta mar; solo los nativos, que tienen el sentido de orientación muy desarrollado, pueden reanudar el camino con relativa facilidad. En una ocasión, habiéndome extraviado en plena floresta con mi acompañante jíbaro, pues él, cargado y cansado no había reparado en un desvío falso, causado tal vez por el paso de una fiera. Después de repetidos ensayos para encontrar el sendero justo, apelé a su experiencia: miró detenidamente el tronco de los árboles, para darse cuenta cuál era la cara limpia y la cara con líquenes y musgos. Descubierta la cara limpia, se orientó hacia ese lado y señaló la ruta. Cuando le pregunté por qué había escogido esa dirección, me dijo: “Por ese lado sopla el viento y la lluvia; el viento sopla generalmente desde el sitio de nuestra ruta y meta, para acá. Al poco rato encontramos el verdadero sendero.

Los “cargueros” generalmente llevaban bultos en cajones, del peso de 40-50-60 libras; los más valientes y fuertes, hasta de tres arro-

bas o más. Difícilmente durante el viaje tomaban agua, para evitar la transpiración; solo después de algunas horas de caminar, se detenían rápidamente para comer algo: comida fría. Las jornadas de viaje a pie en la floresta, en comitiva, duraban de 8 a 10 horas y si no se llegaba a una casa o choza para pernoctar, hacia las 5 p. m., se hacía un alto en un claro del bosque y de inmediato, todos se movían para preparar un techo de fortuna, con hojas de palmera, con suficiente capacidad para tender en el suelo, sobre ramas y hojas, los ponchos e impermeables, para la cama común.

Al pie, se encendía fuego, sea para calentar comida, sea para secar la ropa (en la floresta es difícil viajar sin lluvia abundante, multiplicado por el ramaje de las plantas y complicado con el lodo del camino), sea para alejar las fieras y animales durante la noche. No era raro el caso que, durante la noche, tuviéramos la ingrata visita de un tigre. A mí me pasó en Río Negro y en Cucutú, al otro lado de la cordillera. Frecuentemente, por las abundantes lluvias, los ríos crecían de improviso y, llegando a sus orillas para vadearlos (no había puentes, en ese entonces, sino sobre muy contados ríos, que no ofrecían la posibilidad de vadearlos y dificultaban el paso con canoa o balsa), era menester detenerse y esperar que su cauce volviera a la normalidad: ¡hasta 3-4 días! Había que permanecer en sus orillas, sin poderse mover. Por supuesto que en esos viajes había que proceder siempre con suma cautela, por los reptiles que infestan la floresta y las alimañas venenosas, como ciertas hormigas negras, grandes (conga), o como las coloradas que llamábamos “barredoras”, que por miles se abalanzaban sobre cualquier ser viviente para despedazarlo; las arañas, etc. Hay culebras sumamente venenosas cuyo color se confunde con el suelo y otras muy peligrosas por su tamaño reducido: 20-24 cm. No era raro el caso que de noche, mientras se dormía en esas chozas improvisadas, por debajo de las ramas que servían como colchón, oyéramos o sintiéramos pasar a esos visitantes.

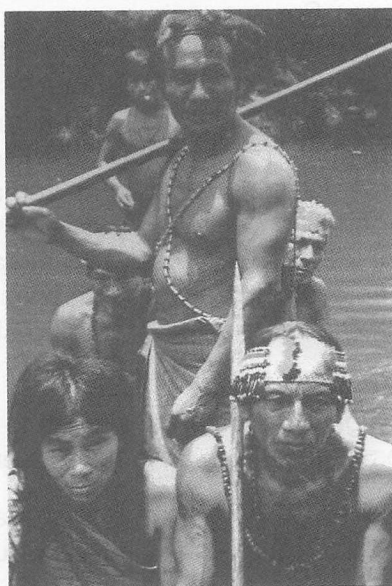
Se me perdonará la digresión; pero era necesario dar una panorámica de las dificultades de los viajes en la floresta en esa época.

Hacia el 10 de febrero de 1927, con cargueros “macabeos”, es decir, jóvenes de Macas, organizamos el viaje hacia Sucúa-Macas: Mon-

señor Comín, padre Vigna, Bonato, madre Carolina, sor Inés Cánfari, sor Consuelo. Ruta: Cerro del Tayusa, río homónimo, río Yurupasa. Primera jornada: dura, monótona, fatigosa, aburrida. El río Yurupasa, traicionero por naturaleza (en una ocasión por poco, sus aguas no se llevaron, arrastrando, a la reverenda madre María Troncatti), no nos ofreció dificultades.

Pernoctamos en una jibaría: no recuerdo el nombre del jefe de familia. Era mi primer contacto directo con los primitivos. Todo era para mí motivo de curiosidad. Mientras paseábamos por el patio de la casa, después de habernos cambiado y lavado, con Monseñor Comín al atardecer, viendo yo una planta curiosa, cargada de cierta fruta coloradísima (piripiri) y pequeña, y pregunté al Obispo si era comestible; y él mirándome con un poco de sorna, me contestó: ¡ya lo creo! Los jíbaros hacen mucho uso de esa fruta! ¡Ni para dicho! Agarré unos cuantos (eran muy chicos) y me los puse en la boca, ¡masticando! Pobre de mí. Por tres días mi boca sufrió las penas del fuego. Sonriendo, el Obispo me tranquilizó, no era veneno. Los jíbaros las usaban en muchas ocasiones; especialmente en enemas, contra las mordeduras de culebras venenosas.

COSTUMBRES DE LOS JÍBAROS



Shuar en su canoa, yendo de cacería

La curiosidad de los jíbaros, especialmente de las mujeres y niños, que no se perdían movimiento de ninguno de nosotros, especialmente de las “madrecitas”, nos seguía y perseguían siempre y dondequiera.

La casa-vivienda del jíbaro, en esa época, era sumamente sencilla y funcional; obedecía a un modelo común, práctico y adaptado a la floresta: ovalada, de dimensiones generalmente amplias, con dos palos maestros en el eje del centro, para sostener el techo de paja, bien tejida. La altura de las paredes de la casa, de 3 o 4 metros; las paredes formadas por tiras de chonta o de otra madera resistente a la humedad, plantadas verticalmente y amarradas y contenidas con tiras de guadua (bambú picado), con bejucos.

En la construcción no entraban clavos de ninguna clase. La casa no necesitaba de ventanales: el aire y la luz entraban por las hendijas de las tiras de las paredes. El jíbaro primitivo debía, tal vez, desconocer instrumentos de metal, cuando yo los conocí, ya poseían y usaban: hachas, machetes y escopetas, que “cambiaban” con productos u objetos de su cosecha o de su trabajo manual. Los peines personales se los tejían ellos mismos, con flechas de “tindiuki” (tagua o co-rozo). De los tallos de las hojas de tindiuki sacaban las flechas para sus “bodoqueras”: instrumento hueco, largo dos o más metros: en él ponían una flecha con un poco de algodón en una extremidad: soplando con fuerza y con una puntería certera, tumbaban una avecita a una distancia considerable. Para presas grandes, usaban flechas con veneno de “curare”, en una punta.

La casa jíbara no tenía muebles, exceptuando un asiento de madera labrada de un tronco de árbol; asiento que solo usaba el dueño de casa. Las camas eran sumamente sencillas: sobre cuatro estacas a horquilla, se tendían los travesaños que cargaban las tablas de guadua (bambú picado). Sus dimensiones, generalmente eran de 1,50 metros por 1,20 metros. Levantada del suelo 40-50 centímetros, tenía, en el borde inferior, un travesaño, sostenido a la misma altura, por dos estacas con horquillas. Debajo de ese palo, toda la noche ardían a fuego lento unos palos cruzados a triángulo.

El individuo, echado en la cama, ponía los pies sobre el travesaño y el fuego se encargaba de tenerlos calientes toda la noche. Calientes

los pies, no se necesitaba ni colchón, ni frazadas, ni sábanas, ni almohadas. Si se apagaba el fuego, el durmiente se daba cuenta, se levantaba y atizaba los palos, reavivando el fuego.

La casa era dividida en dos partes: la parte reservada a los fogones, a las camas de las mujeres y a los que podríamos definir como hogar. La otra parte de la casa era reservada para las camas de los varones, de los visitantes y para las reuniones. El suelo era de tierra desnuda. Los fogones se componían por tres palos secos, colocados en triángulo; el fuego en el medio y las ollas sobre los tres palos que ardían, colgadas de bejucos, al centro de la casa, generalmente. Elementos importantes e infaltables en las casas jíbaras, los perros: flacos, bullangueros, amarrados a las camas de las mujeres. No había gatos entre los jíbaros de entonces: se criaban gallinas y paujies (pájaros del monte) y patos.

Entre la parte reservada a las mujeres y la otra, había sencillas separaciones hechas con quinchá o ramas. Cada casa tiene una puerta, en cada parte del elipse u óvalo de la casa, por una entraba la familia y era exclusiva; por la otra entraban los varones, los visitantes y los forasteros. De noche no usaban alumbrado; en caso necesario, usaban un tizón encendido o encendían una semilla (zápara), de una planta de la floresta, muy oleaginosa. Por los silbidos de los insectos o aves nocturnas, sabían aproximadamente qué hora era. El oído del jíbaro era muy desarrollado, así como la vista y podía percibir cualquier ruido especial en la floresta, así como darse cuenta de la presencia de cualquier ser vivo!

No era raro que en los atardeceres o al anochecer, en medio del silencio más profundo de la floresta, improvisadamente se oyeran los “aullidos” o gritos de dolor, de las madres de familia, que lloraban algunos seres queridos, fallecidos o ausentes.

La comida del jíbaro era sencilla, sin aliños especiales, no siempre con sal, nunca con dulce o azucarada; la base de la comida era la yuca cocida, reducida a chicha; fruta, banano, plátano, camote; caería: aves o carne de animales de la selva (en los primeros tiempos no comían carne de ciervo o venado, así como no querían comer carne de ganado vacuno). La pesca, abundante en casi todos los ríos de la floresta, la efectuaban o con las manos, con anzuelos o

con el barbasco, después de haber desviado el brazo de un río, haciendo afluir el resto del agua, en la que machacaban las raíces del barbasco, en barbacoas o esterillas, sobre las cuales quedaban en seco el pescado, “amortiguado” por el barbasco. Así vi yo al jíbaro de los primeros tiempos.

Quizás más adelante se ofrezca la ocasión para recordar algún otro detalle de sus costumbres o vida. Lo cierto es que, en esos tiempos, no encontramos entre ellos vestigio alguno de historia, monumentos o grabados de cierta importancia, que denotaran una civilización especial, en el sentido o acepción común de la expresión.

Durante las “conversaciones oficiales”, los interlocutores escupían en el suelo poniendo los dedos índice y medios pegados, a los labios y haciendo pasar la saliva en medio de los dos dedos, ligeramente abiertos. Al terminar una conversación que había durado algún tiempo, el suelo, cerca del dueño de casa, generalmente quedaba sembrado de salivazos! ¡Quizás una necesidad fisiológica o quizás una exigencia social, para darse importancia!

Cuando el matrimonio salía de casa, ya para viajes largos, ya para ir a los trabajos de la chacra, la mujer iba a la cabeza, cargando la changuina, con los guaguas acomodados en ella o al pecho, llevando los perros amarrados y, en una mano, un tazón de fuego encendido, que movía rítmicamente para que no se apagara. Detrás de ella, bien peinado y arreglado, cargando la escopeta, la bodoquera o la lanza, venía el marido, todo ojos y atención, para prevenir los “encuentros” casuales, de animales de caza o de sorpresas o peligros de la floresta. Durante el viaje, si encontraban a desconocidos, ni los miraban y menos entablaban con ellos conversación, siempre en forma “oficial”. Llegando a destinación, de inmediato la mujer reunía ramas y leña seca y prendía fuego, aunque no tenían nada que cocinar en ese momento. El fuego no constituye un peligro para las florestas vírgenes amazónicas: la humedad del bosque es tan grande que el fuego no puede extenderse fácilmente. Del resto, en la floresta, no toda leña, aún seca, arde y quema.

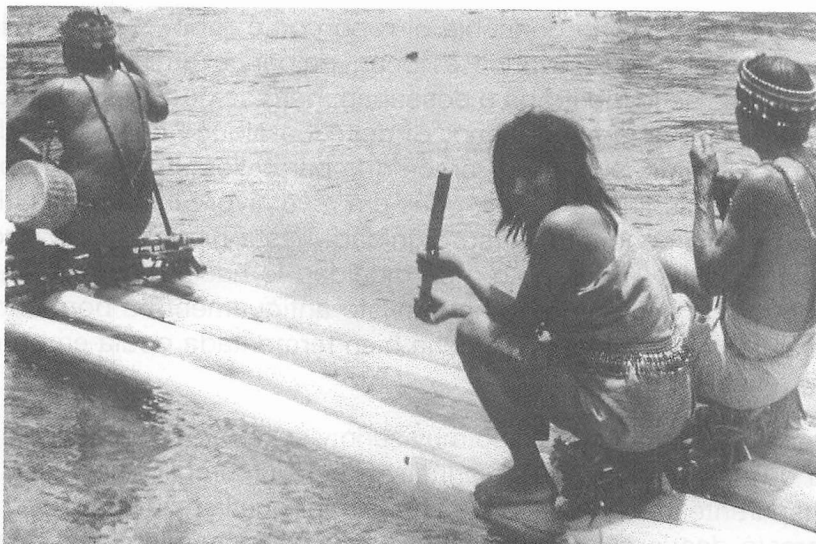
Los niños varones andaban desnudos, nadie les hacía caso; las niñas, aún muy pequeñas, llevaban un trapo en su cuerpo. Los hombres llevaban taparrabo (“tipi”); las mujeres, dos varas y media de

género (tarachi), que las cubrían enteramente, dejando descubierto el hombro y el brazo derecho o izquierdo. Ese vestido les llegaba a los tobillos y se lo ceñían a la vida con un cordel o con un bejuco. El hombre, generalmente llevaba la cara pintada con rayas coloradas, azules y negras; peinaba el pelo largo, acomodándolo alrededor de la cabeza y embelleciéndolo con plumas de varios colores de aves, y cintas o cordeles de colores. En los lóbulos de las orejas llevaban un canutillo, que en los ancianos era de dimensiones y grosor considerables; el dorso y abdomen del varón adulto, así como las piernas y pies, eran desnudos. La mujer no se pintaba; llevaba un canutillo en el labio inferior de la boca, incrustado en un agujero, en medio del labio. No llevaban calzado de ninguna clase. Su pelo era largo, negro como el carbón, grueso y tieso, suelto. Tanto el varón como la mujer eran muy limpios y aseados; se bañaban a menudo en los ríos o en las vertientes de agua, cercanas a su casa.

Entre ellos reinaba la poligamia; las esposas del varón podían ser (y casi siempre lo eran), hermanas entre sí, o parientes; podían ser también de otros lugares, pero siempre de familias conocidas, parientes, amigas. Los trabajos de la huerta, de la casa y de la cocina corrían a cuenta de las mujeres. Los trabajos pesados de la huerta, tumbado de árboles, despeje de terreno, construir casa, hacer el techo, cazar y pescar eran tareas del varón: tarea específica del varón, era la de “cultivar las relaciones sociales”. Para ellos había toda una tradición que respetar y un conjunto de actos protocolares, impuestos por leyes estrictas.

Las mujeres y los menores no participaban en las “conversaciones oficiales”, las mujeres servían “chicha” (pasta de yuca fermentada, después de haber sido cocida y masticada, en ollas de barro).

Las mujeres sacaban con sus manos de las ollas la pasta fermentada y la licuaban en agua, en “piningas” (tazas de barro), removiéndolas con sus manos. Antes de ser invitado por el dueño de la casa a conversar, el forastero o visitante, no debía hablar, no hacer movimiento alguno: debía esperar parado, arrimado a la pared de la casa, apenas entrado por la puerta de los varones, hasta la invitación del dueño. La conversación solía componerse de monosílabos o palabras cortas, repetidas dos o tres veces.



Shuar, viajando por el río en una balsa

Abundante entre ellos era el patrimonio oral de cantos y de leyendas; su idioma bien organizado, casi monosilábico en su base primordial, con una riqueza inexplicable de expresiones y conjugaciones de los verbos: carecía casi por completo de vocablos o expresiones para conceptos ideológicos, especulativos o trascendentes. Sus creencias religiosas, rudimentarias, pero claras. Entre ellos tenía importancia fundamental la presencia y actuación del “brujo”, con poderes extraordinarios. La familia era de estructura patriarcal; no formaban poblaciones o villorrios; cada familia vivía separada de otra, aun por necesidades prácticas.

Y séame permitido hacer referencia aquí, a algo que juzgo característico, propio tal vez de seres primitivos, que siempre he admirado entre los jíbaros de esos tiempos. En ellos descollaban tres virtudes naturales, que entre nosotros han perdido mucho su brillo y hasta están deformadas. El jíbaro de esos tiempos no sabía mentir: no concebía que se pudiera mentir. La palabra del jíbaro era sagrada; tenía valor sobre todo y para cumplirla no paraba mientes en los sacrificios y renunciaciones. El jíbaro de mi tiempo no tenía nada que esconder, nunca hablaban ellos en voz baja, como para solapar algo a los demás. Muchas veces hasta sus pensamientos lo expresaban a solas, hablando. Castigaban duramente a los niños si mentían.

El jíbaro primitivo no concebía el robo como robo. Su necesidad o curiosidad podía llevarlos a tocar, palpar, examinar, apetecer todo lo que se le mostraba o deseaban; pero se podía estar seguro que no se llevaba nada ajeno. Si deseaba alguna cosa, la pedía, sin más: “Dame: surustá”. Parece que para ellos en ese tiempo el “surustá, tenía fuerza de ley; pues era reversivo. El jíbaro primitivo tenía un alto concepto de su dignidad, hasta hacerlo parecer orgulloso o altivo. El respeto a su dignidad lo hacía muy reservado y controlado. No recuerdo haber visto antiguamente a borrachos-borrachas entre ellos; y la chicha bien fermentada podía emborrachar a cualquiera.

El recato en la mujer era algo muy serio y severo. Si bien podría afirmar que la psicología de los primitivos era sin complicaciones y casi transparente, me guardaría bien de afirmar que la raza shuar, se nos apareció desde el principio como una raza opacada o menguada mental o moralmente. Siempre he sostenido que los shuar son una raza inteligente, ambiciosa y con arranques de superación.

No me he propuesto hacer una monografía sobre los jíbaros; pero entrando a vivir a contacto con ellos y por y para ellos, era necesario que yo trazara un bosquejo de cómo he visto yo esa raza, desde los primeros contactos.

Después de la primera noche pasada en la jibaría, echados en el suelo de la casa, sobre hojas de plátano, tendidas en su largo, al amanecer del día siguiente, Monseñor Comín, sobre un altarcito de fortuna, rodeado por todos los viajeros y los numerosos jíbaros hombres, mujeres, niños y niñas que todo lo querían ver y tocar, celebró la Santa Misa y con un breve y rápido desayuno, continuamos el viaje, que si no tenía las subidas y bajadas del día anterior, no dejaba de ser difícil y pesado para nosotros, todavía primerizos en las dificultades de la floresta. Qué impresión ingrata cuando llovía. Pues hasta empaparse de agua (ningún impermeable sirve en la floresta para conservarse seco), hasta que el agua corra por el espinazo, la desazón es grande; después ya uno se acostumbra y no hace caso. Lo más práctico en la selva para viajar cómodamente, es vestir ropa muy ligera y reducida, y en los pies, calzado de los más livianos y sencillos.

A orillas del río Changa-Changanza, río muy respetable, alrededor del mediodía, paramos y almorzamos y de ahí, vadeando el río, caminamos hasta la “sorpresa del siglo”: el puente de guadua sobre el famoso río Tutanangoza. Es algo difícil de describirlo con palabras, el dichoso puente, pues parece increíble. El río Tutanangoza es muy torrentoso y su cauce o lecho está formado por enormes piedras: imposible pasarlo a vado; muy peligroso pasarlo con balsa o canoa. Tendido de orilla a orilla, suspendido a unos veinte metros sobre las aguas, hecho con guaduas asentadas con su tronco grueso en ambas orillas y cruzándose con las puntas en el centro del puente; sostenido con bejucos amarrados en los árboles de las orillas, formando un arco convexo en el centro, largo cuarenta metros, ese era el puente; su ancho no pasaba de 80 o 100 centímetros. No tenía pasamanos. Cuando uno entraba para cruzarlo (solo era posible pasarlo de a uno), empezaban los dos movimientos: el ondulatorio y llegando al centro, los pies se hundían por la flexibilidad de las puntas de las guaduas. Los más valientes lo pasaban caminando y agarrándose de los bejucos; los menos valientes, sentándose y arrastrándose a gatas. ¡Los más cobardes! ¡Pues de tripas corazón!

Al atardecer, como Dios quiso, llegamos a “Huambi” y nos alojamos en la casa del único colono blanco, un “macabeo” que era el tamburo del Tutanangoza, es decir, el encargado de cuidar el famoso puente y despejar el sendero. De Huambi a Sucúa, hoy día, en carro, se emplean escasamente 20 minutos, entonces nosotros, al siguiente día, empleábamos todo un día de camino y, llegamos temprano al lugar llamado entonces Sucula, hospedándonos en casa del colono Victorino Abarca.

Tres eran entonces los “blancos” que vivían en ese lugar: Victorino Abarca, el protestante Mr. Olson y el pastor Bernal que convivía con una o dos jíbaras; la planicie entre el Tutanangoza y el río Upano era región muy habitada por jíbaros. Los cargueros que llevaban nuestro equipaje y cosas, se manifestaban alegres: su tierra, Macas, ya estaba cerca: “Allacito, no más”, “¡a la vuelta del Upano!”. Ese “allacito” no se me borró jamás de la memoria, y fue para mí, sinónimo, desde entonces “muy, muy lejos”.

Hoy se cubre la distancia entre Sucúa y Macas (25 km) en menos de 45 minutos en carro. Nosotros empleamos tres largos días, por caminos tan frágiles, que si el pie se resbala del palo tendido como puente sobre el fango, la pierna se hundía hasta la rodilla. Primer día: hasta Cachiyacu; casa de don Juan Velín, natural de Macas. Segundo día: hasta el río Blanco: casa de don Antonio Velín también de Macas. Tercer día, finalmente a Macas. Por supuesto que los ríos Chachiyacu, Arapicos, Blanco y Jurumbaino tuvimos que vadearlos con agua hasta el cuerpo. El último trecho del camino, Jurumbaino-Macas, fue el más fastidioso, por sus lodazales o tal vez, por el cansancio nuestro y el ansia de llegar a la meta. En la entrada de Macas, en casa de don Mario Rivadeneira, se había reunido la población de Macas, para la bienvenida al Obispo, a las Madres y a los misioneros; recepción solemne, con flores y cortejo hasta la Misión, pasando por medio pueblo.

MACAS Y SUS HABITANTES

Macas en 1927 habrá tenido tal vez poco más de medio millar de habitantes blancos y era un pueblo, capital de todo el Oriente ecuatoriano. Las casas-vivienda de los “macabeos” (así los llamaban entonces), eran... invisibles. Hechas al estilo de las de los jíbaros, estaban diseminadas sobre un área bastante grande, distantes una de otra una cuadra o más, según la ubicación; rodeadas por un patio relativamente pequeño, pulcro por su limpieza, con alrededor flores y plantas y también sembríos de yuca, plátano y caña de azúcar. El terreno sumamente fértil: clima delicioso, panorama soberbio. Al noreste el imponente volcán activo Sangay; al este el caudaloso, majestuoso y temible río Upano, la planicie del Yuquipa y Sheipa, antiguo asiento de Sevilla de Oro y la imponente cordillera del Cúcutú. Al sur, la planicie de Sucúa, Huambi, etc.

Estaba esperándonos en la Misión, el director, padre Salvador Duroni y las madres: sor Troncatti y sor Barale. En el centro de la población, una plaza llena de yerba; la casa de Gobierno, apenas presentable; tres o cuatro casas, estilo jíbaro. La Misión, situada sobre “la Colina Sagrada”, al oriente de la población, dominaba a esta y al río Upano, que aparecía en toda su magnitud, allá al fondo, a un centenar de metros más abajo. Una iglesia, que más que iglesia aparentaba ser un gran techo de paja carcomida y sostenida por una selva de chon-

tas, que no la dejaban derrumbarse; las paredes de tablas de cedro, ya enmohecidas por la humedad.

En el interior, sin bancos ni reclinatorios, habían esteras, quinchas y tablas sueltas en el suelo de tierra; al fondo, un altar de tablas de cedro, antiguo y sin mayores pretensiones. Faltaba el cuadro de la Patrona: La Purísima de Macas. Yo no sabía que en nuestras cargas venía una copia al óleo de la antigua estampa milagrosa, mandada a pintar en Riobamba. En esta ocasión (creo que estábamos cerca de la fecha clásica de la Fiesta Jurada del 18 de febrero, se estrenó y bendijo el cuadro. Humanamente hablando, la Iglesia resultó una desilusión. Recuerdo que el primer banco de madera lo hicimos el hermano Bonato y yo.

Los primeros días fueron día de fiesta y de curiosidad psicológica. El “macabeo”, en general, era un tipo introvertido, de pocas palabras, de aparente indiferencia y de poco entusiasmo. Hablaban un castellano con vocablos e inflexiones antiguas; entre ellos, usaban un “dialecto” especial, casi monosilábico, aunque con expresiones castellanas.

Usaban vestidos comunes, generalmente de géneros ligeros, adquiridos de los “mercachifles”, que entraban en Macas por un camino de cabras, desde Riobamba, pasando por la Laguna Negra, Galgalán, Zhuña, Chanalá y el río Abanicos. Por esa vía, los de Macas, más valientes y emprendedores, sacaban a cuestras, poquísimos productos para vender en la Sierra: canela, ishpingo, maní, café, vainilla. El viaje era duro y largo, una semana, cuando el río Abanico permitía el vado o el paso en canoa, y el Upano, en las alturas, frente a Chanalá, permitía el paso. Eran contados los valientes que habían salido a la Sierra por esa vía; más escasos todavía, los que habían arrojado los peligros de la vía: Macas-Chiguaza-Palora-Pastaza-Puyo-Mera-Baños del Tungurahua.

La vida en Macas era patriarcal; los ancianos gozaban de una indiscutible autoridad moral; mucho analfabetismo. Había una escuela fiscal y la escuela de la Misión, regentada por los Padres, para los varones, por las Madres para las mujeres. La de varones funcionaba en una choza de quincha, techo de paja y piso de quincha, a una cuadra y media de la plaza del pueblo, por el lado norte; la dirigía el padre José Chierzi. En esa escuela empezó mi primera actuación de

misionero: dos grados a mi cargo: el segundo y el tercero. El salón de clase era común para todos los grados.

La población escolar de varones, en nuestra escuela, creo llegaba a un centenar de alumnos. Me refirieron que el año anterior, el padre Castagnoli, llevaba frecuentemente a los estudiantes, a la playa del Upano y allí, en las arenas de río, les hacía escribir y leer. Había total carencia de libros y material escolar.

Dada mi edad, empecé enseguida a relacionarme con los jóvenes de Macas y en nuestras reuniones y charlas, pude comprender algo de la vida familiar y social de ese pueblo ingenuo y simpático, que por naturaleza se había vuelto introvertido y susceptible, debido a su secular aislamiento y a su lucha contra los elementos de la naturaleza.

La organización familiar era muy seria y tradicional y obedecía a la línea clásica: del padre: jefe absoluto, la madre: centro del hogar, esforzada y copartícipe en los duros trabajos del campo, con el marido. Vida frugal y de pocas exigencias; actividades eminentemente agrícolas y ganaderas: ni ricos, ni pobres. Los únicos indigentes eran unos pocos ancianos solos, sin familia y achacosos.

El nivel de salud era excelente, a pesar que no disponían de hospital, boticas o medidas de salubridad pública. No existía agua potable sino agua de vertientes, abundantes en esa época en Macas. No existía canalización o desagües; el único sistema público para el aseo, era el arroyo "Plazayacu", que pasaba por el pueblo en su recorrido hacia el Upano. Las calles del pueblo se reducían a dos: la que pasaba de norte a sur, por la plaza y la que de la Misión, bajaba a la plaza; de estas dos arrancaban los varios senderos a las casas del pueblo. Las casas eran con paredes de quincha, piso de tierra y techo de paja toquilla; tenían una parte reservada a la cocina, una parte reservada al salón central, y una parte, al rincón, separadas por paredes de quincha, las camas. Esta parte generalmente era sobreelevada del suelo con un entarimado de quincha. Las puertas no llevaban sistema de seguridad o candados; en esa época, cualquiera habría podido entrar en cualquier casa; durante el día, casi siempre, ellas quedaban vacías. Los adultos, temprano iban a la chacra y los niños a la escuela. Las comidas eran sencillas: estilo de los jíbaros; aun cuando la chicha no se usaba entre los macabeos en la forma, cantidad y cons-

tancia como entre ellos. Mucho se usaba la “chicha de guarapo” y no era raro el caso de solemnes borracheras por guarapo. En Macas no existía el mercado; pues entonces el mercadeo era todavía a base de trueque. En Macas se consumía bastante carne de ganado.

El ganado vacuno era numeroso y hermoso; pero no tenía mercado, pues no podía exportarse; no se sabe en qué época y por qué medio entró el primer ganado vacuno a esas zonas; el ganado caballar fue introducido por la Misión Salesiana, así como el primer ganado vacuno fino. Existían chanchos, casi silvestres o descendientes de sajinos, así como aves de corral. No existían entonces cuyes y conejos.

La pesca y la cacería, quizás por la necesidad, eran muy practicadas. Dos veces por año, en las playas del río Upano, se verificaba un fenómeno curioso, del que fui testigo ocular: repentina e imprevisiblemente, en los lugares menos pensados, “brotaban” vertientes de agua cristalina, que arrojaban cantidades fantásticas de sardinitas. Apenas alguien se percataba, hacía correr la voz en el pueblo y todo el mundo corría a la playa y recogía canastas llenas de sabrosos pececillos plateados. Las mismas playas ofrecían una vez al año, una abundante cosecha de cera de laurel.

Un arbusto que crecía en la playa, producían anualmente una semillita abundante, que recogida ya madura, se metía en ollas agujereadas, sobre ellas se vertía agua hirviendo y por los agujeros de las ollas se desprendía una substancia cerosa, que enfriándose, quedaba endurecida a flote del agua. Con esta “cera” se hacían las “velas” o mecheros para la iluminación de las casas y de la iglesia, en las noches. En la cacería de entonces, no era raro el caso de cobrar piezas mayores: tigre (jaguar americano), león, puma, gran bestia (tapir), venado (ciervo)... En mi tiempo se cultivaba todavía en Macas y se explotaba, el árbol de la canela: hermosa planta de adorno, que ofrecía con la corteza de las ramas tiernas, una canela muy apreciada y en el cáliz de la flor, un exquisito elemento con aroma de canela, tal vez más fuerte que las mismas cáscaras.

La planicie y región de Macas, a partir del río Abanico y siguiendo la orilla derecha del Upano, siendo de origen volcánico, es sumamente fértil y por su clima, en las dos épocas más frías del año: abril y

agosto, nunca baja de 10 a 12 grados, así como el calor, aun cuando excepcionalmente por la vecindad de un temporal, puede ser muy caluroso, nunca pasa de 27 a 30 grados. Las tempestades eléctricas en esa zona, en ciertas épocas del año, son épicas y repentinas; así como los “remezones” sísmicos, causados tal vez, por la proximidad del volcán Sangay, siempre activo e imponente, cuando descubre su cumbre nevada.

Entre los macabeos de esos tiempos, debido tal vez a su carácter introvertido y a la falta de contacto social normal, algunas veces se encontraban entre familias, odios familiares y enconos, con las consiguientes venganzas. El sistema de la administración pública de la justicia, pecó siempre de inoperancia, de parcialidades o de ignorancias. Las autoridades públicas enviadas allá por el Gobierno central, raramente estaban a la altura de su misión y rápidamente caían víctimas del ambiente, a la merced del que astutamente o cobardemente, se aprovechaba de situaciones de emergencia. La religión era muy arraigada y muy sentida entre la gente de ese entonces, aunque infeccionada de supersticiones, sentimentalismos e ignorancias; sin embargo, ella era todavía el elemento más importante para tener unida la población. Las mayores resoluciones que afectaban al pueblo en general, se tomaban todavía en la plaza de la iglesia, esperando el momento de la Misa dominical o de la función religiosa; o saliendo de la iglesia, se reunían en la plaza del pueblo.

Mucha importancia tenía entonces el Rosario de la aurora, que empezando antes de la aurora, despertaba y reunía a la gente, recorriendo los senderos del pueblo. Acercándose a la iglesia, cantaban el Rosario, terminando con la Misa, cuando había sacerdote, o con cantos y oraciones populares. Mucho debe Macas de esa época, a la señorita Mercedes Navarrete, que había entrado a Macas desde Riobamba, como maestra fiscal de la escuela y en poco tiempo había polarizado a toda la población con su rectitud, piedad y don de gentes.

A ella se debe la mayor parte de los hermosos cantos religiosos, que llenaron los aires de Macas o las casas de Macas, en ocasión de fiestas, de fallecimientos y en toda ocasión. Macas, alrededor de la Purísima, con su historia prodigiosa, que se remonta allá por los mismos inicios de la existencia de los primeros colonos

blancos, en la tierra de salvajes e infieles, ha vivido sus mejores momentos de existencia y de su historia. Paulatinamente la vida de Macas, empezó a aglutinarse alrededor de las Misión Salesiana con su centro en la “Colina Sagrada” que dominaba, por un lado, la población y por el otro, el temible y majestuoso Upano. Al oriente, al pie del Cutucú por ambos lados, jíbaros y jíbaros y todavía mucho misterio.

En el territorio de Macas, es decir, en la orilla derecha del Upano, vivían contadas familias de jíbaros: eran familias conchabadas por algún habitante de Macas para los trabajos de la agricultura; en familias de Macas, vivían en calidad de criaditos, hijos de jíbaros, pero en número reducido: tal vez dos docenas, y no eran tratados propiamente como criados, sino como allegados. Entre macabeos y jíbaros había frecuente trato y relativa amistad; siempre por motivos de negocios o de trabajos.

Entre las costumbres curiosas, de carácter social de Macas, en ese entonces, existían las MINGAS y las RANDIMPAS. A las mingas, que podían ser públicas o privadas, acudían los voluntarios y prestaban su trabajo desinteresadamente, sin pretensiones, pero sin exigencias especiales por parte del “DUEÑO” DE LA MINGA. Los voluntarios se reunían a la hora que podían y trabajaban generalmente hasta una cierta hora de la tarde. No era obligatorio darles de comer, pero sí, de beber y en abundancia: chicha, guarapo, “fuerte”.

Las “randimpas” eran reuniones de trabajadores que prestaban su ayuda, para recibir oportunamente la devolución del trabajo, por parte del dueño de la randimpa. De modo que el dueño de la randimpa, se quedaba “deudor” de tantos días de trabajo, cuantos eran los que habían venido a ayudar; a cada uno debía devolverle el día de trabajo, cuando y en donde él quería; pero su rendimiento era asegurado. En Macas, las randimpas estaban en auge y quizás a ellas se deba la supervivencia humana de esa colonia. La participación a los acontecimientos familiares: nacimientos, matrimonios, defunciones, en Macas antiguamente eran comunitarios. Un detalle curioso: una fosa para un entierro era motivo de reunión de los mejores brazos: la fosa debía tener, cuando menos, tres metros de profundidad.

El maqueño de esa época, aunque su vestido no aparentaba ser muy rico (los más acomodados tenían terno de casimir negro, para los domingos, fiestas o reuniones: no usaban zapatos de ninguna clase), eran pulcros, limpios y aseados: el baño era diario, aunque sea solo bajo la vertiente de agua de la casa. Magníficos nadadores todos los hombres y empedernidos “caminadores” en la floresta, de la que conocían todos los secretos y peligros; óptimos compañeros de viaje, listos para cualquier emergencia; cargadores esforzados, curtidos a la intemperie de la atmósfera; frugales y de pocas exigencias; ágiles y rápidos, así como constantes.

Su aislamiento secular los hizo cautos y sospechosos y, como ya se ha anotado arriba, introvertidos.

En Macas, tuve dos “sensaciones” nuevas respecto de los jíbaros. Mostrando a algunos de ellos ya adultos, fotografías o grabados, no entendían lo que ellas significaban; a ellos no les decía nada. No sabían “leerlas”. Cuando llegó a Macas, un cuadro grande en el que el padre Chierzi había hecho reproducir a colores, el infierno, según la clásica estampa francesa: fuego, diablos colorados, con cachos y rabo, etc., e hizo exponer dicho cuadro en la puerta de la iglesia, parejas de jíbaros silenciosos, se detenían ante el cuadro, sin acercarse y después de hacerlo examinado, a voz baja se decían entre sí: ¡así es! ¡Así se nos aparece... el Ivianch! A esa escena asistí personalmente.

El padre Duroni se había empeñado en hacer construir una nueva casa de tablas para los misioneros, como la había hecho construir para las Madres, al lado sur de la iglesia; nuestra casa vieja se venía al suelo de un momento a otro, pues estaba en las mismas condiciones de la iglesia. Después de pocas semanas pudimos entrar en la nueva casita, al lado norte de la iglesia. La vida ya tenía su ritmo definitivo y normal. El carácter estrambótico del padre Chierzi, en breve me hizo difícil la vida en Macas y, apenas terminó el año escolar, solicité al Obispo, que me cambiara de casa.

Cuando llegué a Macas, mi vocabulario castellano no pasaba de un centenar de vocablos y pocas expresiones. Sin embargo, en marzo tuve que dar clases y predicar en la iglesia, los días domingos: casi todos los sábados por la tarde iba a pie a Pitaloma (General Proaño), para la Misa y catecismo del día domingo. Aquello fue mi fragua en

todo sentido. Durante mi permanencia en Macas, sufrí fuertes jaquecas, como nunca en mi vida. Tarde me percaté que eran causadas por el sereno de las noches. Después del Rosario de las tardes, solía yo reunirme con los jóvenes de Macas y pasear por el pueblo, con la cabeza descubierta, hasta las 8 o 9 p. m. Eran los momentos más hermosos de mi vida algo monótona y los contactos humanos más fructuosos de esas mis primeras experiencias misioneras.

REGRESO A MÉNDEZ

Un día del mes de julio o agosto, emprendí el viaje de regreso a pie, desandando el camino recorrido en febrero. El Yurupasa me bloqueó con su creciente y tuve que quedarme en una jibaría, unos cuantos días, hasta que el río me dio paso. En Méndez, encontré a Monseñor Comín, con el cual planteé el problema de “mi vocación misionera”. No era dable que, para hacer una vida como la de Macas y con esas cortapisas, yo hubiera dejado mi tierra. La primera crisis de ambientación. Que decidiera el señor Obispo: o me cambiaba a otra ocupación o yo pediría a mis superiores de Turín, que dispusieran mi reintegro a Italia. El Obispo siguió paseando en silencio por el corredor de la Casa de la Misión, por largo rato. Al final se paró y me dijo: no escriba a Turín, ya remediaré esto. Quédese aquí en Méndez unas semanas, mientras el padre Dardé, sale a la Sierra: a su regreso, yo le llamaré a Cuenca... veremos. ¡Así fue!

En Méndez-Kuchantsa, encontré al padre Ghinassi que había iniciado un internado de niños jíbaros: fue un triunfo, pues, aunque el chico varón en su casa es dueño y señor de su voluntad, sin que nadie lo controle, sus padres no permitían absolutamente que se ausentara de casa: no podían estar sin él. Costó trabajo, dinero y un verdadero triunfo, conseguir a los primeros chiquillos jíbaros, como internos; y cuántas veces se tuvo que “pagar” (reconocer con regalos extras), a los padres, para que dejaran que los hijos se quedaran y educaran en la Misión. Cuántas veces, en los primeros tiempos, las Madres compraron chicos enfermizos o enclenques o hijos “no queridos” y tenían que buscarles nodrizas que los amamantaran.

¡Cuántas vidas salvadas al nacer de la muerte, por ellas! Estos fueron los “fundadores” de nuestros primeros internados de jibaritos y jibaritas, clave del futuro éxito en la civilización y evangelización de

la raza shuar. Digan hoy lo que quieran, lo que no han conocido y vivido esos principios tan duros: qué de amenas charlas con el héroe: padre Juan Ghinassi, en esos días de Méndez.

Carácter “romagnolo”, optimista y alegre; un tanto a la buena de Dios: preocupado más por las grandes líneas, que por los detalles, sacrificado hasta el heroísmo; con un sentido práctico a toda prueba; fue él quien dio la clave para el éxito de esos internados: en ellos reinaba el espíritu de familia, una libertad controlada, una educación práctica a toda prueba; para una vida no desenganchada y jíbara, con posibilidades para asimilar, de la civilización “blanca”, lo asimilable, sin desarraigos abruptos: la religión enseñada paulatinamente y con orden, sirviéndose de los elementos positivos que no eran pocos, de sus ancestros.

Contaba el padre Juan Ghinassi: “Fui a verle al viejo “Chunchu”, enfermo y en cama, en su jibaría: un anciano, tal vez centenario, con tres esposas. Nunca había faltado los domingos a Misa y sus comentarios a lo que el padre decía en el catecismo, eran “sabrosos”. Le preguntó: Chunchu, ¿quieres que te bautice? Ya estás mal y vas a morir (cosa grave para el jíbaro primitivo, para el cual era inconcebible la muerte natural y muy explicable la muerte violenta, especialmente si era causada por una venganza). Y Chunchu: ¿Y qué gano con el bautismo? “Después de tu muerte, irás a casa de “Taita Dios” a descansar. “¿Y habrá chicha en casa de taita Dios?”. “No solamente, eso, todo lo mejor que tú puedas desear”. Y ¿qué hago con mis mujeres? Tú dices que no se puede tener más de una. ¿Debo matar a las otras dos? Si es así, no quiero que me bautice”. Era la lógica del jíbaro primitivo. “Padre, tú dices que el alma es como nuestra sombra y el que vive mal, después de su muerte, su alma será castigada con el fuego del infierno. Toma mi machete y pégale a mi sombra (estaba frente al fogón de la casa); a ver si yo siento.

En Méndez-Kuchantsa se afrontaron los primeros problemas y se resolvieron las primeras dificultades de todo orden, para esa iniciativa que debía ser resolutive para la evangelización y civilización de los shuar. A los padres Dardé y Ghinassi, se les debe este reconocimiento. Cuando los jíbaros se percataron de los frutos de la educación de sus hijos de la Misión, primero ofrecieron espontáneamente a sus

hijos y después insistieron para que se les recibiera como internos: sus hijos resultaban “superiores a sus padres. ¡Podían medirse con los blancos!”. Era el principio del triunfo de la iniciativa.

Ya estaba en Kuchantsa el hermano Jacinto Pancheri, enviado por los superiores, para estudiar la posibilidad y la realización de la “pasarela” con cables de acero, sobre el caudaloso y temible río Paute. Y pensar que esos cables de acero fueron traídos desde El Pan, un poco sobre mulas y otro poco, ¡sobre hombros de peones! ¡Y por qué caminos!”.

En Kuchantsa ya se hablaba con insistencia de traer a las Madres Salesianas para la obra de la educación de las jíbaras, problema mucho más intrincado y difícil. Para este fin, ya estaban adelantados los trabajos de la casa de las misioneras.

Aquí me parece útil y conveniente agregar una “experiencia” de esos primeros tiempos. Después de muchos meses de paciente y amorosa labor de formación cristiana, se creyó llegada la hora de administrar el Bautismo y la Primera Comunión a esos primeros internos: y fue una fiesta excepcional, para todos: hijos y padres, todavía paganos. Los frutos fueron patentes y abundantes. Un muchachón de nombre Pujupat, de unos 16 años, un día pidió permiso al Padre para ir a visitar a sus padres. Él iría a Yaupi (cuatro días de viaje), quedaría con ellos, “tres lunas” y regresaría a la Misión; ¡palabra de jíbaro, era juramento entonces! Y pasadas las tres lunas y el último día, cuando se cumplían los tres meses, día domingo, asomó el muchacho. Eran aproximadamente las dos de la tarde; el sol y el calor arreciaban como pocas veces. Saludos y alegría; el chico era simpático y querido por los compañeros. Después de los saludos, dice el padre: vamos para que comas algo. “Antes quisiera comulgar”. ¿A estas horas? ¡Todavía regía la obligación del ayuno eucarístico desde la medianoche! ¿No has comido ni bebido nada? Y has andado todo el día. ¿Has pasado el Upano a nado y no tragaste agua? ¡No! Quiero comulgar. El padre Ghinassi, hombre práctico, sin tantos remilgos, le dice: Está bien. Vete y prepárate para confesarte. “No necesito” ¿No has dicho tú, que él que ha hecho la Primera Comunión, debe esforzarse para evitar toda ofensa a Dios? ¡No necesito confesarme! “Pero, hijo, son tres meses y tú...”

¡No, padre, no necesito confesarme y quiero comulgar!”. Y el padre Ghinassi fue a la capilla con él y le dio el “Pan de los fuertes” a ese débil hijo de las florestas e hijo de paganos.

Méndez, lugar encajonado, con poca aeración, caluroso, con terreno poco profundo y no muy fértil, presentaba lados negativos. La Misión estaba ubicada en una loma, al lado sur del río Kuchantsa, torrentoso y peligroso, cuando llovía fuerte; estaba rodeada por una zona intensamente habitada por jíbaros belicosos, fuertes, bien organizados, eran muy temidos, como los de la zona de Yurupasa; eran violentos y entre ellos menudeaban las muertes por venganzas. En esos tiempos se oía hablar con frecuencia de la Fiesta de la tsantsa y no era muy difícil negociar alguna cabeza, trofeo macabro de esas fiestas. En otra parte se encontrarán las noticias pertinentes a lo referente a la tsantsa y sus celebraciones. No es mi intención detenerme en estos u otros detalles, que se pueden encontrar fácilmente en monografías o relatos excelentes.

El camino de penetración El Pan-Méndez del padre Albino del Curto, había seguido avanzando; ya desde el río Negro era posible viajar a caballo o mula, hasta El Pan. El fenómeno de la colonización de “blancos” había comenzado; ya era avalancha, pronto sería torrente incontenible. Para la obra misionera dicho fenómeno es de considerarse sobre un plan panorámico complejo: había en él lados positivos y lados negativos. Desde el principio, fue mi criterio personal que debíamos proceder para con los shuar, al inicio en la obra de evangelización: hacerlos primero cristianos, sin el contacto con los blancos; después se procuraría civilizarlos según el molde de nuestra civilización que, a no dudarlo, tenía actuaciones que podían despersonalizar al primitivo y serle perjudiciales.

¡Tal vez eso era una utopía mía! Era inevitable el contacto directo con sus impactos, de las dos civilizaciones: una primitiva, la otra... ¡decrépita! Por supuesto, mi criterio quedó para mí y prevaleció la idea general: no era posible contener la colonización de blancos; los shuar al lado de los blancos, automáticamente se dejarían llevar... quedaba la solución de una educación prolija, a través de los internados de jibaritos y jibaritas: de ahí saldrían las nuevas familias, los nuevos hogares.

De allí la importancia que asumieron enseguida los internados en las Misiones salesianas del Oriente. Primero en Méndez-Kuchantsa, después en Macas, internado que más tarde se trasladaría por necesidades prácticas a Sevilla Don Bosco; después Gualaquiza, internado que también pasaría más tarde a Bomboiza, después Sucúa; luego Limón, Yaupi, Santiago, Taisha y últimamente (1972-1973), Miazal y Chiguaza. ¡Que solemnidad los primeros Bautismos y Primeras Comuniones en Méndez. ¡Y qué trabajos! Méndez (parroquia), todavía no existía; aquello era todavía montaña: allí vivía el entonces “teniente político” Villagómez, curioso tipo de colono, cuyas actuaciones, cuando estaba “sano”, eran dictatoriales, como casi generalmente eran todas las actuaciones de las autoridades civiles, destacadas para esos lugares, que solamente existían en los mapas y cartas geográficas.

Estando en Méndez, se me perfiló la imagen del misionero salesiano: “Hombre multifacético, dispuesto a todo, a costa de cualquier sacrificio: elástico, a disposición, optimista, entusiasta, constante, de panorámicas amplias; hombre de sentido común y equilibrio moral: de salud, de iniciativas y empuje, de piedad sólida y sin complicaciones; de fuertes virtudes y cualidades humanas; con una preparación, podría ser sacerdote, médico, abogado, confesor, padre, pacificador, consejero, etc. Su penetración e influjo en el medioambiente a evangelizarse y civilizarse, puede decirse que es proporcional a estas disposiciones, espirituales, morales y humanas del sujeto.

DIRECTOR DE GUALAQUIZA

Creo que permanecí en Méndez, algo más de un mes y con la llegada del padre Dardé, emprendí mi viaje de regreso a Cuenca. En Cuenca, Monseñor Comín, ya me esperaba con la nueva destinación: Gualaquiza, primera misión entre los jíbaros, pasaba un momento de crisis múltiple: su situación era poco más que insostenible: ¿por qué no iba yo para ver qué se hacía con esa Misión? ¿Era conveniente abandonar o tendría alguna solución? “Vaya allá, estudie la situación y refiera, yo lo acompañaré”. Así me dijo el Obispo. Y salimos para el Sígsig, antigua obra salesiana: residencia del primer Vicario Apostólico, Monseñor Costamagna, asiento de un santuario a María Auxiliadora, muy frecuentado por las poblaciones aledañas a Sígsig.

El director, padre Alberto Castagnoli, con su dinamismo, había emprendido una obra de renovación salesiana para la educación de la niñez sigseña. Estábamos en la segunda mitad de abril de 1928; encontramos al padre Castagnoli, en cama, grave. Había caído del techo en construcción de la nueva escuela, al lado del Santuario, arrastrado por una viga. Lo asistí hasta que murió en mis manos, el 30 de abril. Después de su entierro (fue luto general por él en Sígsig y caseríos aledaños); fue enterrado en la Iglesia-Santuario, al lado derecho, cerca del presbiterio, mirando el Altar Mayor. Emprendimos el viaje con Monseñor Comín, viaje a caballo, por el famoso y peligroso “Churucu”, hasta Granadillas, el primer día.

De allí, al Aguacate, en donde residía el padre Juan Bohne, solo, para atender religiosamente a los colonos del valle del río Blanco y Cuyes; el tercer día, pasando por el fatídico “Cutang”, lugar de lodazales profundos y peligrosos, llegamos a Gualaquiza, en el valle del río homónimo: tres casas de colonos; la casa de Gobierno y la Misión del padre Carlos Poggione, el hermano de José Solís y el hermano Coronel.

Todo olía a vejstorio, indolencia y abandono: ¡esa fue mi primera impresión! Y Gualaquiza, como misión, existía desde el primero de marzo de 1894 y había tenido días de euforia y allí había también las madres salesianas... ¿Por qué todo ese abandono? ¿Fracaso, maldición?... ¿Se debía abandonar esa Misión y retirarse?

Recuerdo que la tarde que llegamos frente al Aguacate, en el punto denominado Rosario, ¡llovía a cántaros! El río Rosario que habríamos debido vadear para subir al Aguacate, era un mar bravío, por la creciente. Allí había una tarabita o algo parecido, con el Obispo, a pesar del diluvio y de la enorme creciente del río, optamos pasar al otro lado por la tarabita y mandar con el peón las acémilas, por San Isidro y San José al Aguacate: un voltón inmenso y peligroso. Los dos nos aprestamos a amarrarnos, uno a la vez, a la tarabita y con las manos, ayudados por medio de una soga que halaban del otro lado, para emprender el paso. “Paso yo primero, Monseñor, le dije: Si sucede algo, me echa la absolución y manda saludos a mis papás”, el río daba pánico. “Ah no, exclamó el Obispo: primero voy yo y usted, en caso necesario, me hecha la absolución. ¡A mí me toca primero!

En medio río, una oleada le dio en pleno y lo hizo bambolear, columpiándolo; pero pudo cruzar sin mayores novedades. Volvió la tarabita y fue mi turno; se repitió el columpio, pero pude salvar la distancia. Quedaba la “subidita” a la Misión; en esa facha, por ese camino con una gradiente del 50% o más, resbalando a cada paso... ¿No era ese un preaviso de lo que me esperaba en Gualaquiza?

GUALAQUIZA

En ese entonces, ni escuelas había en Gualaquiza: no había colonos, exceptuando tres familias. La misma tierra parecía estéril; solo había maleza y grama; culebras a cada paso. Bendita juventud. Yo no cumplía todavía 28 años y... “soñaba”. El señor Solís captó mis ideas y planes y los dos empezamos a arrimar el hombro. ¿Qué sería si tumbáramos la vieja casa, desplomada en forma increíble, y construyéramos una para... las monjas? ¿Y el material... y el dinero? Yo estaba seguro que todo vendría a tiempo; mientras tanto, nos dedicamos a estudiar las posibilidades, a buscar el material de construcción, a planear posibles soluciones... ¡Estábamos inconformes con ese estado de abulia! ¡Algo teníamos que hacer y pronto!

¿Y los jíbaros? ¿Qué era de ellos? Y empezaron a visitarnos; primero los del “Sacramento”, después los de Bomboiza, los del Cuyes, los del Calagrás. Todos ellos chapuceando el castellano, con gerundios. A pesar del contacto con los misioneros (¡más de 30 años!), con los blancos (todos ellos dedicados a la explotación de la caña de azúcar, para sacar panelas y aguardiente), esos jíbaros eran tan primitivos y tal vez más que los de Méndez, Sucúa y Macas. Diría: peores, pues el aguardiente y las enfermedades de los blancos, hacían estragos en ellos: TBC, elefantiasis, pulmonías, etc., la mortandad entre los niños, muy grande, los odios y enconos entre familias, muy acentuados. Cada rato muertes violentas y algunas con refinamiento. ¿Quién no recuerda en esa zona al jíbaro maestro Juanga y sus hazañas?

A orillas del Bomboiza, cerca del estrecho, causado por los dos peñascos de ambas orillas, por el lado oeste, tenía su casa y vivía con su familia, “Juan Bosco”, criado y educado en la Misión, buen sastre, que había viajado a Europa y había conocido personalmente al Papa Pío X... Había vuelto a ser “jíbaro” remontado, como cualquier otro,

ni pensaba cambiar de vida: ¡era más cómoda esa vida! ¡El trabajo se lo hacían las mujeres! ¡El resto no contaba!

En Gualaquiza me tocó “sacar los pies de la alforja”; allí tuve que “barajarme”. E iré exponiendo mis experiencias, así como me las recuerdo. Por supuesto: con mucha probabilidad no seguiré el curso ordenado de los acontecimientos: puede ser que me equivoque en las fechas; pero los hechos, son todos del tiempo pasado, en esa Misión: 1928-1930.

Antes de adentrarnos en relatar mis experiencias con los jíbaros de esa zona y de esos tiempos, quiero referir una experiencia que dejo al juicio del que tenga tiempo y ganas de leer estas notas.

Ya he hecho referencia al estado de dejadez general, en que se debatía Gualaquiza en esa época, aun entre los colonos blancos. No analizo las razones que pueden haber causado este estado de depresión económica, moral, religiosa, familiar y social.

Una de las primeras cosas que “alguien” me comunicó a mi llegada a Gualaquiza, fue que existía un colono “mestizo”; un tal Manuel Llivichuzca, con su entable en la entrada de Gualaquiza, cerca de Cutana. Ese señor pasaba entre los colonos, como un “leguleyo” (quizhca), que se metía fácilmente en asuntos familiares, de negocios, de herencias, de divisiones, etc. Por lo que aseguraba la gente, no simpatizaba con la Misión Salesiana, a la que públicamente había perjudicado en repetidas ocasiones. Procuré encontrarlo con él, para conocerlo y sondear el enojo: no me fue posible.

Un día de los primeros meses de mi estadía en esa misión, antes del mediodía, corrió a la Misión un joven peón, quien asustado, se me acercó y me insistió para que, con urgencia, fuera con él a la casa de su patrón, que estaba muriéndose. “¿Quién es tu patrón y qué es lo que le ha pasado?”, inquirí. “Es don Manuel Llivichuzca y amaneció yerto en la cama, sin movimiento y sin habla: todavía vivía cuando salí, pues respiraba muy afanosamente”. Monté a caballo y espoleé corriendo con el joven hacia ese entable. Cuando llegué, encontré a un hombronazo, tendido en una cama de guadua o quinchá, respirando afanosamente, sin movimiento y sensibilidad alguna.

Me acerqué; lo llamé, lo sacudí, le rogué que me diera una señal que me oía. Le dije que le traía el perdón de Dios y su bendición: que se encontraba muy mal de su salud y podía ser llamado a presentarse ante el Señor... Esgrimí en esa ocasión, todo argumento que me parecía útil para llamar su atención y tocarle su corazón. ¡Todo fue inútil! Agotados los argumentos y esfuerzos, apelé a la piedad y clamé a Dios por la salvación de esa alma y le di la absolución, bajo condición y empecé a administrarle el Sacramento de los enfermos (Santos Óleos). No hubo ninguna reacción o movimiento. Cuando me disponía a ungirlo con el Santo Óleo en los labios, a pesar de que ya le había sacudido y le había pasado los Óleos en los ojos, oídos y nariz, al tocarle suavemente los labios, de esa garganta salió un bramido profundo, terrorífico y prolongado.

Confieso que me entró el pánico y terminé rápidamente las oraciones. Recogí mis cosas y le dije al peón (estábamos los dos solos en la casa), que, si el enfermo reaccionara, a cualquier hora, enseguida corriera a avisarme a la Misión. Al siguiente día, ya de tarde, vino el joven para avisarme que don Manuel, su patrón había muerto al amanecer, sin recobrar conocimiento, ni movimiento de ninguna clase. ¿¡Qué debía hacer!?. Le aconsejé que pidiera ayuda a los vecinos, hicieran un ataúd como quiera y lo trajeran para enterrarle en tierra bendita, en el cementerio de la población. Así se hizo. Habían pasado pocos días, cuando se presentaron en la Misión, una señora de rebozo y una joven grande. La señora solicitó hablar con el Director y me dijo: “Deseo mandar a celebrar mañana una misa de difuntos, por el alma del finado Manuel Llivichuzca. Es usted su esposa, ¿le pregunté? La mujer agachó la cabeza en silencio. “¿Dónde está la esposa?”. “En Sígsig”. ¿Por qué no vino? Silencio. “¿Quién es esta señorita? Es mi hija e hija del finado”. ¿Por qué han venido ustedes? “Para recoger sus cosas; pero mañana nos vamos y volvemos a casa en la Sierra”. ¿Y abandonan el entable? Sí. Después de un rato, la señora con la cabeza agachada, añadió: “Son unas cuantas noches, desde que llegamos, que nos toca asistir horrorizadas a algo espantoso: a eso de las once de la noche, empieza un ruido como de locomotora que se acerca a la casa y crece hasta estarnos encima. Para el ruido en la “ramada” del trapiche y por las quinchas de la casa vemos un morado, que agarra un puñado de “bagazo” y empieza

el ruido de la locomotora que se aleja paulatinamente... mañana padre, nos vamos a nuestra tierra.

Hubo la Misa y se perdió hasta el recuerdo de “aquello”. Y yo no he podido olvidármelo. Y me parece oír todavía el relato y ver esas caras asustadas.

MISIONERO DE JÍBAROS Y COLONOS

Y empecemos ahora a recordar esos tiempos en que la necesidad, me hizo vencer dudas, superar titubeos, resolver problemas más grandes que yo mismo y emprender iniciativas casi increíbles.

Los jíbaros y los colonos empezaron a absorber la mayor parte de mis actividades y tiempo, y a menudo tenía que salir de casa, a pie o en mula, para visitar ya a unos, ya a otros; consolar, animar, bendecir y... curar. Sí, también curar. Los cuerpos enfermos abrían camino para llegar a las almas y acercarlas a Dios. En Gualaquiza empecé con coraje casi temerario a curar enfermedades del cuerpo, para abrirme el camino de las almas. ¿No había dicho Jesús: “prediquen y curen a los enfermos”? y esa actividad absorbió por casi dos docenas de años, casi todo mi tiempo, mientras estuve entre los jíbaros y colonos de la floresta amazónica.

“Padre: ven a nuestra casa; está muriéndose la Rosa”. Así de escueto ¿y dónde está tu casa? En Bomboiza, cerca de la unión con el Zamora. Y fui otra vez a la jibaría pero esta vez iba solo. La “Rosa”, una mujer joven de 20 a 22 años, tendida en su camita, tosiendo y vomitando sangre en cantidad, me esperaba.

Era bautizada, sabía alguna oración y un poco de castellano. Yo, nada de jíbaro. Gerundiando, con calma y paciencia, nos entendimos: rezó conmigo. La absolví de culpa y pena; le administré el Sacramento de los enfermos; no me quedaba más que hacer. En mi pobre criterio, le quedaba a Rosa muy contadas horas de vida. Los suyos, lo miraban de lejos (los jíbaros tenían horror a la sangre). Pasé largo rato para animarla y consolarla. Al atardecer, calculando que la distancia de la Misión requería ya mi regreso antes de la noche, me despedí, rogando que apenas muera, me avisaran para volver a rezarle antes de enterrarla.

En ese entonces los jíbaros enterraban a sus muertos, dentro de casa, cerca del palo central. Y me volví a la Misión. Pasaron los días, tal vez dos o tres semanas. De las casas del Tibirma no había asomado nadie, ni siquiera para la Misa del día domingo. Y un domingo, antes de la Misa, se me presentó una mujer, rozagante de salud; se me para delante y exclama: “¡Tú no saludando! ¡No conociendo! La miré y contesté: No. “Soy Rosa”, me dijo. Parpadeé. Yo ya había oído hablar de los brujos y sus brujerías y boquiabierto, le pregunté: “¿Te chupó el brujo?! Sí, me contestó, casi orgullosa. ¿Y sanaste? ¡Como ves!

Allí empezó un problema que tuvo sus bemoles en los años que siguieron: la muchacha gozaba de plena salud: al menos, estaba rozagante en apariencia. ¡Y uno!

“Padre, vino una tarde un joven jíbaro que llegaba a la carrera: me mandan para decirte que vengas; pues la jíbara tal está muriéndose: quiere verte” ¿A dónde? ¡En Cuyes! Allá fuimos y costó muelas. Tuvimos que surcar el río contra corriente, y, queriendo ayudar a los dos compañeros, la canoa se viró y yo fui al agua. Nos reímos, pero yo estaba empapado. Seguimos viaje por la floresta. Cerca de la casa, quedé misteriosamente solo: habían desaparecido mis dos compañeros. De lejos ya se entreveía la casa jíbara, pero... de repente, tendido ante mí en el sendero, estaba moviéndose despacio el voluminoso “tronco” de una boa, de unos 20 centímetros de diámetro. Francamente aquello era imprevisto. Retrocedí, pero no mucho. ¿A dónde iba ese monstruo?... y desapareció. Seguí hasta la casa.

La puerta de casa, cosa extraña, se me presentó abierta. Como toda puerta de casa jíbara, también esa tenía cerca el suelo, unos travesaños para impedir la salida de los pollitos: afuera y adentro, el mayor silencio tumbal. Me acerqué a la puerta y levanté el pie para salvar los travesaños y entrar. ¡Imposible! Algo no me dejaba entrar. Mi pie tropezó con algo invisible, que no me permitía franquear la puerta. Estuve un rato perplejo y después levantando la mano derecha, eché la bendición: “Benedictio, Dei omnipotentis”, Pasé sin dificultad. Casa desierta algo desordenada. Miré a los repartos de las mujeres: tendida en un camita, una mujer de media edad, color cadavérico, estaba hecha un ovillo, temblando. ¡Olor a

tabaco y a natén! “Mujer, ¿te sientes mal? ¿Estuvo el brujo? ¿Dónde están los demás? Estoy muriendo, sí, me chupó el brujo. Los otros se fueron a acompañarle, acaban de irse; me siento muy mal; así me contestó a duras penas, la mujer. ¿Quieres que te bautice? Soy bautizada. ¿Quieres que te dé la absolución y le bendición? “Sí, rápido”, antes que vuelvan los otros.

Cuando los familiares volvieron, ya se había terminado mi ministerio sacerdotal. Me despedí, hice algunas recomendaciones y me disponía a regresar, cuando me di cuenta que los “restos” de natén, que había tomado el brujo; estaban todavía tirados cerca de la casa recién exprimidos. Cuando llegué a casa era ya noche alta.

En la Misión, la vida seguía su curso monótono, casi pesado. Y un día vinieron del Cuyes, dos hombres corriendo: ¡Padre, acompáñanos!” El chico tal (9-10 años), ¡está muriendo! ¿De qué? ¡De bala! ¿Cómo así? Estaban jugando con escopetas con un primo y este, por juego, le disparó: la bala le entró en el pecho. El chico era conocido y hubo que volar con vendas, calmantes y remedios de emergencia, por si acaso fueran necesarios o siquiera útiles.

El viaje fue largo y fatigoso; llegamos ya muy de tarde. La casa era un alboroto: todos gritaban, lloraban, entraban y salían como enajenados. Sobre una camita, rodeada por “tarachis” y telas en forma de toldo, en un delirio de fiebre, con el pecho sangrante. ¡El chico estaba muriendo! Lo bauticé y, como él se daba cuenta, recé con él alguna oración. A la mamá que lloraba a gritos a mi lado, le hice señas para que respetara la agonía de su hijito: fue peor. Cuando comprendieron que yo no daba esperanzas, aquello fue el caos. Sentado al pie de la cama, un anciano a quien se le habían agotado las lágrimas, gritaba a intervalos: “y ahora ¿a quién contaré yo mis cuentos? ¿Quién me consolará en mi vejez? ¿Quién alegrará mis días con sus juegos?”. Sus gritos arrancaban el corazón. A eso de las 10 de la noche, el niño murió y fue... Troya.

Empezaron a tirar por la puerta, todo lo que pertenecía al chico y cada vez gritaban a “alguien” que según ellos debían estar afuera, echando con rabia los objetos. ¡Aquello parecía el fin del mundo! Al primo, causa involuntaria de la muerte, tuvieron que esconderle y llevárselo lejos, para evitar que lo victimaran. Mientras las mujeres

llenaban los aires de llanto y gritos y maldiciones al “Arutam”, los hombres desaparecieron: cuando volvieron más tarde, venían cargando una pequeña canoa.

En ella, envuelto en sus trapitos, colocaron, con infinito cariño y delicadeza, al cadáver y se aprestaron a taparlo con cortezas sobrepuestas, amarradas a la canoa y embadurnadas con cera de abeja. Al amanecer ya estaba cavada la fosa, en medio de los dos palos maestros de la casa, fosa poco profunda un poco más que el alto de la canoa; colocada en la fosa la canoa, se llenó de tierra, formando una simple capa superficial. En la mañana ya avanzada me despedí, para regresar a la Misión. No hay comentarios.

RECONSTRUCCIÓN DE LA MISIÓN

El tiempo pasaba y había que tomar una resolución y decisión. En los primeros meses de 1929, tomamos acuerdo, que yo consultaría con Monseñor Comín, sobre la necesidad de tumbar la casa vieja, antes que, por los frecuentes temblores (esos años fueron de violentos movimientos sísmicos), se derrumbara y el material se perdiera: construíamos otra casa nueva, más reducida y más funcional, que podría servir como futuro convento para las madres salesianas. Y en la Semana Santa de 1929, acompañado por un jibarito “pagado”, emprendí viaje a Indanza, vía Calagrás, pues en Indanza estaba el Obispo por la Pascua: tres días de penalidades.

El Jueves Santo, nos encontramos perdidos en plena floresta: un “desmonte” colosal, causado por una tempestad de viento, había hecho caer unos árboles gigantes que arrastraron consigo una hectómbe de dimensiones impresionantes. ¿Por dónde seguir? ¡Bordear aquello, era imposible! Trepando, subiendo, bajando, gateando, arrastrándonos, quizás por horas, Dios quiso que llegáramos al otro lado, ¿y el sendero? A buscarlo se ha dicho, con peligro de perdernos en la maraña. Y Dios permitió que lo encontráramos. Dormimos, por supuesto, las dos noches, en plena floresta. El Sábado Santo a buena hora y con sorpresa del caso, llegamos a Indanza, en donde, con Monseñor Comín, encontramos al padre Plá, al padre Bonicatti y al hermano Bianconcini (o Tettamanzi, pues no recuerdo bien).

Allí se discutió el problema de la supervivencia de Gualaquiza. Cuando salí de Indanza a Cuenca y de Cuenca entré a Gualaquiza, ya

estaba planeada la acción misionera de esa Misión. De Sígsig llevé conmigo a los carpinteros para demoler la casa vieja y emprender la nueva; el señor Solís empezaría a reunir el material necesario; de lo viejo se usaría todo lo aprovechable.

En mis andanzas a lo largo del río Gualaquiza, había notado en el cauce del mismo, piedras calizas; hice cavar un poco en el borde de la loma de la Misión, en forma de horno y reuní leña para la primera hornada de cal en Gualaquiza. Resultado: superior a lo que imaginábamos; una cal excelente, que nos sirvió para los pilotes de los cimientos de la nueva casa.

Mientras tanto los hermanos, se esmeraban en hacer producir los terrenos de la orilla izquierda de Gualaquiza y se empezó a arar; cosa inusitada en el Oriente; resultado un maíz abundante, hermoso, arrozales preciosos y llenos de granos, que obligaron a los Hermanos a “inventar” y “fabricar”, con medios de fortuna, una maquinita a mano para desgranar el arroz. Antes de tumbar la casa vieja, me sucedió algo imprevisto.

Un día, cayó en el patio de la Misión, una tribu de jíbaros, que decían venir de muy adentro de la floresta. ¿Morona? ¿Pongo de Manseriche?... Habrán sido una treintena entre hombres, mujeres y niños. Los varones empezaron sus conversaciones ya solemnes y oficiales, en el patio, con los jíbaros de los alrededores, que estaban acudiendo a la Misión, con la noticia de su llegada.

Estaban todos enfrascados en sus conversaciones, cuando un fuerte y violento terremoto nos dejó asustados a todos. Yo corrí al patio: la casa estaba por demás desplomada para ofrecer seguridad. La escena que presencié era digna de una película. Las conversaciones acallaron como por ensalmo; cada varón se plantó con su arma, se irguió y empezó a gritar los conjuros: “Llévate esto, deja mi vida”. “Lleva este otro, déjame entero. Llévate... llévate... llévate... deja... deja”, hasta que terminó el sismo.

Terminado, siguieron sus conversaciones, como si nada hubiera pasado. Yo volví al despacho y detrás de mí, entraron tres mujeres: la más joven (28-30 años), guapa mujer, me abordó de inmediato: “Dame una...” y me hizo una señal apretando el dedo pulgar y el

índice de una mano. ¿Qué es eso? Le pregunté. “No sé, contestó, como vosotros los “apachis” le decís: se le pone aquí y me señaló el cuello.

Comprendí que pedía una medalla. ¿Y para qué la quieres, si tú no eres cristiana? Es que, si la llevo al cuello, el “IVIANCH” (el demonio), no me molestará más” ¿Qué sabes tú del demonio? Me miró con desprecio y enojada contestó: “Ya sé que tú no crees. Pero a mí me agarró por los pelos una tarde, en el patio de mi casa y me llevó adentro en la floresta”. “Calla mentirosa, le dije; no me engañes más”. Más molesta, añadió: “Allí, afuera, está mi marido: llámalo y pregúntale a él. Él te dirá que tres días le costó buscarme y encontrarme, más muerta que viva, en medio de la floresta. La miré incrédulo y bravo, como para hacerle entender que no le creía. “¿Qué gano yo con mentirte?”, continuó ella: “Los jíbaros no mentimos: vosotros los apachis, sí”.

Saqué del cajón del escritorio, una medalla y ella casi gritando, exclamó: “Eso, eso”; se la entregué. Cuando la tuvo en sus manos, me preguntó: “¿Las has hecho así? Y con la otra mano pasó dos o tres veces sobre la medalla. ¿Qué quieres decir?, le pregunté, haciéndome el desentendido. “No sé lo que quieres decir, contestó ella; los nuestros de aquí dicen que tú haces así”. Y yo: “Si hago así, ¿qué sucede?”. “Si tú haces así, el Ivianch no solo no se acercará, sino tendrá miedo y se alejará”.

Bendije la medalla y ella, abrió su hermoso collar de dientes de jaguar, desenhebró la mitad, enhebró la medalla y volvió a enhebrar los dientes en el collar y con él y su medalla, oronda fue al patio, para que la admiraran con su adquisición. ¿Era una lección?

Mientras derribábamos la casa vieja y se amontonaba en el patio el material para la casa nueva, rogué al hermano Beneventi de Cuenca, que se viniera a dar un vistazo; él, de profesión albañil, podía decirnos una palabra autorizada sobre los nuevos trabajos: fue él que por primero usó la nueva cal e hizo los pilotes de la nueva construcción.

Durante su permanencia en la Misión, en vista de la escasez de agua, buscamos agua con la baqueta rabdomántica y encontramos que,

aproximadamente a seis metros de profundidad, debía haber agua abundante. Así fue; el pozo que se cavó en un rincón del patio, a esa profundidad, nos dio agua, de la que se sirvió por muchos años la Misión. Los jíbaros y colonos frecuentaban la Misión con regularidad; los nuevos trabajos emprendidos en ella, daban esperanzas de un movimiento mayor alrededor de ella.

Entre los jíbaros había empezado a correr la voz, que el padre sabía curar enfermedades, y sucedió lo que era de preverse.

Un día llegó a la Misión un jíbaro de Chuchumbleza: allí había un jíbaro enfermo grave: todos los brujos de la comarca lo habían “chupado”; ninguno de ellos había podido sanarlo; y él era todavía joven. ¿Por qué no intentar de traerle al padre? ¡Y el padre cayó en la trampa! Pensé que tan solo se me pedía mi ministerio sacerdotal y me... embarqué en el viaje largo, azaroso y peligroso. Llegué a la jibaría al atardecer; el enfermo yacía en el suelo, sobre una estera, con el fuego a los pies: color cianótico, un abdomen abultado en forma descomunal; afiebrado, los ojos empañados.

En la casa había una docena de hombres adultos. Mientras yo hablaba con el enfermo, quien a malas penas me contestaba, estaba yo examinando su hinchazón en el lado izquierdo del abdomen; los varones nos rodearon en silencio. Finalmente uno de ellos, me espetó: “Padre, sánalo”. Yo me vi los veinte ojos encima y la docena de brujos que lo habían chupado anteriormente. Se me ocurrió que, si yo me atrevía meterle bisturí en el absceso abdominal que lo estaba matando y el enfermo se hubiera quedado muerto durante la operación, debía pagar de persona. Me recomendé a mi Ángel de la Guarda y a las Almas del Purgatorio. Les dije que el caso era perdido; que se podían tentar a abrir el absceso, pero no respondía por el éxito, ni quería cargarme la responsabilidad. Si el desenlace era fatal, como era casi seguro, ellos se habrían abalanzado sobre mí.

Hubo “parlamento” entre los varones y después de un corto acuerdo, uno de ellos me dijo: Padre, se hizo todo lo posible, sabemos que está destinado a morir. Si tú, abriéndolo, lo puedes aliviar, aunque el éxito sea fatal, procede rápido. Encendieron media docena de “zaparas” (semilla oleaginosa de la selva que usan para alumbrar), y yo, sin anestesia, con medios embrionales, desinfecté el lado iz-

quierdo y ensayé primero con la jeringa y aguja: a unos 5 centímetros de profundidad había un absceso enorme con pus.

Cuando se lo mostré a mis “asistentes”, hubo gritos de susto. Y procedí a abrir un ancho boquete de arriba abajo, la mano firme incidí hondo, hasta que el pus brincó en forma brutal, “ensuciándolo todo”. Hubo una fuga general y un grito de horror; casi me quedé a oscuras, pues ya era de noche. Cuando terminé de sacar el pus, desinfecté y, dejando una mecha en la herida, hice un vendaje sumario y el enfermo exclamó, con fuerza: “Sucanmaje” (Tengo hambre). Aquello fue el grito de victoria: aquello fue la fiesta imprevista: “enfermo que come no muere”. Dejo imaginar los comentarios a todo pulmón. El padre acababa de ganarse el título de “brujo mayor”. La mañana siguiente, el enfermo estaba calmado, sin fiebre; había descansado. Enseñé a una mujer a atenderlo, limpiarlo y venderlo diariamente y volví a la Misión; el jíbaro no murió y yo pasé el examen con sobresaliente. “Super aspidem et basiliscum ambulabis el conculcabis leonem et draconem”.

VIAJE A INDANZA, MACAS Y CUENCA

La casa nueva se perfilaba; pero los medios económicos se habían agotado. Suspender los trabajos habría sido fatal. A primeros días de octubre de 1929, tomamos la resolución de ir a pedir ayuda económica al señor Obispo. Sabíamos que estaba en Macas; lo más práctico era “abordarlo” ahí. Y, acompañado por un joven de Macas, que había venido a trabajar a Gualaquiza (Emilio Rivadeneira), con un jibarito como guía, emprendimos el viaje a pie, por la floresta, vía Calagrás, Indanza, Méndez, Sucúa, Macas. ¿Cuántos días de viaje? ¡Un enigma! Primer día: Calagrás.

Segundo día: la noche nos sorprendió en plena selva; nos habíamos extraviado. Habíamos encontrado un tigre, los sajinos, una serpiente equis en el camino... ¡No hubo remedio! Tuvimos que descargar nuestras mochilas, sentarnos sobre ellas y pasar la noche así, sin poder encender el fuego y sin comer. Por suerte no nos llovió. Al día siguiente, yo amanecí con dolor de cabeza, vómito y sin fuerzas; sabíamos que estábamos frente a Indanza.

Después de andar unas cuadras, yo me di por vencido. Por suerte encontramos una chacra de yuca de jíbaros. Yo me tiré sobre un

tronco, sin aliento, los otros fueron a buscar el sendero de una casa, que fácilmente encontraron. Habían pasado tal vez unos veinte minutos, cuando detrás de mí una mujer con una gran “pininga” de chicha, removiendo el líquido con sus manos, viéndome tan maltrecho, no pudo contener la carcajada y me estiró el brazo con la pininga: “umartá” me dijo”: ¡bebe! No sé cuanta chicha había ahí: cuando alejé mis labios de la taza, ya no quedaba gota. Me levanté y seguí el viaje, ¡como nuevo! Pasamos a vado y con dificultad el río Indanza, pero cuando llegamos a la casa de la Misión, ninguno de los tres pensó seguir de viaje ese día. El padre Plá nos atendió con cariño. Al siguiente día volvimos a caminar, pasando por lo que más tarde sería Limón: en ese entonces existía allí un solo colono, un tal Arévalo.

Fue allí, que por haberme lastimado mal el talón izquierdo, tuve que sacarme ambos zapatos y desde allí caminar, también yo a pie descalzo hasta Méndez. Dos noches en la selva. El último día pasamos apuros: no conocíamos el camino y nadie, entre los jíbaros del camino, querían acompañarnos. Acabamos con todo lo que podíamos ofrecer como recompensa, para que alguien nos guiara hasta las orillas del río Negro. Vadeando ese río, subimos a Chupianza y, bajando al río Paute, al sexto día llegamos a la Misión de Méndez-Kuchantsa. Cuando me vieron llegar los misioneros, ninguno me reconoció: estaba desfigurado. ¡Y al siguiente día debíamos seguir el viaje! Obligué a mis pies a quedar dentro de los zapatos, pero fue un martirio continuo. De Méndez a Chinimbi; de ahí a Sucúa.

En casa de Victorino Abarca, nos encontramos con Monseñor Comín, que venía de Macas, en viaje a Cuenca. Nos miramos a los ojos y en dos palabras, le expuse el motivo de mi viaje. ¡Qué problema, Dios mío! Monseñor me prometió una ayuda económica muy exigua: no podía hacer más y me dio 300 sucres. Al día siguiente le pedí permiso para seguir a Macas y descansar allí algunos días: en Sucúa no había todavía misión y misioneros salesianos. Seguí viaje a Macas: debía ser el 24 o 25 de octubre.

El 26, el Director, padre Telésforo Corbellini, me invitó a ayudarlo a trazar la nueva Iglesia, que debía sustituir el vejestorio que ya se venía al suelo: lo acompañé bajo un sol de tempestad, tan ardiente que

reventaba las piedras; así me parecía a mí. Por la noche no dormí y amanecí con mucha fiebre; tuve que quedarme en cama. La fiebre fue aumentando; sentía que iba empeorando, a pesar de las atenciones médicas de sor María Troncatti.

El siguiente día sábado, yo estaba mal. Así lo confirmó el doctor Merchán, que se encontraba casualmente, de paso por Macas. Me di cuenta de lo preocupados que quedaban los padres y madres: “insolación”. El domingo 29, Fiesta de Cristo Rey, la enfermedad entraba en crisis; después del mediodía, yo entré en agonía: oí las campanas que llamaban a los fieles a pedir por el enfermo: supe más tarde que en la iglesia se pedía con los brazos en cruz y a gritos por mi salud, interponiendo a Santa Teresita del Niño Jesús, canonizada pocos años antes. A las 3 p. m., el padre Corbellini me administró los Santos Óleos, y rezó las oraciones últimas para recomendar el alma al Creador y rodeados por los hermanos y hermanas... expiré.

El médico presente, ya se aprestaba a extender el certificado de defunción; Sor Troncatti ya buscaba lo necesario para amortajarme: yo estaba caminando sin tocar tierra, velozmente, hacia el horizonte, en una planicie sin fin..., cuando, por detrás de mí, dos manos delicadas, se pusieron sobre mis hombros y una voz de mujer joven me dijo: “Ya está”. ¡Regrésate! Oír esto y abrí mis ojos, sentarme en la cama y ver aquel espectáculo de luto, fue algo aterrador. ¿Qué es lo que pasa? ¡Exclamé!

Sor Troncatti se da la vuelta, corre a mi lado y me grita; “Quieto, que usted está muerto”. Riéndome le contesto: “¡No, sor María, estoy vivo! Y sano. No se mueva, me intimó y fue para mí mal. Yo que no creí sentir más nada, me acosté y por tres días tuve que pasar por las de Caín, todas las partes de mi cuerpo, una a una, pasaron por dolores agudos increíbles. Pero estaba fuera de peligro y en pocos días entré en convalecencia.

Fue después de dos semanas que pude viajar a Cuenca, con cuidado y fue en esa ocasión que a mí se me ocurrió la solución de uno de los problemas más álgidos de nuestras misiones. En esa época las enormes e infranqueables distancias con la Sierra y los centros civilizados, cualquier situación podía llegar a ser fatal; oportunamente se

debía pensar en una cadena de radio, que uniera los varios centros misioneros entre sí con Cuenca. En ese entonces, pensar en una iniciativa de esa clase, parecía una utopía o una locura; y, sin embargo, era la única solución posible, para hacer frente a situaciones de emergencia. La experiencia posterior, dio pleno valor a la idea; aun cuando para que esta fuera realidad, tenía que hacer una larga “cuarentena” y pasar vicisitudes imprevistas.

De Cuenca y con mayores ayudas económicas del Obispo, emprendí viaje de regreso a Gualaquiza. Cuando llegué a la Misión, la casa nueva estaba ya con su armazón al techo. La vida seguía su ritmo normal, pero ya se sentía dentro y fuera de la Misión, que aquello “caminaba” y se anunciaban días mejores.

Mientras tanto mi salud había quedado afectada y a pesar mío, tuve que insinuar a mis superiores, que era necesario un cambio. Achaques, especialmente en los oídos, me obligaron a consultar médicos y especialistas en la Costa, en donde permanecí algunas semanas, en busca infructuosa de alivio. Finalmente los superiores me dijeron que era destinado a la parroquia “El Pan”, para ayudar al anciano padre Matías Buil, salesiano. Los misioneros, en tránsito a Méndez, habían pedido y conseguido administrar esa parroquia como lugar y punto de apoyo; sobre todo el padre Albino del Curto, necesitaba poder residir en ella de vez en cuando, pues en esos lugares él conseguía la mayoría de brazos entre los campesinos del valle del río Collay, para su camino de penetración El Pan-Méndez.

Esa parroquia, que abarcaba la parroquia civil de Sevilla de Oro y se extendía por todo el valle del río nombrado, los salesianos venían administrándola desde algunos años y siguieron administrándolas por 25 años hasta que, la facilidad de comunicación con Méndez, hizo superfluo ese punto de apoyo.

UN RECUERDO MÁS DE GUALAQUIZA

A El Pan llegué a fines de mes de enero de 1930.

Antes de despedirme de lo que se refiere a Gualaquiza, creo oportuno agregar un recuerdo que, quizás pueda ser “decidor” para los tiempos venideros.

“Estamos en las orillas del río Bomboiza: la tarde de un día como tantos en la floresta: lluvia, o mejor, diluvio.

El paso del río, problemático. Se le llama al jíbaro canoero y se le ruega e insiste para que haga pasar a la otra orilla, antes que anochezca: del Bomboiza a la Misión hay todavía una buena media hora de camino. “No se pasa”, es el veredicto y parece inapelable: el jíbaro, un hombronazo que debía ciertamente pasar de los sesenta, miró el río y la creciente que “venía”. Entró en el agua, para medir su violencia y regresó meneando la cabeza y diciendo con fuerza: “tza”, “nequitiaje”. Apelamos a los ruegos, amenazas, halagos... finalmente el viejo exclama. “Yo sé nadar y si la canoa se vuelca, yo salgo a flote: no respondo por vosotros”. Se entra en la canoa: “Siéntense, pujustarum y no se muevan”.

El jíbaro agarra el canaleta y después con voz fuerte y ronca, mirando la corriente, exclama: ¡Jesús! Salta de la canoa y con movimientos rápidos y fuertes de remo, en un santiamén nos lleva a la orilla opuesta, unos 200 metros más abajo. Curiosidad y gratitud: ¿por qué te santiguaste y gritaste Jesús? Si tú no eres cristiano bautizado. ¡Cuando era así de alto (6-7 años), pasó por mi casa un padre con barba, como tú (el padre Rossi, sj) y nos dijo que cuando entráramos en apuro, hiciéramos y dijéramos, lo que hice y lo que dije. Siempre lo he hecho y aquí me tienes.

Terminó así, aunque desordenada y sintéticamente, mi experiencia misionera en Gualaquiza. Me reservo los comentarios y apreciaciones personales, pues podrían ser pesimistas, siendo cabalmente parciales, carentes de visión panorámica general; estábamos arando en un terreno áspero, hostil y aparentemente estéril.

Era difícil pensar que podíamos ser solamente instrumentos en las manos de Dios, cuando todos los elementos exteriores parecían conjurados para minimizar nuestra acción misionera. A la distancia de más de cuarenta años, ahora nos atrevemos a pensar que era necesario primero cavar, para que otros pusieran los cimientos y otros lo edificaran. Qué difícil es hoy, quedar insensibles, cuando se oyen apreciaciones despreciativas, hechas por los de hoy, sobre la obra de los misioneros de hace una centuria.

Ellos no saben que por decenas de años nosotros, no solamente encontrábamos dificultades por los medios de penetración, sino que carecíamos de lo necesario y diría, hasta de lo indispensable. ¿Quién hablaba de pan o fideos en la mesa, en esa época, en nuestras misiones? Y a menudo, ni siquiera arroz. ¿Carne? En dónde y cuándo era posible comprarla a blancos o a jíbaros.

¿Iluminación? Un cabito de vela de cebo o de cera vegetal. ¿Noticias del mundo exterior? Dos veces por mes o una vez al mes, cuando los ríos impedían que funcionaran o viajaran los postillones del correo. Ni siquiera un miserable aparato de radio de transistores. Y por colmo de medida, incomprendiones, tergiversaciones de autoridades civiles y militares; calumnias y persecuciones... y medios económicos “rudimentarios”. Si se dice hoy que el presupuesto mensual de un centro de misión bien organizado (es decir, con internado de jíbaros y jíbaras, escuelas y botiquines), llegaba apenas a trescientos sucres), a lo mejor habrá quien esté tentado a sonreír y exclamar: “¡No sea usted embustero!”.

Los tres años pasados en Gualaquiza, fueron para mí, años de iniciativas superiores a mi capacidad: años de viajes largos y peligrosos; años en que, fundado únicamente en las promesas del Señor: “pondrán sus manos sobre los enfermos y estos sanarán”, (Mc 16-18), entré en la lid con los brujos y salí ganando.

Nuestra fe de esos tiempos era para mover montañas y si topábamos con la enorme valla de la indiferencia del autóctono, todavía salvaje, sacábamos la conclusión, tal vez disparatada, que nos quedaba; y eso no era para legalizar nuestra desidia o inercia de evangelizadores, sino para no desmayar: “Todavía no ha llegado la hora de la conversión de los jíbaros: no tenemos méritos suficientes”.

Mi vida era un continuo desafío, hasta a las leyes fisiológicas. No sobraba tiempo para especulaciones de ninguna clase, menos para las negativas o pesimistas.

Por supuesto: en esos tiempos no soñábamos nosotros en estudios de antropología, etnografía, lingüística... o cosas por el estilo; no había tiempo, ni posibilidad o medios humanos para esos problemas: debíamos luchar por la vida, en todo sentido. Digo esto, porque más

tarde, cuando cambiaron las cosas y llegaron los “sabelotodo” de la nueva generación salesiana, se nos echó en cara, y no a “boca chica”, que los... antiguos se habían equivocado y no habían enfocado los problemas como debían enfocarse, para resolverlos según las exigencias de la historia moderna de los pueblos.

Qué fácil es juzgar negativamente a un pordiosero, estando sentado frente a una mesa bien preparada, sin sentir ni calor ni frío.

Gualaquiza sintió que por sus venas corría sangre nueva y paulatinamente despertó. ¿El mérito? No es por cierto el padre Vigna que se arrogue este mérito; en todo caso son los misioneros de esa comunidad, que parecía destartalada. Mayores detalles de esas épocas los entregué al papel, en otro lugar.

Una vida de tanto movimiento y responsabilidad, después del sacudón de mi enfermedad “mortal”, de Macas, de octubre de 1929, cuyos detalles están en otro lugar, me quedó un defecto en los oídos y la salud quebrantada.

Busqué alivio, con la anuencia de los superiores, con los facultativos de Cuenca y Guayaquil, despidiéndome de Gualaquiza, que tanto me había costado. Ni la ciencia médica ni el descanso en la Costa, me quitaron la falla de los oídos y el chillido continuo de los mismos; de modo que, cansado de mis andanzas infructuosas, manifesté el deseo de ser integrado a mis actividades misioneras en el Vicariato. Estamos en los albores del año 1930.

PÁRROCO DE EL PAN

A El Pan llegué desde Gualaceo. De Cuenca a Gualaceo, en un camión; de Gualaceo a El Pan, a caballo. Llegué a la población al atardecer y a pesar que el tiempo era bueno, la primera impresión que tuve me oprimió: la obediencia me imponía renunciar a la floresta y al trabajo entre los primitivos, para dedicarme al apostolado parroquial, al que le tenía yo alergia, entre un pueblo que, desde el principio, me hizo saber lo que era una parroquia de “chagras”. Se celebraba en esos días de fin de enero, las fiestas patronales del “Cristo de El Pan”, y las fiestas tenían todo el carácter de pagano, antes que fiestas de devoción cristiana. Duraban una semana.

Pues cada “anejo” debía hacerle su fiesta al Cristo; ¡entre bebidas y reyertas, hubo un homicidio! Aquel hecho impactó tanto mi fantasía, que recuerdo haber empezado mi sermón de Fiesta en la Misa del tercer día, con estas palabras: ¡“Párroco de asesinos! Aquello fue una alarma. Lo que podía ser motivo de una protesta o escándalo, fue algo que en los oyentes provocó curiosidad y miedo. En los cuatro años que estuve al frente de esa parroquia, tengo que confesar que los feligreses se portaron muy mansos. Fueron años de trabajo duro; la parroquia era muy extensa y los dos primeros años quedé solo, pues al padre Matías Buil, tuvimos que trasladarle a Gualaceo por su edad y sus achaques; allí murió él, en agosto de 1930. El trabajo más pesado tal vez, era la atención espiritual a los numerosos anejos y las confesiones a los enfermos, pues bastaba que uno se echara a la cama con un catarro, para que se llamara urgentemente al párroco. Periódicamente pasaban por El Pan y demoraban uno o más días, hasta conseguir las acémilas necesarias para el viaje, los misioneros de Macas, Sucúa y Méndez y el padre Albino, casi todas las semanas, salía de los trabajos, camino a El Pan. Allí pude admirar la figura del héroe en el padre Albino y la talla del santo. Hombre grande, por los cuatro costados. Sacerdote y religioso de un celo y piedad, a toda prueba; sus virtudes humanas, lo hacían sumamente simpático, de palabra fácil y amena, tenía un alma de niño, para él todos los demás eran personas que valían, pues en los demás, él veía solo lo positivo. Alegre y optimista, sacrificado y mortificado, hasta contentarse del último lugar entre sus mismos trabajadores del camino. Pienso que, si yo tuviera que trazar un esbozo de un santo salesiano, solo podría referirme al padre Albino del Curto. ¿No habrá quien perpetúe y recuerde su figura prócer en una biografía?

En 1932, desde Suiza, el padre Carlos Simonetti, uno de mis “muchachos” de Casalmoferrato, pidió y consiguió que los superiores lo destinaran al Ecuador y llegando a Cuenca, para que aprendiera el idioma y se preparara al apostolado en la selva, los superiores locales, lo destinaron a El Pan, para que me ayudara. Con don Carlos las cosas ya cambiaron. Sacerdote joven, músico excelente, entusiasta, aunque le costó bastante adaptarse al nuevo régimen de vida, en El Pan se empezó a vivir ya a lo salesiano. Fueron dos años de intensa labor apostólica, que no dejó de impresionar a feligreses y extraños: en El Pan se hacían las cosas a lo grande, a

pesar de la pobreza y de la distancia. Empezaron a florecer las vocaciones, especialmente las femeninas: El Pan se mostraba terreno abonado... ¡Pero todo tiene su fin!

Estoy intentando examinar la pastoral parroquial, según las nuevas normas y estilo. Después de haber asistido y sufrido en carne propia, las interminables discusiones teóricas, sobre la oportunidad o “superfluidad” de la existencia de la parroquia, como institución, y los denuestos correspondientes de parte de los contrarios a las parroquias; después de haber sufrido en carne propia la crisis de “descentralización” de todo lo referente al culto, a la piedad y a las prácticas religiosas populares, apelando a ideas autóctonas o foráneas; y después de haber sufrido y lamentando un descenso muy marcado, en todo lo referente a la vida religiosa y sacramental, probablemente sería casi imposible no dejarme influenciar por una crítica negativa o pesimista. Se nos criticó y se echó polvo sobre el antiguo sistema de catequización parroquial; sobre la interpretación práctica de la pastoral sacramentaria, etc... Sé que es temerario anticipar juicios y que todavía no se escribe la historia de los éxitos, de los nuevos conatos del cambio pastoral, sea popular, sea específica, sea juvenil, etc. Pero, será permitido preguntarse. ¿A qué se debe la crisis de fe, de religión, de vocaciones sacerdotales y religiosas que afecta hoy a la Iglesia católica? ¿Solamente a fenómenos de carácter socioeconómico o culturales? ¿No será que hubo una racha de desacralización y de “iconoclastia”, sin haber sustituido con elementos dignos de confianza para el ser humano, ansioso de lo trascendente y necesitado de la comunicación con la divinidad, a través de signos prácticos, simples y sencillos? ¿Qué la piedad popular fomentaba la superstición y el memorizar de las fórmulas engendraba ignorancia y desidia en el estudio de la religión? ¿Y cuando la conducta humana no estuvo expuesta a exageraciones o a deficiencias en toda la gama de sus actuaciones de ser racional?

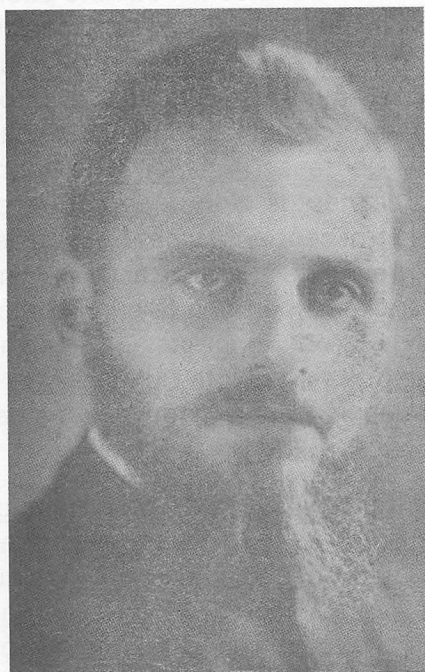
Hoy es difícil encontrar a católicos de las nuevas generaciones, que repitan de memoria actos de fe, esperanza y caridad cristianos o que recen el símbolo apostólico, que antes decíamos que eran una de las oraciones de “necesidad de medio”. ¡¿Hemos progresado o regresado en la catequesis al pueblo y en la evangelización?!

Debo callarme, pues los documentos de Puebla (1979), pudieron servir para que alguien me los eche en cara. ¿No será que, en el fondo, se quiere evitar que lo religioso sirva de plataforma a lo político o a lo social? ¿Polémica?

Es que alguien, en los últimos tiempos de mi actuación como párroco en Cuenca, 1974, criticó mi catequesis dominical parroquial, como ya superada e intrascendente. ¡Naturalmente! Cuando, por necesidad urgente, tuvimos que pensar en construir un nuevo templo parroquial, pública y privadamente, se nos llenó de críticas, como personas carentes de sensibilidad... antropológica... “¡Dios no necesitaba templos para estar entre el pueblo; pero el pueblo necesitaba escuelas y teatros!”. ¡Sin comentarios!

La catequesis en El Pan, no habría sido por cierto ni científica, ni la última palabra. Yo estaba solo, con una parroquia de diez mil feligreses, todos campesinos y montañeses. Hablaba para ellos de cosas que podían comprender y me afanaba para que su vida fuera cristiana.

DIRECTOR DE MACAS



P. Juan Vigna cuando era director de Macas

Y en 1934 nos vino la orden de dejar El Pan e ir a Macas: yo, como director; el padre Simonetti, como director de esas escuelas. Como dije, volvía a las florestas. ¡Bendito sea Dios! El padre Simonetti con los acólitos destinados a Macas: Casiraghi, Lova, Ruby, entraron vía Méndez, yo decidí entrar por Riobamba, para conocer Zhuña y Chanalá, en el camino a Macas, en el versante oriental después de Galgalán. Ese viaje fue histórico: duró unos veinte días; pues en Chanalá tuve que demorar el tiempo necesario, para celebrar con esa gente sencilla, todas las fiestas litúrgicas del año eclesiástico. Esos cristianos, aprovechaban el paso anual de algún sacerdote por Chanalá, para “cumplir” con la Iglesia, satisfacer sus devociones y desempeñar su promesa de apadrinar como “priostes”, una de dichas fiestas. Y hubo que catequizar a aquellos cristianos como si fueran chiquillos de escuela. ¡Qué sencillez, pero qué de supersticiones! Chanalá y Zhuña, pertenecían entonces a la parroquia de Cebadas de Chimborazo: tres días de distancia. Terminadas las fiestas, el bautismo, los matrimonios que, con la respectiva autorización celebré, seguí viaje, cruzando el ya caudaloso y violento Upano y una serie interminable de ríos y riachuelos hasta el río Abanico, que estaba creciendo y detuvo nuestra marcha. En cuatro días de Chanalá pasando, por Pitailoma (General Proaño), único caserío después de Chanalá, llegamos a Macas, recibidos con solemnidad; los que me habían precedido, habían anunciado mi llegada y los de Macas, quisieron recibir al nuevo director con solemnidad, tanto más, que era persona conocida.

Debo sustituir en la dirección de esa Misión, al padre Tomás Plá. El personal salesiano, es de primera. La Comunidad de Madres Salesianas, es sobresaliente: directora, sor María Troncatti. Existe un internado de jibaritos y uno de jibaritas; el número de internos e internas, no es grande: dos docenas aproximadamente, en ambos internados. Pero ambos internados tienen ya su fisonomía propia, clara y definida, aunque en algunos puntos, titubeante y perpleja. Serán los nuevos encargados, especialmente el acólito Casiraghi, quienes darán la definitiva fisonomía del internado de jibaritos. Macas ha cambiado poco, en todo sentido, desde 1927. Pero la población es más abierta y más dispuesta a apoyar a los salesianos y sus obras. Escuelas, talleres para niñas, clubes para jóvenes y hombres; unión de madres de familia, botiquín..., un conjunto de actividades en favor de los maqueños. La piedad cristiana y el movimiento religioso

va acentuándose cada vez más. En esos años se estabilizó y organizó la celebración de las dos fiestas juradas de la Purísima de Macas: 18 de febrero y el 5 de agosto y se recogieron los datos históricos de esas fiestas. Una comisión de jóvenes maqueños, fue conmigo a buscar la cueva de Juan de la Cruz, en la orilla izquierda del Upano, frente al lugar denominado: “La ciudad”, a la altura aproximada del asiento de la antigua “SEVILLA DEL ORO”, según referencias históricas y leyendas locales. Esa búsqueda fue infructuosa, a pesar de que duró todo un día y se recorrieron playas por kilómetros.

Mientras tanto, iban aumentando los internos e internas jibaritos, hasta el centenar, en ambas comunidades. El ritmo de vida era intenso; fuera de las horas de clase en la que todos estaban obligados a intervenir, los varones tenían que ir a las chacras, para asegurar la comida de todos los días; las mujeres debían dedicarse a lavar, cocinar, coser, planchar y, cuando el tiempo les permitía, debían ir también a las chacras. La ganadería, era un fuerte renglón, que aseguraba la leche diaria, y periódicamente, un poco de carne. Todavía ni se soñaba con la posibilidad de exportar ganado.

EL AZOTE DE LA VIRUELA

No juraría sobre si fue en 1936 o 1937; fácil sería controlarlo en las crónicas de la Misión de Macas.

Ya he hecho referencias al fenómeno que, en esos tiempos, cuando en las florestas apenas traficábamos los misioneros y pocos colonos “blancos”, no habiendo médicos titulados ni enfermeras, los misioneros y misioneras, suplían perfectamente esta falta; entre los nativos triunfaban los “brujos”, para los colonos o los jíbaros, en caso de enfermedades o desgracias, el misionero o la misionera se desempeñaban como profesionales o facultativos y... ¡con honor!

Una tarde se apareció improvisamente en el patio de la Misión, un joven jíbaro tiritando de frío, con el rostro y pecho encendidos, acusando fuertes dolores de cabeza. Venía de la otra orilla del Upano y lo habían mandado a la Misión, porque tenían miedo de que se tratara de enfermedad contagiosa. Se le atendió aislándolo de los demás y por la noche se comprobó que se trataba de la terrible “viruela negra”, sumamente contagiosa y peligrosa por su gravedad. Con sor María Troncatti, directora y responsable del dispensario médico de

la Misión, conscientes de la gravedad del caso, estudiamos el modo de evitar que cundiera en las dos comunidades e internados el pánico y al mismo tiempo se evitara todo peligro de contagio.

Por uno de esos milagros, que Dios, a menudo multiplicaba en secreto en nuestras misiones, la población de Macas no se enteró del peligro, por todo el tiempo que duró el contagio, que fue de casi tres semanas.

Y empezaron a caer en la Misión, los enfermos de viruela, que venían especialmente de la otra banda del Upano. Ya teníamos los sitios reservados para el aislamiento, repletos de enfermos y ya se registraron las primeras defunciones por el contagio: eran todos menores y jibaritos. También entre los internos e internas habían caído contagiados algunos alumnos. Entre los jibaritos cundió la alarma y automáticamente todos se “remontaron” en la comarca del Seipa, Yuquipa, etc.

En mis continuas visitas entre los enfermos, me daba cuenta de depresión moral humana de las misioneras y sentí que el diapasón de nuestra moral en la Misión estaba decayendo. Tomamos un acuerdo de emergencia: mandamos a los internos e internas lejos de Macas, con la excusa de trabajos y de un poco de descanso. Con sor Troncatti, cada día y en plan secreto, teníamos que enterrar una o dos víctimas del flagelo. Una mañana cuando íbamos ya cerca de la docena de muertos por viruela en la Misión, al no poder resistir más, me quejé en la Santa Misa con nuestro Señor; y él bondadosamente me dijo con claridad: “No te desanimes, hasta quince”. No reparé en el número que fue para mí un enigma. Pero cuando sor María Troncatti me anunció que acababa de morir el décimo quinto niño y me pedía permiso para colocarlo en un cajón de kerosene para enterrarle (ya no quedaba material para ataúdes), aunque yacían en cama, todavía graves por la viruela, una docena de enfermos, como despertándome, le dije a sor María Troncatti: “¡Ya, sor María: ahora sí: se terminó el contagio!”. Fue cosa de tres días, todos los enfermos entraron en convalecencia y desapareció el mal. Los internos e internas volvieron a Macas y se retomó el ritmo de vida de siempre, como si no hubiera sucedido nada. Los muertos de nuestros internados no pasaron de media docena y nos quedó una eterna gratitud hacia la Purísima

de Macas, que nos ayudó a defendernos del terrible flagelo y sobre todo no permitió que cundiese el pánico entre los moradores de Macas, que sabían perfectamente el peligro que era para ellos una enfermedad de la gravedad y contagio de la viruela, encontrándose sin comodidades o recursos para hacerle frente.

VIDA DE LOS INTERNADOS

La disciplina de los internados era disciplina familiar; pero sin contemplaciones ni debilidades. Entre las jíbaras, como las que más conservaban los instintos primitivos y a menudo, alguna se escapaba, no era raro que se usaran los métodos familiares de sus casas: el castigo corporal, que generalmente se aplicaban ellas mismas, en presencia de todas. Ya desde entonces, entre los mayores de los varones y de las mujeres internas, se entretejían idilios, que terminaban en matrimonios. El sistema usado era curioso. Aun separados y “controlados” entre sí, por los asistentes, con silbidos o con las notas características del “pingullo”, propio de los jíbaros: sirviéndose de terceras personas, empezaba entre ellos el idilio y con el idilio, el trámite familiar. El muchacho debía primero asegurarse que los hermanos (no el padre), de su muchacha, no se opondrían a sus relaciones en vista de un posible matrimonio. Asegurado este primer paso, el muchacho solicitaba permiso de la Madre Superiora, para poder visitar los días sábados o domingos a su “enamorada”; lo que se debía hacer en el locutorio de las Madres. El encuentro carecía de expresiones, hasta de palabras, pues ella se limitaba a monosílabos y se encerraba en un mutismo casi hermético. Empezaba el tiempo del mutuo control. Él, cuando podía, le llevaba pequeños regalitos: un pañuelo, una vincha, unas baratijas, un corte de tela. Ella debía empezar su “tirocinio” en el internado: unos meses en la cocina, unos en el taller de costura, unos en la lavandería, unos en la chacra: debía aprender a hacer ollas de barro, esteras de mimbre u otro elemento; cuidar gallinas, chanchos y posiblemente ganado. En esas épocas no se admitían matrimonios, si ambos no estaban preparados para formar un nuevo hogar. Él debía ser un buen trabajador, buen ganadero, buen “cargador” y debía tener ya su casita preparada en Sevilla y siquiera un chanco gordo, para la boda. A los primeros matrimonios de mi época, se les asignaba una hectárea de terreno, en la que debía ser la población propia de ellos: “SEVILLA”. Se les daba una cobija, un machete, un hacha, platos y ollas indispensa-

bles; se los casaba solamente en la Iglesia y ese mismo día ellos se despedían, del internado para ir a vivir y formar su nuevo hogar, en su tierra. Así plantamos los cimientos de lo que más tarde se llamaría: “SEVILLA DON BOSCO”, población exclusivamente jíbara, en terrenos reservados para la reducción jíbara. El nombre de “Sevilla Don Bosco” nos pareció una exigencia justa, lógica e inevitable: ese nombre se lo pusimos en mi tiempo. Los primeros salesianos que anduvieron por esos andurriales, fueron el padre Ávila, el Sr. Bigatti y más tarde, el neo sacerdote el padre Ángel Rouby. Más tarde cuando las circunstancias obligaron a ello, los internados jíbaros fueron trasladados de Macas a Sevilla. Quiero recordar estos detalles, pues están expuestos a ser olvidados o tergiversados. Cuando un jíbaro, casado o residente en Sevilla Don Bosco, en esos tiempos míos, me avisaba que ya disponía de una cuadra de potrero, yo le regalaba una vaca preñada.

La vida religiosa en Macas cobraba fuerza: con los internados, se había dado vida y entusiasmo a toda manifestación de carácter religioso, escolar y social; se cultivaba la música, el canto, las representaciones teatrales, el deporte, como en cualquier Centro grande de la Sierra. Así lo constató el visitador extraordinario salesiano: Don Serié, cuando llegó a Macas en uno de esos años, durante una Semana Santa.

SUCÚA

La Misión de Sucúa, apenas se pronunció el fenómeno de la colonización blanca (vinieron primero habitantes de El Pan y Guachapala), tuvo que abrir sus puertas en un terreno que se separó, entre el Tutanagosa y las tierras de Victorino Abarca. Al lado de la Misión Salesiana, de inmediato empezó a cristalizarse la población blanca, la misma que se estableció al noroeste de la Misión. Para atender al ministerio sacerdotal, fue enviado el padre Santiago Stahl y para las niñas, voluntaria y espontáneamente se ofreció y vino de Macas, la incomparable señorita Mercedes Navarrete. En un principio no se pudo recibir a niños y niñas jíbaras, siendo esta una iniciativa que se promovió más tarde, especialmente por la obra del padre Rouby, cuando fue destinado como director de esa Misión. Durante la estadía del padre Stahl en Sucúa, hubo una serie de hechos públicos que pusieron en peligro, ya sea la Misión, ya sea la existencia

de la misma población incipiente. Por imprudencia del misionero, la población se levantó en contra del Teniente Político y lo victimó. El acusado mayor, de ese homicidio, fue naturalmente el misionero, como instigador y mandante. No hay que olvidar que Sucúa había sido feudo incontrastado de los protestantes y que las autoridades civiles y militares, destacadas al Oriente en esas épocas, a más de portarse como déspotas y dictadores, si podían manifestarse como contrarios a los misioneros salesianos, lo hacían con desparpajo. Esto, ahora, parece imposible e increíble, para los que no vivieron en la selva en las décadas de los treinta y cuarenta. El padre Stahl tuvo que escapar de Sucúa y tuvimos que ocultarle por un buen tiempo en Sevilla. A mí me tocó apersonarme con los hechos de Sucúa y lo que más me dolió en esa ocasión, fue que los “superiores” de la Sierra, brillaron por su ausencia y no quisieron intervenir por nada. Cuando todo volvió a la normalidad, y no hubo más peligro de ninguna clase, los superiores ordenaron que el padre Rouby dejara Macas y fuera hacerse cargo de Sucúa. Al padre Stahl tuvimos que “embarcarlo” de contrabando, por la Sierra, por la vía de Chanalá.

Creo útil y necesario agregar una nota sobre un detalle que venía persiguiendo yo secretamente desde Gualaquiza, cuando esa mujer jíbara me pidió una medalla para preservarse del “Ivianch” (demonio). Al estar en Sucúa, en uno de esos viajes que tenía a Macas, hasta que se normalizaran las cosas en la Colonia, un día vinieron unos jíbaros ya cristianos y civilizados, residentes en el anejo de “La Asunción”. Lo que habíamos fundado tres o cuatro jíbaros exalumnos y yo, un 15 de agosto, en la orilla derecha del Tutanangoza, en un punto muy hermoso, que miraba y dominaba la planicie de Sucúa. “Padre, dicen nerviosos: ven rápido. Ha desaparecido la mujer esposa del fulano, nuestro vecino y compañero. Estaba dando pecho a su criatura, en el patio de su casa y desapareció, dejando a la criatura botada, llorando en el patio. Sospechamos que el Ivianch se la haya llevado. Algo desconcertado e incrédulo, salvé con ellos rápidamente la distancia (una hora), de la Misión a la Asunción: ¡Por aquí fue arrastrada!, por acá hay señales de un bulto arrastrado. ¡Mira! Por la pendiente de la orilla derecha del Tutanangoza, un desplome de unos 30-40 metros, la señal clara de algo que había rozado y removido la tierra. Delante de la casa, confusión y gente comentando asustada. Solo al anoecer la mujer fue hallada desmayada y

sin sentido, en plena floresta. Llevada a casa, cuando recobró los sentidos, temblando refirió que un bulto, un animal-un hombre (¿?) colorado, la asustó, la golpeó y agarrándola del pelo, la arrastró. Ella perdió el sentido muy pronto y no se daba cuenta por dónde había sido arrastrada. Llevaba en su cuerpo magulladuras y heridas. Ella era cristiana. No hay comentarios.

La cercanía de la Misión Dominicana en Arapicos de Palora, a tres días de camino a pie, por barrizales increíbles, me impulsó a emprender ese viaje para hacer acto de presencia, saludar a los padres e invitarlos a Macas, su antigua Misión.

Fue un viaje penoso, pero muy conveniente; en todo el trayecto, al otro lado del Upano, existían jíbaros y más en la zona de Chiguanza, donde más tarde se fundaría un floreciente centro misionero salesiano. El viaje presentaba la dificultad del paso de los ríos, que, menos el Palora, se debían franquear a nado y con el agua al pecho. Arapicos, en esa época, era una pequeña población de blancos, casi todos de origen maqueño. Mi presencia entre ellos fue todo un acontecimiento. En Arapicos había un padre y un hermano. Más tarde tendría yo que repetir el viaje, alargándolo hasta El Puyo, Mera y Baños, de Tungurahua, pasando el río Pastaza y los demás ríos caudalosos que de Mera se encuentran por el camino a Baños. En esa época era un camino que se debía hacer todavía a pie, pues la carretera no había avanzado siquiera hasta el río Topo y la que había, estaba en mal estado. Por Baños fui a Quito y de allí a Cuenca.

En esos años de Macas, tuve un ataque violento de apendicitis y por poco me quedo para siempre en Macas: no había comodidades. Se mandó una posta a Méndez y de allí, a Cuenca. Cuando regresó el posta a Macas, yo estaba ya en proceso de convalecencia. Otra ocasión que me hizo pensar en la necesidad de una cadena-radio entre Cuenca y las Misiones. ¿Sueños? ¿Utopías? Yo más tarde, repetidamente tentaría cristalizar el proyecto, y como provicario, por dos veces adquirí los implementos necesarios para ello. Ambas veces, la iniciativa, como otras, naufragó. Solo más tarde supe que la había hecho efectiva.

Mientras tanto, en Macas se estaba obrando una transformación paulatina, pero segura: la Misión Salesiana se volvía, cada día más

al centro de la vida, no solamente religiosa, sino familiar y social: el superior en esos años era el sacerdote, médico, abogado, ingeniero, consejero, árbitro y factótum de Macas: era inútil desconocerlo o minimizarlo. Y sucedió lo que debía suceder.

EL INCENDIO

Mes de enero de 1938. Un sábado por la noche, reunidos alrededor de Monseñor Comín, quien estaba en Macas por la visita pastoral anual, habíamos pasado alegremente en amena conversación, hasta las 9 p. m. Nos acostamos pensando en el trabajo del día siguiente. A eso de las dos de la madrugada: escucho en el interior del patio de la Misión, alguien que grita. Para evitar que le molestaran el sueño al señor Obispo, salté de la cama y abrí la ventana: frente a mí, con llamas apocalípticas, ardían la cocina y los comedores. Grité: “Monseñor, incendio”. No es para describir aquello. El incendio avanzaba de manera espantosa: la población que se había percatado, había acudido y estaba reunida, impotente en la plaza y patios de la casa. No había agua. Corrí para salvar al Santísimo y conmigo corrió D. Leonardo Rivadeneira, para salvar el cuadro de La Purísima. Ya el fuego estaba en el techo de la iglesia. D. Leonardo, por el puro apuro y la confusión cae arrollado por el cuadro, y por poco no se queda. No pudimos salvar nada más. A las 5 a. m. de nuestra hermosa y cómoda Misión de Macas, no quedaba más que un montón de escombros y brasas encendidas. Mitad de la casa de los padres, la casa de las madres, la iglesia, el nuevo edificio del internado de las madres, obra grande y compleja, la cocina, los comedores, el botiquín, todo brasa y ceniza.

DELEGADO AL CAPÍTULO GENERAL

El Capítulo General dio una sensación patente y cabal de que la cohesión de la Congregación, era un hecho saludable y palpable; que estaba todavía en pleno vigor el ritmo e impulso creativo del Fundador, ya canonizado, y que al timón de la Congregación estaba un timonel de primera categoría, que ostentaba carismas propios y especiales, con claras tendencias “hegemónicas”; no me atrevo a definir las dictatoriales. No faltaron las alusiones indirectas y directas, que afloraron en seno de las discusiones en el mismo Capítulo General al respecto; pero eran “otros tiempos y no faltaron, por cierto bajo cuerda, las críticas dirigidas a un miembro conocidísimo de la Asamblea, quien, públicamente se atrevió a observar cómo los

superiores mayores daban preferencia a ciertos detalles en sus disposiciones, con desmedro al respeto y atención a los miembros de la Congregación. Vivíamos en tiempos de las “manos fuertes”: piénsese en Pío XI, en Mussolini, en Hitler, etc. Todavía no soñábamos con el “destape” del sistema democrático: el principio de autoridad era sagrado.

Y para el Capítulo General todo estaba fraguado, todo estaba previsto. Las discusiones terminaban dirigiéndose hacia un rumbo calculado.

Recuerdo que en la primera sesión general, quedamos sobrecogidos cuando a la pregunta que alguien de los presentes dirigió al moderador, sobre la ausencia en la Asamblea de obispos y vicarios salesianos, que hasta el anterior Capítulo General habían participado casi por derecho propio. El Rector Mayor contestó categóricamente que, ni en las Constituciones salesianas y menos en el Derecho Canónico constaban que dichos obispos o vicarios eran miembros natos de los Capítulos Generales, pues su presencia anterior era legal, pero simplemente tolerada. Y, desde entonces, ni cardenales, ni obispos, ni vicarios apostólicos salesianos participaban más en ningún Capítulo de la Congregación con voz y voto: si participaron, fue por invitación especial, como “observadores” y no como miembros con derecho a voto; las mismas reglas dejaban intuir esto.

Terminando el Capítulo, juzgué necesario un chequeo médico, porque mi salud se hallaba quebrantada. La respuesta de los facultativos fue positiva y ninguno se oponía a mi regreso a Ecuador. Aproveché el tiempo de reposo, para un descanso total en seno de mi familia. Mis padres vivían todavía, aunque ya ancianos: ninguno de los dos me exigió que me quedara. Tuve pocas oportunidades de viajar de un lugar a otro. Las pocas visitas realizadas a colegios u obras salesianas, causaron en mí una sensación de bienestar y euforia exagerados, que habían restado bríos al espíritu emprendedor salesiano; la vida de las comunidades salesianas me pareció muy cómoda y el trabajo de los salesianos, mal distribuido. Pero no era yo quien podía juzgar, pues doce años de ausencia de Italia, podían haber embotado mi capacidad de captar las situaciones. Y a pesar de cierta repugnancia o alergia que noté, cuando se acercaba el fin de mis vacaciones, para regresar a Ecuador, pregunté al nuevo Ins-

pector recién elegido por los superiores de Turín, para la Inspectoría de Ecuador, en lugar del padre Montaldo, mi coterráneo el padre José Corso, si él estaba de acuerdo que yo regresara: habiéndome contestado en forma no muy entusiasta, que era conveniente que yo regresara, armé viaje de regreso, con la sensación de que me esperaban novedades en Ecuador. Y en verdad: en vísperas de partir, se me comunicó que debería dejar mi trabajo en las Misiones, para desempeñar un puesto en la Inspectoría.

COLEGIO CRISTÓBAL COLÓN

¡Dichosa juventud! Acepté esa dirección sin parar mientes en lo desastroso en que se hallaba ese colegio, en todo sentido: el personal era nuevo; a mi lado estaba el neo sacerdote español: D. Cayetano Tarruell. Cuántas veces lamentamos con él, la tambaleante situación del colegio. Hasta que el segundo mes de nuestra permanencia en el Colón, un día le dije al padre Cayetano: “Aquí no hay nada que administrar de economía; pero sí mucho que encarrilar: moral, disciplina y piedad. Le propongo a usted renuncie a la prefectura y acepte la Dirección de Estudios (consejero escolar). Era pasar del 2.º al 4.º puesto en la jerarquía del Colegio. Agregué: “Tiene 48 horas para pensarlo; si acepta, se lo agradeceré mucho; si no se siente, también le agradeceré”. El padre se retiró. A la media hora alguien golpeaba la puerta del despacho: era él, que entrando me dijo: “Director, disponga de mí como le parezca. Si lo cree conviene, acepto lo de ser consejero”. Le di un abrazo y le dije: “En este momento empezamos a hacer colegio”. ¡Y así fue! Económicamente no teníamos ni para unas libras de fideo para el almuerzo; la población escolar del colegio era muy reducida: todavía había internado. Disciplinariamente, aquello era un caos. Poco a poco, el padre Tarruell estrechó la mano, volvió la seriedad y disciplina y el respeto en el colegio. A mediados del año escolar, aumentamos pensiones, sin dificultad y tuvimos que negarnos a aceptar alumnos de otros colegios que querían ingresar al Colón. Paulatinamente levantamos cabeza. El viejo cascarón en madera que era el Colegio (Obra de Monseñor Comín 1911), reclamaba un nuevo edificio: Se empezó a hablar, a hacer planes, soñar, insistir... aunque sabíamos que para nosotros aquello era la “camisa” de once varas. El segundo año escolar empezó con el colegio al completo: habíamos rechazado muchas solicitudes de matrículas. El Colón ya tenía un nombre. Pero yo, como siempre, algo idealista no

me percaté que debajo se me estaba haciendo la zancadilla por el mismo personal salesiano: el hecho resumido, terminó con dejarme “cesante” en la dirección para el tercer año: debería ir a Cuenca y ponerme a las órdenes del Vicario Apostólico de las Misiones; Monseñor Domingo Comín.

PROVICARIO DE LAS MISIONES



Provicario

El P. Vigna es el último a la derecha de la segunda fila

Estamos en 1941: yo volvía a mis Misiones, de las que había sido arrancado por obediencia. Los primeros meses de Cuenca fueron duros; el Obispo no se decidía a nombrarme Provicario y el Inspector no se decidía a definir mi situación, “ni chicha ni limonada”. Solo muy tarde yo caí en cuenta de mi situación “irreal”, como religioso, como sacerdote y como hombre. Alguien me diría algún día, años más tarde, que Monseñor Comín se había quejado. “Pedí a los superiores unos brazos para que me ayudaran, no una cabeza que pensara”. Si no es verdadera la expresión, es fruto de malignidad, o un juego de mal gusto. Me doy cuenta que el referir hechos y cosas del tiempo “más duro” de mi vida religiosa y humana, con mucha probabilidad mis sentimientos, no serán del todo serenos y quizás, ni equilibrados. Aseguro, sin embargo, que me esforcé por ser exacto y ecuánime en lo posible. No puedo asegurar que desde el principio pisaba

yo terreno movedizo, pero no lo puedo negar. ¿No me hundiría? No haberme dado cuenta al comienzo y haber aquilatado el alcance y proyección de las cosas, me llevó a las consecuencias que anotaré más adelante. El padre Virgilio Flor, siempre demasiado franco y hasta grosero en sus expresiones, hubo de exclamar un día: “Hay dos que aspiran a la mitra: el Inspector y el Provicario; pero la cuerda siempre se rompe en el punto más débil”. Pero si algo hubo desde el principio en mí, fue una sincera alergia y repugnancia a dicha mitra, que, por lo demás, estaba muy bien asentada en las sienes de quien la llevaba, el gran Obispo: Monseñor Comín, quien podría cargarla tranquilamente todavía por decenios. A la distancia de años y después que, en 1957, de paso por el Ecuador (yo venía de Punta Arenas), tuve ocasión de hablar con Monseñor Comín, de su boca aprendí algo que fue para mí, una verdad reveladora: “Ud. tiene aquí en el Ecuador un poderoso “contrario” entre los salesianos: no le conviene quedarse aquí”, Y me dio nombre y apellido del entonces Inspector. Quizás en el conjunto de circunstancias que anotaré, se puede colegir el motivo de esa pared de incompreensión que, creo levantó en mi contra; si no se colegirá, podría decirse que no supe juntar datos importantes que originaron una situación casi increíble, para mí, inexplicable. Generalmente me referí a hechos que puedan ser controlados por algún documento oficial o particular, cuya copia guardo en mi cartapacio.

LA CASA CENTRAL DE LAS MISIONES

Mis primeras preocupaciones como provicario (yo mismo tuve que redactar el decreto respectivo y hacerlo firmar por el Vicario Apostólico, pues lo necesitábamos para los primeros trámites ante el Gobierno de la nación), fue de visitar los centros misioneros, darme cuenta de la situación en general y auscultar sus necesidades. Una de las primeras gestiones ante el Gobierno nacional, fue de solicitar y conseguir franquicia postal, telegráfica y telefónica para las Misiones. El decreto número 1152 bis del 18 de octubre de 1941, nos otorgó esas franquicias. En 1942 fui sorpresivamente llamado a la casa de la señorita Florencia Astudillo Valdivieso, famosa y generosa filántropa de Cuenca. Periódicamente yo había estado en su casa para celebrar la Misa para ella y su servidumbre, en su hermosa capilla privada. Los dos teníamos relaciones de amistad propias de dos seres que se estiman mutuamente; pero ni siquiera exigían de parte algunos sacrificios o manifestaciones especiales. Después de los saludos,

a boquijarro, ella me dijo: “¿Cuándo me trae al notario?”, ¿Para qué señorita?, “Para darle escritura de la hacienda Yumacay y de Paute”. ¡¿A mí?! “O a usted o a nadie”. Pero señorita: hay Monseñor Comín, que usted tanto aprecia, el padre Albino del Curto, con quien simpatiza, el padre Crespi, el padre Spinelli (este padre, desde hacía tiempo que la visitaba con el fin de conseguir que se la dejara a él): ellos son más dignos que yo y más importantes. Y ella: “Padre Vigna: repito: o a usted o a nadie”. Pedí me diera tiempo para conversar con mi Obispo: y volvería a tratar con ella sobre el asunto, muy pronto. En casa, le comuniqué a Monseñor Comín la propuesta. Debería saber qué condiciones pondría ella y yo la recibiría en nombre del Vicariato Apostólico. Referí la cosa y sondeé la voluntad de la donante. Ella no pondría condiciones especiales: el producto de la hacienda debía servir para la educación de los jibaritos de las Misiones orientales. Conseguido un acuerdo en línea de máxima, la señorita quiso donar también la casa de Paute—pueblo y la antigua casa, donde ella había nacido, que se encontraba en el centro de la ciudad de Cuenca, a una cuadra de la Catedral; ocupaba toda una esquina y por su vejez y abandono, reclamaba urgentemente, ser derrumbada, para dar lugar a algo más útil y presentable. Allí, según acuerdo con la señorita, construiríamos la residencia del Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza, Obispado salesiano y un Centro de Formación para los jóvenes de raza shuar. Más tarde busqué al notario y se celebraron las escrituras para las tres donaciones: yo las aceptaría como Provicario. En el interim, naturalmente, yo tuve que pensar cómo asegurar legalmente toda gestión referente a las misiones y provoqué la formación de un Consejo de Misiones, formulando los estatutos correspondientes, que fueron aprobados con Acuerdo número 1431 del 3 de octubre de 1942, del Supremo Gobierno. Y éramos entidad pública reconocida. Mientras yo me “barajaba” en estos ajetreos, por una casualidad que no podría explicar, cayó en mis manos una carta que el padre Spinelli envió a D. Bertola, representante del Rector Mayor para Venezuela, Colombia y Ecuador (estábamos en plena guerra del 45). En esa carta “explicitis verbis”, el citado padre acusaba al padre Vigna de unos cuantos disparates que debían ser fatales para la Inspectoría y las Misiones (véanse copias en mi cartapacio). Eso fue una bomba... de tiempo. Lástima que yo no alcancé a comprender toda su proyección.

Entre tanto yo seguía mis viajes periódicos, sea a las Misiones, sea a la Capital, “ad petendam pluviam”. El estado económico de las Misiones era catastrófico.

Regresando un día de las Misiones, el mayordomo de la señorita Florencia Astudillo, me hizo saber que ella deseaba urgentemente hablar conmigo. Yo al anuncio, me preocupé. Apenas me vio, me dijo: “¿Y cuándo empezará el padre Vigna, los trabajos de la Casa de Cuenca?”. Me sentí helar, y le contesté: “Ah, señorita... tengo los pies sumamente fríos...”. “Y quien le dijo a usted que yo no le daría la plata para empezar?”... y desapareció en su recámara. Al poco tiempo apareció, llevando en su delantal, algo bultoso; y abriendo el delantal tiró sobre la mesa, cien mil sucres en billetes (S/. 100 000). “Esto es para empezar”, añadió. El compromiso era serio y así lo vio Monseñor Comín, quien no creyó posible recibir de golpe, cien mil sucres. Los trabajos empezaron enseguida, sobre planos del ingeniero Orus, de Guayaquil; solo para derribar la casa vieja de adobe, que en algunas partes tenía paredes de 1.80 m, se gastaron más de treinta mil sucres.

Mis frecuentes viajes a la capital, me pusieron en contacto directo con el señor Nuncio Apostólico: monseñor Efrén Forni, alma intuitiva, franca y abierta, que fue para mí como un papá. No era raro el caso que, sabiendo que yo me encontraba en Quito, él me hiciera invitar a la Nunciatura, para conversar y almorzar con él. Por supuesto, encontrándole tan bondadoso, la mayor parte de mis movimientos y gestiones ante el Gobierno eran discutidos con él; antes de proceder, le pedía su iluminado consejo. Puedo decir que no hubo gestión de cierta importancia para las Misiones, que no fuera consultada antes con el señor Nuncio. En esos años se pensó en fundar un Centro Misionero en Yaupi y en el mes de noviembre de 1944, con el padre Juan Ghinassi, emprendimos el viaje, desde Chinimbí a Yaupi, pasando por el Cutucú, abriéndonos camino por la floresta. Llegando a orillas de la lagunita Cumbaga, señalamos el lugar. La duración del viaje fue de 17 días, ida y regreso. Existe entre mis cachivaches una documentación geográfica de ese viaje.

LA GUERRA DE 1941

Hacia fines de 1942 me llegó un Oficio de la Presidencia de la República, rogándome que, en representación del Señor Presidente,

acompañara la Misión Oficial, que debía ir hacerse cargo del puesto de avanzada peruano, en el río Morona, denominado “Vargas Guerra”. Con el capitán del Ejército, Manuel Pinto, representante del Ministro de Defensa; el teniente Torres, representante del Ministro del Interior; un empleado del Ministro de Relaciones Exteriores: señor Prado. Fuimos a Macas y organizamos la expedición, acompañándonos de D. Leonardo Rivadeneira y una docena de jíbaros, para la carga y el fiambre. Salíamos para Sevilla Don Bosco, para un viaje que duraría 27 días, en la selva, coronando el Cutucú y entrando por Miazal, Cushuimi, Cangheimi, Morona. Existen fotografías que documentan ese viaje. Cuando llegamos en balsa por el río Morona, encontramos el dichoso “Vargas Guerra”, reducido a un montón de escombros; ni los árboles de limón dejaron parados. Al segundo o tercer día orientándome, reconocí, hacia poniente, la cordillera del Yaupi; si hubiéramos podido traspasarla, nos ahorraríamos 3 o 4 días de viaje. Tomaríamos de acuerdo que yo iría, con dos jíbaros, río abajo, en canoa, hasta encontrar el destacamento peruano y parlamentar con ellos.

Después de algunas horas de bogar, río abajo, dimos con el puerto y destacamento peruano. Solicité entrevistarme con el Comandante y fui llevado a la presencia de un oficial del Ejército: creo un Mayor. Después de los saludos y presentaciones protocolarias, le expuse el motivo de mi viaje a Vargas Guerra y hasta su destacamento y le solicité el permiso expuesto arriba. Cuando terminé mi exposición, él me pidió credenciales. Confesé que creyéndolas superfluas, las había dejado en el Campamento de Vargas Guerra; estaba convencido de que no las necesitaría. Muy serio me dijo: “¿Se da usted cuenta de que está en territorio enemigo?”. “Desde ese momento lo declaro prisionero, con su guía”, (tenía conmigo un jibarito: el otro había quedado en el puerto, cuidando la canoa). Le contesté que estaba en sus manos, pero le rogaba que, por medio de su estación de radio, consultara su Cancillería y por medio de la Embajada ecuatoriana en Lima, solicitaran explicaciones a la Cancillería de Quito en Lima.

Fuimos encerrados en el cuarto. ¿Cuántas horas? No lo sé. A eso de las 5 p. m., asomó el mismo Mayor en persona, llevando en una bandeja muy elegante, un precioso servicio de porcelana con un al-

muerzo de gran hotel. Sonriendo, le pregunté: “Comandante: ¿Qué es esto? ¿Qué quiere decir? ¿Es nuestra última comida?, “esto quiere decir que ustedes tienen hambre. Coman y después les haré remolcar en su canoa con nuestra lancha, unos kilómetros, río arriba, para que regresen a su campamento”.

El regreso, contra corriente, fue un triunfo; llegamos a Vargas Guerra, casi al amanecer. Cuando nuestros compañeros escucharon el relato de nuestras peripecias sufridas entre los peruanos, perdieron los estribos y la serenidad. A eso de las 8 a. m., oímos el ruido de una lancha que se aproximaba por el río, desde el sur; todos corrieron a la choza y se armaron. Cuando la lancha estuvo frente a nosotros parados en la orilla del río, el capitán Pinto intimó a los soldados peruanos que venían en ella, que regresaran de inmediato: si alguien intentaba bajar serían recibidos a disparos y les increpó su conducta del día anterior, para con el padre. Dieron vuelta a la lancha y espoleándola, volvieron a su destacamento, sin decir una palabra.

Había fallado nuestra tentativa de acortar el viaje de regreso; debíamos organizarlo por los mismos senderos por dónde habíamos venido. Recuerdo que, en el Cushuimi, cuando bajábamos, con una creciente extraordinaria, por la lluvia o diluvio de la noche anterior, yo divisé a poca distancia de nuestra balsa, un tronco de árbol, bastante grueso, que en lugar de seguir la corriente, se movía en sentido contrario a pesar de la fuerte correntada. “No es un árbol el que tú ves”, me contestó el jíbaro: “es una anaconda”.

En Miazal casi todos nosotros pagamos nuestro tributo a los vampiros, que en cantidades “comerciales”, de noche, nos chuparon la sangre, ya de la nariz, ya de las orejas, ya de los dedos de los pies o de las manos. Como el lector, si lo habrá, se dará cuenta, este viaje era consecuencia de la guerra con el Perú de 1941. Durante esta guerra, yo me hallaba en Macas en los días más álgidos, cuando sabíamos que los peruanos habían llegado a pocas horas de Macas, al otro lado del Cutucú. Las autoridades civiles y militares habían salido a la capital y a Méndez.

En Macas empezó a cundir el pánico y la confusión. Sirviéndome de la autoridad que gozaba la Misión, reuní a los jefes de familia y ante ellos les planteé la situación: si no conservaban la calma, aquello

era el fin de Macas. Propuse que a falta de autoridades, acataran las órdenes que yo daría en esos días de emergencia y los invité a que renovaran el juramento de hacer con más solemnidad la Fiesta de la Purísima en agosto. Todos de una aceptaron la propuesta y se redactó y firmó por “todos” los jefes de familia de Macas presentes en ese tiempo en la población, el nuevo juramento a la Purísima. Por mi parte les dije, que si alguien sembraba caos o desorden en esos tristes días, lo haría fusilar en la plaza. Los jefes de familia comprendieron y, agradecidos, regresaron a la casa. Volvió la calma y la serenidad y con confianza mutua, pudimos salvar la situación, que por cierto, fue tirante.

En 1943 recibí un telegrama del Ministerio de Interior, con el cual me instaba para que entrara de inmediato a las florestas y me encargara de arreglar un doloroso choque entre mineros y jíbaros en la zona de la unión del Zamora con el Namangoza; choque causado por los abusos graves que los mineros habían cometido contra las mujeres y las chacras de los jíbaros. Estos sumamente resentidos, reaccionaron violentamente y por venganza mataron a algunos mineros. El viaje fue penoso, difícil y peligroso. La Autoridad Civil de Gualaquiza, en un gesto dictatorial descabellado, hizo una redada de jíbaros, la mayor parte inocentes y los encerró en el calabozo tratándolos como a brutos. El ambiente jíbaro estaba muy caldeado y se temía de un momento a otro una represalia en contra de los colonos. Llegué a Gualaquiza improvisamente y sabiendo lo que había pasado y lo que estaba fraguándose por los jíbaros, sin poner tiempo en medio, me presenté a la autoridad y mostrándole el telegrama del Ministro, exigí que de inmediato se les diera libertad incondicional a los jíbaros presos, apiñados en el calabozo húmedo, oscuro y maloliente. Mal que le pesara, la autoridad no pudo negarse y en pocos momentos esos jíbaros volvieron a sus casas. Fue una medida certera y prudente: volvió la calma entre los jíbaros, que, por supuesto, en el origen del conflicto tenían razón y habían salido en defensa de sus bienes y su libertad.

ACUSACIONES

Las dificultades y las estrecheces en las Misiones, no disminuían; diría que aumentaban. Las incomprensiones entre las autoridades civiles y militares con la Misión, eran el pan cotidiano y a menudo

mi vida como Provicario, era un vaivén a las Misiones, a la capital, a Cuenca, para ayudar a resolver causas y cosas.

En esos tiempos se agregó una sañuda persecución de parte de los protestantes, que tenían dos centros de actividades en nuestro territorio: uno en Sucúa y uno cerca de Chininbí. Un día recibí un oficio firmado por el Ministro del Interior, que me citaba, al término de la distancia, a su despacho para defenderme de trece acusaciones que formulaba el Obispo de los evangelistas de nuestra Región Oriental, en contra mía y de los misioneros salesianos: y me incluía el “original” de la carta de dicho Obispo. En verdad: eran trece acusaciones calumniosas. Preparé rápidamente una contestación escrita: avalándola con documentos y “volé” a Quito.

Me presenté al Ministro y sin más le dije, como representante de las Misiones Salesianas, que si él, máxima autoridad para nosotros, admitía las acusaciones, por coherencia tenía que declarar a los misioneros salesianos como extranjeros perniciosos y declarar su expulsión inmediata del Ecuador; si no admitía las acusaciones y aceptadas las pruebas que yo aducía a nuestra defensa, debía enjuiciar al tal Obispo por calumniador, pues esta era mi exigencia perentoria, como parte acusada y calumniada. El Ministro leyó mi exposición escrita y pidió tres días de tiempo, ordenando que se le citara al Obispo, para un careo.

Pasaron los tres días y al quinto solicité una entrevista con el Ministro. Fue muy obsequioso conmigo: me dijo que tal Obispo se había marchado a Estados Unidos y me rogaba que hiciera caso omiso de las acusaciones, pues él me aseguraba que el Supremo Gobierno conocía y apreciaba la labor de los misioneros salesianos en el Oriente ecuatoriano y que él personalmente apoyaría en todo sentido en lo que era de su competencia. Él daba por terminado el incidente y me rogaba que así lo hiciera yo.

Para que el panorama en el que me tocaba moverme y actuar sea más claro, agregaré una nota que todavía me causa pena. En esos tiempos trabajaba en Quito, con ritmo acelerado, ante el Gobierno y en favor del Oriente, el padre Elías Brito, salesiano. Con probabilidad él pensaba que todo lo que se refería a contactos con el Gobierno, por asuntos de Oriente, debía pasar por sus manos; pues él casi lo

tenía eso como un monopolio personal. Pero, como en sus cosas era bastante caótico y desordenado, yo pensé que debía moverme independientemente; así pensaba también el señor Nuncio Apostólico y Monseñor Comín. No excluyo que esto fuera motivo de muchas “resistencias” dentro y fuera de casa, a mi respecto. El padre Brito murió cuando ya no era salesiano, y estando yo en Punta Arena, un día al amanecer se me presentó para pedirme un favor: que le celebrara 6 misas, que le debía. Supe en los pocos días que había dejado de existir en Quito. Debo dejar constancia que siempre en todas mis andanzas y actuaciones, procedía con pleno acuerdo de Monseñor Comín y cuando podía del Nuncio Apostólico. En los asuntos en que quedaban implicados los salesianos como religiosos misioneros, siempre me comunicaba con el Inspector Corso. Al padre Antonio Guerriero le entregué oportunamente un conjunto de correspondencia habida entre Monseñor Comín, el padre Corso y yo, durante el tiempo que actué como Provicario.

ACUERDO DE GOBIERNO NÚMERO 620



En el centro, detrás del Nuncio Efrén Forni

En vista de las dificultades que se originaban entre colonos, blancos y jíbaros por cuestiones de terrenos, después de prolijas consultas, en julio de 1944, provoqué del Supremo Gobierno, un documento público, en forma de Contrato para colonización y civilización de las tribus jíbaras de las florestas. Con Decreto Supremo 335, del 11 de julio de 1944 se publicó el Contrato que refería las obligaciones como misioneros y el reconocimiento del Gobierno a nuestra labor; y, dato importante y decisivo, el reconocimiento de zonas de territorio reservadas exclusivamente para “reducciones” de jíbaros, con prohibición de entrar en ellas de colonos blancos; la Misión Salesiana era la representante legal de la raza jíbara en provincia de Morona Santiago. A continuación y con otro decreto de la misma fecha, se reconocían, como oficiales los estudios y títulos que se hacían y expedían en la “Granja Agrícola Industrial Salesiana” de Sucúa. Por suerte, ambos decretos no provocaron ninguna mayor reacción. En esos años tenía que “barajarme” en las cosas más disparatadas, y cuantas veces, confieso, con nudo en la garganta, tenía que ponerme el sombrero y viajar para buscar los medios económicos para la vida de las Misiones. Entre “pitos y flautas”, no faltaban las roñas, como las calumnias que públicamente el párroco de Síg sig había vertido contra el Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza. Como provicario, tuve que presentar protesta ante el Obispo de Cuenca y allí hubo momentos desagradables. Se me dirá que tan solo aquí yo me preocupé de anotar lo “negativo” de mis andanzas y actuaciones. Por otra parte, no era yo el que debía recoger laureles y regodearme con los éxitos y triunfos, que, aunque en medida reducida, se registraban de aquello: yo era la “albarda”.

En 1945, con acuerdo del Gobierno N.º 620 de fecha 20 de mayo, se reconoce legalmente la Reforma de los Estatutos de la Personería Jurídica de las Misiones. Por esos tiempos, lo que antes había sido motivo de anatema para mí, de parte de salesianos, se había conseguido también para la Inspectoría Salesiana de Ecuador: ella gozaba también de personería JURÍDICA. Yo no cesaba de moverme para cristalizar mi aspiración de tener una pequeña estación de radio para comunicar, desde Cuenca, rápidamente, con todos los centros de las Misiones de Oriente. Para ello ya había contratado una primera vez y conseguido los elementos necesarios. No sé cómo explicarlo: pero no me dejaron instalar esa pequeña estación, y no por parte

oficial: tuve que vender los aparatos. Esto me sucederá una segunda vez. ¡Más tarde... y requiescat...!

Los tiempos maduraban en mí un proyecto de largo alcance: en tantos años de actuación sacrificada en el Oriente, como educadores y civilizadores, los salesianos no gozábamos de ningún reconocimiento público u oficial: no teníamos ningún apoyo ni siquiera moral por parte de las esferas gubernamentales; debíamos pensar cómo remediar esa situación aleatoria. Me costó meses de consulta, de tentativas. Finalmente, sirviéndome de una conjunción de circunstancias favorables, de acuerdo con Monseñor Comín y el Nuncio, me lancé a una iniciativa que parecía utópica. Redacté yo mismo el borrador de un Decreto Contrato con el Gobierno, con duración de 25 años, para un compromiso mutuo entre la Misión y el Gobierno: compromiso que por parte de la Misión, no implicaba nada nuevo ni en obligaciones ni actuaciones, pero sí en derechos y reconocimientos. Con mi borrador, consulté al Director del Oriente, abogado Luis Cornelio Díaz, quien aprobó incondicionalmente; con el Ministro del Tesoro, el incomparable cuencano D. Enrique Arízaga, quien estuvo de acuerdo, y con el Nuncio Apostólico, quien dudó del éxito de la empresa. Eran todavía años difíciles y de incomprensiones para todo lo que podía significar iniciativa con fondo religioso. Y me “embarqué”. Solicité audiencia con el señor Presidente de la República: Dr. José Velasco Ibarra. La audiencia fue larga y “movida”. Le expuse el motivo de mi entrevista y cuando reflexionó, me dijo que haría estudiar el proyecto; me atreví a decirle: Señor Presidente: ya tengo el borrador del Decreto Supremo. Me miró y moviéndose con nerviosismo en su sillón: “Léamelo”, Se lo leí despacio, comentando brevemente en dónde creía oportuno hacerlo. “¿Quién lo preparó?!”, me preguntó. “Yo, señor Presidente”. “¿Quién le enseñó?”. Nadie. Agarró el teléfono personal y llamó de urgencia al Ministro del Tesoro: “Véngase enseguida. Está aquí un padre salesiano, con una propuesta que quiero discutirla con usted, le espero. A los pocos minutos, los tres estábamos discutiendo el Contrato. Al fin el Presidente me dijo. “Lleve el borrador al abogado del Gobierno para que modifique las expresiones que él crea necesarias para su curso legal. Haga sacar seis copias por la Secretaría de la Presidencia y traiga para firmar. Después hará firmar a los Ministros interesados”. Al salir de la presidencia, nos miramos en la cara el señor Arízaga: yo le di infinitas gracias.

Y empecé mi calvario. Debía hacer revisar y modificar oportunamente un Decreto-Contrato, por el abogado, hacer las copias, hacer firmar, hacer publicar por el Registro Oficial, solo así tendría valor legal el documento y esto debía hacerse a la brevedad, sin publicidad, para evitar reacciones negativas de partes interesadas o sectarias. No hubo dificultades ni con el abogado, quien tan solo modificó dos o tres vocablos; ni con la secretaria. Con mis seis copias del Decreto en las manos, fui a ver otra vez al señor Presidente, quien sin más rubricó con su forma. No me fue difícil recabar la firma de los Ministros del Tesoro, que estaban al corriente de la gestión, los otros al ver la firma del Presidente, no pusieron reparo y firmaron.

El hueso más duro, era el Ministro del Interior: doctor Carlos Guevara Moreno, declarado radical y sectario en sus actuaciones de carácter moral y religioso. Cuando me presenté ante él, estaba ciertamente ya en antecedentes, pues leído el documento, desapareció con el mismo. Volviendo al cabo de unos minutos con patente displicencia, firmó el documento. Me quedaba la última gestión: procurar que se imprimiera y publicara de inmediato en el Registro Oficial: solo así tendría la fuerza y el valor oficial, entrando en vigor inmediatamente. Era tal vez la gestión más complicada. No siempre la tipografía del Gobierno, disponía de material para la impresión y casi siempre había que recurrir a coimas, para conseguir un favor. Pero Dios permitió que al tercer o cuarto día, el Decreto saliera ya publicado en el Registro Oficial N.º 1016, de fecha 5 de junio de 1946.

Volé con una copia de dicho Registro a la Nunciatura Apostólica y le presenté al Nuncio. Lo leyó despacio, sin inmutarse y terminado me dio un abrazo apretado: “Padre Vigna –me dijo– ¿sabe usted lo que acaba de conseguir?”. Me quedé perplejo y pensé en las Misiones Salesianas del Oriente. Contesté que sí, que había conseguido un reconocimiento oficial de las labores misioneras salesianas entre jíbaros. El señor Nuncio, agregó: “No solo eso, padre Vigna, y yo se lo agradezco mucho en nombre de la Iglesia. Usted acaba de abrir una puerta por la que asegurarán su existencia y su trabajo, todas las otras Misiones católicas del Ecuador. Ahora el Gobierno, solicitado por los otros misioneros, no podrá negar a ellos lo que acaba de concederles y reconocerles a ustedes, los salesianos”. A los 3

meses, si bien recuerdo, las otras Misiones habían celebrado con el Gobierno, contratos similares al nuestro.

Pero a mí me esperaba todavía una sorpresa amarga. El día de la firma del Ministro del Interior, por la tarde, por Radio Nacional de Quito, el ministro Guevara Moreno, personalmente, por cuarenta y cinco minutos, en una diatriba despiadada, se lanzó públicamente contra “ese extranjero pernicioso de nombre Juan Vigna, que se dice misionero salesiano, que ha venido a vender la patria con un contrato leonino y peligroso y que, por sorpresa acabada de hacer firmar al señor Presidente de la República. Yo estaba hospedado en El Girón y fui llamado por los hermanos, para escuchar mi “sentencia”. Fueron 45 minutos de purgatorio. Por suerte que en esos tiempos, todo adolecía del carácter de las tempestades veraniegas: al final dejan el tiempo y la atmósfera más transparente. Yo había tenido mi recompensa en el abrazo cariñoso y espontáneo del señor Nuncio. Terminado todo, viajé a Cuenca y entregué en manos de Monseñor Comín, copia del Registro Oficial con el Decreto-Contrato y le entregué la maquina “Hermes Baby”, con la que había hecho todos los trámites. La reacción del señor Obispo no fue por cierto tan espontánea y entusiasta. ¿Presentía tal vez, las reacciones negativas que despertaría en el ambiente salesiano, dicho decreto?

No sé ni quiero indagarlo a distancia de tantos años. Tal vez ahora sería fácil sacar una deducción: “Todo iba amontonándose y formando lastre; la barca debería temprano o tarde, zozobrar y hundirse”. Son contestaciones de carácter humano.

Después de haber tenido un contacto somero con los misioneros y haber visitado rápidamente los centros de actividad salesiana, en nuestro Oriente, me pareció claro e inevitable que empezara a conocer y hacerme conocer en los ambientes gubernamentales, especialmente de la capital; tanto más que yo personalmente, no comulgaba con muchos puntos del programa, de los proyectos y del “modus operandi” del padre Elías Brito, quien en esos años parecía querer monopolizar todo contacto salesiano, y sobre todo, misionero con su supremo Gobierno. El padre Brito, teniendo o no el respaldo de los superiores salesianos de la Inspectoría y del Vicariato Apostólico, con un sistema precipitado, violento y desor-

denado, habiendo conseguido en los ambientes gubernamentales simpatías personales, se creyó autorizado a concentrar toda relación de toda la obra salesiana del Ecuador, con las esferas oficiales, en su actuación; y, como era inevitable, algunas veces, no teniendo oportunidad o tiempo de consultar con el Vicario o con los misioneros, en su entusiasmo y megalomanía de carácter patriótico, corrió riesgos de complicar nuestra acción evangelizadora, soñando o construyendo molinos a viento en nuestro territorio misionero, que era territorio fronterizo con el Perú.

Tengo que volver a recordar que, en esos tiempos, los misioneros salesianos de Oriente eran unos “nobles desconocidos” para el Gobierno y muy poco conocidos y apreciados por el gran público del Ecuador; hasta en nuestros colegios parecía extemporáneo e inconveniente hablar de la actuación de los misioneros entre los shuar; quizás un poco de orgullo nacional, muy humano y explicable. ¡En el siglo XX existían todavía salvajes “corta cabezas” en el Ecuador! Constataciones que no son fantasías para los que han vivido en esos tiempos y en esos ambientes.

Con la anuencia indirecta del Vicario, yo empecé a moverme por mi cuenta, independientemente del padre Brito o del padre Morales, quienes en esa época tenían “vara alta” en las esferas de Gobierno por sus trabajos de cartografía. No excluyo el hecho de que mi conducta, que parecía singular y caprichosa, habiendo sido notada en la Inspectoría, haya provocado desde el principio, una resistencia activa en mi contra, aun cuando en los principios no aparecía en la superficie, ni nadie, aun indirectamente, me hizo notar ese fenómeno. Atando cabos, a la distancia del tiempo, quizás hoy sea fácil sacar ciertas deducciones que parecen hasta lógicas. A pesar de este modo de sentir mío, jamás hubo discrepancias públicas o privadas con el padre Brito o con el padre Morales. Eso sí: yo aprendí a “barajarme” solo y por mi cuenta, pues pensaba que, por estar al lado del Vicario y conocer de cerca el movimiento de nuestras misiones, yo tenía, sobre otros salesianos, la ventaja de los misioneros y misioneras.

LA RESIDENCIA DEL VICARIO APOSTÓLICO DE CUENCA

En Cuenca, la construcción de la residencia del Vicario Apostólico, en el lugar de la casa de la señorita Florencia Astudillo, seguía su cur-

so normal. Para hacer frente a los gastos, de acuerdo con Monseñor Comín, solicité y conseguí un préstamo del Banco La Previsora de Guayaquil. Su gerente general, doctor Víctor Emilio Estrada, oídas las razones por las que solicitaba dicho préstamo, me facilitó personalmente los trámites y sin seguir el curso normal de las gestiones bancarias, él mismo compró las cédulas del banco, descontándomelas a la par. Estaba yo un día acompañando a los obreros en el techo de la construcción de Cuenca, cuando corriendo subió el hermano encargado de los trabajos, y me dijo: “Baje pronto. Delante de la casa ha parado el auto, el señor Estrada, que vino de Guayaquil para visitar su obra”. Bajé volando: ya se había ido, después de visitar el piso bajo y hacer alguna pregunta a los obreros. Me quedé desilusionado.

Cuando subía a las doce para almorzar en la casa central nuestra, frente a la sucursal del Banco La Previsora, encontré al Subgerente de la misma, conocido y amigo: “Padre Vigna, por favor, me dice: ¿Qué o cómo ha hecho usted para interesarle a D. Víctor Emilio Estrada? Confesé mi sorpresa. “Tenemos orden, continuó él, de darle a usted toda la facilidad y si necesita, autorizarle para que gire en blanco; y esto, hasta que termine la casa del señor Obispo”. Por suerte no hubo necesidad de girar en blanco. Apenas terminada la casa, fueron arrendados los locales del piso bajo, para almacenes y, con las entradas del arriendo, se empezó a amortizar el capital de la deuda.

Ya me daba cuenta yo que el ambiente que me rodeaba era cada día más tirante y suspenso. Recuerdo que al padre Albino del Curto, ese hombre tan santo, tuve que decirle un día: “Si no se sienten de caminar con mi paso, avísenme para retirarme o me retiren”. Pero el reloj del tiempo era inexorable.

III REGRESO A ITALIA

El Inspector había ido a Turín para el Capítulo General. Cuando regresó de Italia, me entregó una carta con la firma del Rector Mayor, fechada en Turín en octubre de 1947. Se me anunciaba que, por el bien de la Inspectoría del Ecuador, convenía que yo volviera a Italia. En Turín, los superiores me dirían qué tendría que hacer. Lo que debía turbarme, no me sorprendió en modo especial: empecé a pre-

pararme para entregar el puesto y sus proyecciones. El mundo había girado, giraba y giraría sin mí: así, las Misiones de las florestas amazónicas. Existen cartas en mi “epistolario”.

El 1948 “amaneció” para mí, con las preocupaciones de mi salida del Ecuador. En marzo se enfermó gravemente en Guayaquil y murió el Inspector, padre José Corso. Por una serie de circunstancias, yo no pude estar presente en sus funerales. Esto cayó mal.

Antes de cerrar este período así movido de mi vida religiosa y humana, voy a hacer referencia a una iniciativa, que siendo mía, llevaba la firma del Vicario Apostólico. Lo hago para cargar toda responsabilidad al respecto y evitar que se le achaque a Monseñor Comín, si es que ella tenga una interpretación negativa. No merece tal culpa el Obispo: pues es toda mía. Yo noté desde el principio que mi actuación como provicario, que el Obispo misionero no tenía contacto con sus misioneros del Oriente, para una orientación pastoral práctica y adaptada a las nuevas necesidades, que surgían en las poblaciones que se formaban a los largo de la penetración misionera salesiana, en la selva. Si se piensa que yo, que escribo de esto, he visto nacer: Sevilla Don Bosco, Sucúa, Yaupi, Méndez, Limón, Bomboiza; amén todos los anejos y poblacioncitas que brotaron en el valle del Upano, del Yunganza y del Indanza y las del otro lado del Cutucú, fácilmente se comprenderá que urgía sensibilizarse y sensibilizar a los misioneros, sobre sus responsabilidades de pastores. Las “CIRCULARES” que se mandaron a los misioneros esos años, fueron hechura mía: algunas de ellas fueron discutidas con el Nuncio Apostólico: véase: Matrimonio–Testamento. Hago constar esto por obligación de conciencia. Estábamos antes del Concilio Vaticano II. Si hoy se las critica, háganlo con espíritu de crítica histórica. Si habrá algún lector de esos apuntes, no extrañe que no se encuentren en ellos, los “fracasos”, las “desbandadas” y lo negativo de la actuación de una persona. Nadie es verdugo de sí mismo. Antes, si se siente que hay peligro de caer, se apura en poner las manos adelante para parar o suavizar el golpe. Es un instinto humano y obedece al “instinto de conservación”.

Y aquí debería hacer punto: el resto de mi vida es hoja aparte y a nadie le puede interesar. Como Dios dispuso que volviera al Ecuador, sucinta y brevemente haré referencia a puntos especiales de

mi vida sacerdotal y religiosa, durante el período de mi ausencia del Ecuador.

SALIDA VÍA BRASIL

Salí del Ecuador, vía Brasil, a primeros días del mes de julio de 1948. En mayo me despedí de Cuenca; en el aeropuerto encontré para despedirme, lo más grande de la ciudad. (Supe en Turín que desde Cuenca había salido una solicitud al Rector Mayor para mi permanencia en el Ecuador, con algunos miles de firmas). Me acompañó Monseñor Comín hasta subir al avión, me conservé sereno; cuando se movió el avión rompí en sollozos ruidosos. Era mi humanidad que sufría. Un sobrino mío, sacerdote, misionero escalabraniano, se hallaba en Brasil. No le había visto desde su niñez. Solicité y obtuve el permiso para ir a visitarlo de paso, en mi viaje: había escrito y telegrafiado para encontrarnos los dos en San Paulo, pero a pesar de mis deseos y ánimo, fue imposible encontrarnos. Él estaba lejos de Río, viajé en barco italiano, hasta Génova.

En Turín me presenté a los superiores mayores y con el señor Berruti, tuvimos un “encuentro” de padre y señor mío. Le solicité que me dijera que por qué motivos me había sacado de Ecuador y resultó, según sus expresiones, que me había sacado por “pro bono pacis”. Me dijo: “Tu carácter es muy fuerte y ofendías las susceptibilidades de los que debían actuar en la Inspectoría”. Del resto, en la carta firmada por el Rector Mayor, ya constaba esto. Me dijo de ir a descansar con mi familia; que más tarde se me diría lo que tendría que hacer.

En noviembre me vino la orden de ir a “abrir” (fundar), la obra salesiana (Villaggio del Fanciullo), en Ortona, provincia de Chieti. Aquello fue peor que el trabajo en las florestas. Y no por parte de los niños o la gente, sino por parte del Comité del cual dependíamos en todo. Éramos cuatro salesianos, pero debíamos “cinchar” y las dificultades económicas iban en aumento. Las autoridades del Comité desde el principio, me cobraron ojeriza, por reclamar yo, que cumplieran su compromiso. La obra en dos años se asentó y prosperó. A los dos años, desde Turín me vino la orden perentoria de presentarme a los superiores. Ya me lo esperaba. El inspector, que en los asuntos de la obra había siempre brillado por su ausencia,

presionado, quizás por el Comité, había, “procedido”. Y empezó mi nuevo Calvario. De Turín a Sampierdarena a Volterra; de Volterra a La Spezia; de La Spezia a Livorno.

“Hazte la fama y échate a la cama”. Desde Livorno, lugar donde permanecí más tiempo como vicedárroco, solicité a los superiores de Turín, que, si lo creían conveniente, me devolvieran a las Misiones. En 1952, el padre Bellido me había solicitado que fuera a hacerme cargo de la capilla del hospital de los italianos de Buenos Aires, por haber muerto el titular. No me sentí con ánimos para esa tarea: mi vida no era de “encerrado”. A principios de 1953, después de largos titubeos y oraciones, pedí que me devolvieran a las Misiones. La contestación fue: “No es posible su regreso a Ecuador”. Pero, como necesitaban un párroco para una nueva parroquia en Punta Arenas, en el extremo sur de Chile, en el Estrecho de Magallanes, D. Fedrigotti me rogaba que me preparara para ir allá. Temblé. El frío del Polo Sur.

DESTINADO A PUNTA ARENAS – CHILE

Habiendo expresado a los superiores de Turín, mi anhelo de consagrar el resto de mi vida a las misiones, me llegó la orden, que fue “terminante”, de prepararme para salir a Chile, a Punta Arenas. Digo: “terminante”, porque, cuando se me indicó que estaba destinado para el último punto habitado, cerca del Polo Sur de Chile, automáticamente pensé que quedaban en mi pueblo mis dos viejitos, mis papás, ya decrepitos, solos, sin nadie que les asistiera en su última vejez. Rogué que, en vista de la situación no me destinara tan lejos o se desistiera de enviarme fuera de Italia. La insistencia de los superiores no admitía réplicas y tuve que viajar hacia tierras diametralmente opuestas en todo sentido a mi destinación anterior, en donde había trabajado por 23 años. ¡Así es la vida!

Otros 10 años largos de vida parroquial, esencialmente parroquial, entre obreros y pobres, en un clima que no me atrevo a definir ahora, desde aquí en donde escribo y revivo con el recuerdo de esos años.

Punta Arenas, ciudad extraña, polifacética, mezcla de razas, de civilizaciones, de psicologías; en vía de organización y de transformación; pasando de una vida casi patriarcal, a base de actividades exclusivamente pastoriles, a una vida de explotación de los productos del subsuelo, especialmente el petróleo. Vida en que los “extremos”

casi se juntaban en todo sentido. Diez años de intensa labor pastoral, en la que presentíamos los próximos cambios que el Vaticano II, debía traernos en seno de la Iglesia católica.

Durante esos 10 años, el correo, no el cable, dos veces me trajo la noticia, en fechas diferentes, de la muerte, primero de mi papá y después de mi mamá, ambos fallecidos en un asilo de ancianos; pues no hubo nadie que los asistiera en sus últimos años de vida. Los nietos, hijos de mis hermanos, vivían todos lejos del pueblo de mis padres, y los nietos, ya es sabido, son nietos y no hijos.

¿Qué se lo echo en cara a mi Dios o a mis superiores? ¡No! Es crónica de vida, crónica que, de tejas abajo, con los tiempos y teoría que corren hoy día, podría catalogarse como increíble o inhumana.

UN PARÉNTESIS: UN POCO DE HISTORIA DEL VICARIATO DE PUNTA ARENAS

¿Qué diré de mi experiencia de Chile? En diez años en tierras que fueron testigos del heroísmo y hazañas de nuestros primeros misioneros salesianos enviados a América, por el mismo santo Fundador. Páginas apretadas de heroísmo y con nombres famosos en los Anales de la Congregación Salesiana. Estábamos recogiendo el fruto de su lento martirio, que como siempre, fue incomprendido.

Dos impactos personales se obraron durante esos años de mi vida: la desaparición paulatina, pero incontenible, de unas razas indómitas que poblaban esas regiones, hacía tan solo medio siglo, como dueñas y señoras de aquellos terrenos bravíos, viviendo una vida primitiva; y el cambio radical obrado en el engranaje organizativo de la Iglesia católica, que había promovido el Vicariato Apostólico de Punta Arenas o Magallanes, en **DIÓCESIS HOMÓNIMA, CON OBISPO SALESIANO**. Creo que vale la pena analizar brevemente los impactos, pues pueden presentar consideraciones útiles.

La historia de la Tierra de Fuego, Estrecho de Magallanes, así como la de toda la zona austral, sea la que pertenece Chile, como la que pertenece Argentina en la inmensa pampa, si es sincera, leal y sin parcialidades, tiene páginas negras y empapadas en sangre humana, sembradas de violencias y terror. Las razas aborígenes, indefensas, no pudieron hacer frente a la avalancha de los aventureros

“blancos”, que, con avidez inaudita, invadieron esas tierras, que, aunque yermas, ofrecían posibilidades para la explotación de ganado ovejuno, caballar y vacuno, sin contar otros recursos naturales; y los autóctonos que no abandonaron las zonas más accesibles, fueron pronto diezmados por las enfermedades, el alcohol y los vicios aprendidos de los recién llegados. En los diez años que estuve en esa zona austral, las estadísticas oficiales daban como presentes todavía vivos, de las razas autóctonas de esos lugares, diecinueve miembros de tribus antiguas, en completo proceso de extinción. Este fenómeno de proyecciones humanas incalculables, me llevó automáticamente a mí, a la confrontación con el fenómeno obrado por la Misión Salesiana entre la raza shuar; en poco más de medio siglo, con un trabajo tesonero, desinteresado, inteligente y heroico, los misioneros salesianos había salvado la raza, la habían culturizado, evangelizado y potenciado; algo nuevo en la historia de la humanidad; un fenómeno de trascendencia histórica, pues se injertaba en el conglomerado de una nación; otra nación, sana, inteligente, de seguras potencialidades, patrimonio y riqueza de incalculable valor. Si no intervendrán elementos negativos imprevistos, este fenómeno se lo podrá avaluar en toda su importancia y grandeza en las próximas generaciones.

El segundo impacto fue el paso o cambio de Vicariato a Diócesis, de esa zona de Magallanes. Por cierto que, si los superiores salesianos, en cuya responsabilidad estaba el Vicariato, solicitaron dicho cambio y la Santa Sede convino con ello, deben haber mediado razones de peso. Juzgando como profano y a la distancia del cambio obrado, yo siempre me he preguntado qué ventajas pudo traer dicho cambio; las estructuras eclesiásticas no cambiaron ni podían cambiar; el Obispo siguió siendo un salesiano, las parroquias siguieron siendo regentadas por salesianos; la pastoral no cambió ni podía cambiar en ese entonces, antes del Vaticano II. No existía clero diocesano, ni seminario, ni iniciativas. Todo lo que existía como estructura exterior de culto: iglesias, capillas, implementos para el culto, etc., eran de propiedad salesiana por haber sido procurado y organizado con el trabajo diuturno, duro y según documentación histórica, a menudo contrariado por fuerzas adversas. La división de bienes a que dio lugar dicho cambio, fue algo indiscutible de tejas abajo y el porvenir no ofrecía mayores halagos.

¿Hubo tal vez ansias de anticipar los tiempos? Tal vez se pensó que esto debía y podía servir de estímulo y acicate... ¡Cuántos años han pasado para que se pudiera hablar de una organización diocesana para Punta Arenas! Mientras escribo, vengo a conocer que no hace mucho tiempo, fue consagrado Obispo un sacerdote diocesano de Punta Arenas, Monseñor Goic, al cual conocí como muchacho.

Se me puede preguntar por qué he sacado a colación este impacto personal sobre mi experiencia en Magallanes. Primero: porque fue algo personal y profundo. Segundo: porque oído decir con insistencia que en nuestras Misiones del Oriente ecuatoriano parece que le ha entrado la fiebre del cambio y están reclamando que el Vicariato sea declarado Diócesis, con cuáles ventajas, no sabría ni pensarlo. Pero, si habrá llegado la hora en los planes de Dios, también el Vicariato Apostólico de Méndez será Diócesis y entonces sí, con Obispo ecuatoriano, aunque sea, sin clero propio. Por ahora, el actual Vicariato ha empezado a mover las fichas y ha destinado dos parroquias a dos sacerdotes españoles, que no pertenecen a la Congregación Salesiana. Todo principio es duro y las cosas y los acontecimientos para existir deben arrancar todos de un principio.

Los diez años de parroquia de Punta Arenas, me enriquecieron con nuevas experiencias humanas y religiosas. Fue durante esa larga experiencia que me permití solicitar de mi Inspector de Chile, que es entonces el padre Bertola, el permiso para viajar a Ecuador a despedirme de lo que yo llamaba mamá: señora María Valdez de Dillon, que agonizaba en Guayaquil. Llegué cuando ella ya no me reconocía más; pero era una deuda que yo debía pagar humanamente hacia aquella noble y santa señora, que durante mi actuación como provicario de las Misiones de nuestro Oriente, me sacó de apuros económicos, más de una vez; la que costó siempre y todos mis numerosos viajes de esos tiempos agitados, la que como buena mamá, cuidó que no me faltara nada en mis necesidades como hombre, la que renunciaba a sus familiares, para acudir a pasar las fiestas de Navidad a lado mío, como buena y cariñosa mamá. Dios la debe haber recompensado, como Padre amoroso. Él me privilegió con dos madres de nombre María, su Madre Santísima.

IV REGRESO AL ECUADOR CON MONSEÑOR RADA

Fue en ese viaje a Ecuador, que tuve ocasión de descubrir entretelones insospechados de actuaciones de salesianos a mi respecto, en los últimos tiempos de mi permanencia en el Ecuador, en otro lugar me refiero a esto, con detalles: no me repito.

De veras: “el hombre se mueve y Dios guía”.

Ni en mi viaje a Ecuador, viaje que tuvo una interrupción imprevista e improvisa, ni después, soñaba yo que podría verificarse un regreso mío a Ecuador: “no es ya ambiente para usted”, me había dicho Monseñor Comín, cuando hablé con él en Quito... Y Dios dispuso que, sin pensarlo directamente, recibí orden de Turín, de volver a Ecuador para ponerme al servicio de Monseñor Rada.

Cuando llegué al Ecuador de regreso de las tierras de Magallanes, me había quedado en el alma algo que era difícil de olvidar.

Es verdad: yo había conocido allá en la extremidad del continente americano y en esas tierras en donde el invierno dura nueve meses al año, la pobreza extrema; había conocido vivienda “trogloditas” y había hecho todos los esfuerzos a mi alcance, para dar principio a un movimiento parroquial, dirigido hacia la atención de los más necesitados. Con la ayuda y entusiasmo de los mejores elementos de mi parroquia, formamos un núcleo de la “Conferencia de San Vicente de Paúl”, para nuestra parroquia. Por lo que sé, dicha Conferencia existe todavía, pues anualmente recibo el “informe”, que publican los socios. Ahora que vivo lejos y de recuerdos, me viene espontáneo dejar constancia de una impresión mía personal: ¡qué difícil es saber distinguir y aquilatar la verdadera pobreza! ¡Cuánto más difícil hacer la caridad, sin pretender o esperar recompensa! ¡Y difícil proceder evangélicamente en esa materia: “no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha”! Son experiencias “pastorales que afloran en el ocaso de la vida”.

GUARANDA

Pienso que alguna vez Dios debe repasar las páginas escritas en el libro de la vida, con nuestra “insipiente”. No puedo negar que para mí fue un consuelo volver a tierras ecuatorianas, en donde había traba-

jado por 23 años, ¡los años más activos de mi vida de salesiano! Después de los 60 años, uno empieza a sentir que no puede dar o darse como antes, y hasta las inclemencias atmosféricas le caen pesadas.

¡Guaranda! En mis viejos tiempos corría una expresión, algo satírica: “¡Ah, no es más que Guaranda!” y había un dejo casi de desprecio. En realidad era lugar que se consideraba, en la República, como lugar de destierro político, por su distancia y por las dificultades de acceso; antiguamente debía tener, no solo movimiento, aún económico, sino los habitantes autóctonos, debían vivir una vida primitiva. Situada al pie del majestuoso Chimborazo, sujeta a clima variable, por encontrarse entre las cumbres de los Andes y de la Costa, no era ciertamente el lugar más simpático de la nación.

Cuando las jerarquías eclesíásticas del Ecuador, pensaron en organizar o reorganizar las diócesis, se estableció que cada provincia geográfica, fuera declarada diócesis y tuviera su obispo, su curia, etc.

Guaranda, capital de la provincia de Bolívar; fue declarada Diócesis, conservando el nombre de la capital: primer Obispo fue nombrado; en admirable y acertada excepción el salesiano, Monseñor Cándido Rada, chileno, exobispo de Ancud, que residía, en vía de descanso, en Quito. Pienso que no hubo candidatos para esa sede, que a más de nueva, era difícil y de una extremada pobreza. Monseñor Rada era conocido y estimado en la capital, como insuperable organizador, un volcán de iniciativas, y hombre de recursos de todo género y en todo sentido; muy popular, muy admirado y muy mimado. Durante su estadía en Quito, promocionó y dio inicio a tres obras salesianas de envergadura, que señalaron un cambio radical en las actividades salesianas en la capital: El Instituto Superior de Pedagogía; el Colegio Femenino “Cardenal Spellman” y el colegio homónimo de los salesianos; el de mujeres, a cargo de las Hijas de María Auxiliadora. Pienso que estos fueron títulos más que suficientes para una “apertura” entre el Gobierno Nacional, que vio con agrado el nombramiento de Monseñor Rada como Obispo residencial de una diócesis ecuatoriana de reciente fundación, a pesar de que él no era ecuatoriano.

Llegar a Guaranda y sentir esa ciudad, de inmediato, que pulsaba de una nueva vitalidad en todo su organismo, en sus engranajes y en sus actividades, fue un fenómeno asombroso.

Yo tenía en Quito a dos grandes amigos y bienhechores que lo eran también de Monseñor Rada. Pienso que a insinuación de los dos comunes amigos, Monseñor Rada pidió a los superiores de Turín, que me llamaran de Punta Arenas y me destinaran a su lado, como miembro de su curia diocesana. No conozco los entretelones ni nunca quise averiguar si los hubo y de qué color eran.

Recibí orden de dejar Punta Arenas y trasladarme a Guaranda. Creo que existen las cartas correspondientes entre mis “cachivaches”. Según el tenor de las cartas, yo dependía en todo y por todo de Monseñor Rada y mis relaciones con los superiores religiosos salesianos del Ecuador eran o debían ser tan solo indirectas.

LLEGUÉ A QUITO

En Quito quedé un par de horas, enseguida fui llevado a Guaranda. Mi ocupación: la pastoral diocesana y el cuidado general de la Curia. Mis experiencias: la superactividad y el asombroso espíritu de iniciativas del señor Obispo, me tuvieron en vilo, a pensar de mis años. Además de lo que requería de atenciones la Curia, en donde un excelente sacerdote diocesano, joven, inteligente y activo cargaba gran parte del trabajo, había que actuar en iniciativas y carácter social, económico, tipográfico, construcciones, agricultura, etc. La Diócesis había empezado con espíritu juvenil y continuaba con ritmo juvenil; el Obispo controlaba directa e indirectamente en ella, la educación secundaria, el movimiento de cooperativas, el de promoción habitacional y obrero, el movimiento religioso y por supuesto: la pastoral. Él no se escatimaba en nada ni para nada; él estaba en todo, conocía hasta el último rincón de su Diócesis, tomando una iniciativa de largo alcance, distribuyendo entre moradores del lugar necesitados, una hacienda, propiedad de la Curia: podía decirse que nada se movía en Guaranda y alrededores sin el consentimiento o el acuerdo o sin que lo supiera el señor Obispo. Por supuesto: esta situación le traía también dificultades de toda clase y no todos simpatizaban con su actuación. Creo que esto es inevitable. Alguien en esos tiempos definió a Monseñor Rada ¡“como un sol, que de lejos ilumina y de cerca quema”!

Durante mi permanencia en Guaranda, se ocasionó un largo viaje mío a Europa y Estados Unidos, durante el cual tuve que gestionar

asuntos por encargo del señor Obispo Rada, sea en EE. UU., España, Austria, Alemania. Fue la ocasión soñada y ansiada de visitar Lourdes y muchas otras localidades, y en el regreso, aprovechar para visitar Punta Arenas, en donde tenía que arreglar un asunto legal, con el cual finiquitar el traspaso de una propiedad. Después de mi regreso a Guaranda, como la imprenta de la Curia empezaba a fallar. Con el señor Obispo estudiamos la conveniencia de buscar una empresa o una comunidad, que se hiciera cargo de aquel importante renglón de las actividades diocesanas. Viajé a Bogotá, para tratar de combinar la venida de tres monjitas, cuya actividad pastoral era dedicarse a la prensa y propaganda católica. Se consiguió que ellas aceptaran nuestras condiciones y en pocos meses abrieron su primera casa religiosa, fuera de Colombia, en Guaranda.

EN LA INSPECTORÍA DE CUENCA



Con el arzobispo de Cuenca, Mons. Serrano (de sombrero) y el Nuncio Apostólico Mons. Ferrofino

El trabajo y el carácter exigente del Obispo forzaron mi naturaleza y sintiéndome impar para ambas cosas, solicité del Obispo el permiso para retirarme a la Comunidad Salesiana. Para el caso, ya había hablado con el Inspector de Cuenca, padre Aurelio Pischedda, quien bondadosamente me recibió y destinó a la Casa Inspectorial de Cuenca.

Estábamos en los primeros días de enero de 1966. Acercándose la edad de los setenta, pensé que era hora de reducir toda actividad y contentarme con ayudar en algo, especialmente en la atención espiritual del Santuario de María Auxiliadora. De los viejos misioneros de mis tiempos, no existía más que el padre Carlos Crespi. Monseñor Comín había muerto en Guayaquil, quince días antes de mi llegada a Ecuador desde Chile, los otros compañeros de expedición de 1926, ya se habían ido casi todos. El padre Corso había muerto antes de mi anterior salida de Ecuador, en 1948. El Vicario Apostólico de Méndez, ahora a monseñor José Félix Pintado, español, exinspector del Ecuador, con el cual no tuve muy buenas migas; pues, según tuve la impresión al tratarlo, no le caía yo simpático. Fue también esta una de las razones por las que no me interesé más en las Misiones y de su movimiento; me pareció imprudencia volver a interesarme a esa edad. Según me había referido, muchas cosas habían cambiado y en el espíritu misionero que movía a los salesianos de este tiempo, comparado con el espíritu que animaba a los de mi época, era muy diferente. Corrieron voces que todo lo hecho anteriormente era discutible y muchas iniciativas de mis tiempos, se habían criticado y juzgado severamente. Quizás haya obrado en mí, como hombre, un resabio de resentimiento: se juzgaban personas y hechos de otra generación con criterios de los nuevos cambios y de las nuevas tendencias. Reconozco esto paladinamente.

En la segunda mitad de 1966, el Arzobispo de Cuenca, preocupado por la preparación del IV Congreso Eucarístico Nacional, que debía celebrarse en junio de 1967 en Cuenca, quiso que yo me hiciera cargo de la Secretaría General de dicho Congreso y solicitó el permiso del Inspector para nombrarme. Así sucedió y al final de 1966 y la primera mitad de 1967, me vieron barajarme pobremente en ese nuevo quehacer, que más me preocupó quebraderos de cabeza, que satisfacciones. El Congreso tuvo lugar, presidido por el Cardenal Doefner de Múnich-Alemania y la asistencia del Episcopado del Ecuador. Dicen que resultó bien y con éxito; y durante el mismo, como número excepcional, se consagró e inauguró la nueva catedral de Cuenca. Los paradigmas de cinco que eran, se subdividieron en CATORCE, encargando la atención pastoral parroquial a casa una de las comunidades religiosas, con residencia en Cuenca. Hago resaltar el

hecho, pues debo cargarme la paternidad de la iniciativa con todas sus consecuencias positivas y negativas.

PÁRROCO DE MARÍA AUXILIADORA

En la división de parroquias, lógicamente una fue designada a la comunidad salesiana del Centro María Auxiliadora, otra a la Comunidad Salesiana del Colegio Agronómico de Yanuncay. Los salesianos regentarían tres de las catorce parroquias: había que... “fabricar” a tres nuevos párrocos salesianos. Uno de ellos, para la nueva Parroquia María Auxiliadora, fue naturalmente, el padre Vigna; él debía ser el primero que pagaba “los platos rotos” que él mismo había roto. Y he aquí que, habiéndome hecho religioso para evitar las responsabilidades de la cura de almas en una parroquia, debía redondear y sobrepasar las tres decenas de años pasados en cura de almas en una parroquia. Y ahora... ¡con las nuevas disposiciones y novedades posconciliares!... Tenía 67 años de edad; la parroquia nacía “sin pañales”, desnudita. Con los ojos puestos a... “Cristo que es de plata”, ¡todo por iniciarse, todo por hacerse, con una iglesia-santuario con sus tradiciones arraigadas y sus muros y techos en ruinas!

Tiempos “nuevaoleros”, tiempos de crisis, de alertas, de “ojo al perro que muerde”, de nuevos enfoques y visión de valores, sea sociales, sea religiosos. ¡Anatema a lo viejo, a lo antiguo, a lo tradicional! ¡Cuidado al “triumfalismo”, al “paternalismo” y a otros “ismos” por docenas!... Y así hubo que empezar! Y es sabido que “todo principio es duro y difícil”.

Admitamos que las dificultades, la mayor parte de las veces, son más objetivas que subjetivas y pueden depender de los individuos más que de las circunstancias; pero a veces son realidades que entorpecen una acción. Lo más arduo era crear la idea de la parroquialidad, de la familia parroquial; idea que, a mi criterio, no había existido en Cuenca, pues las cinco parroquias existentes, eran tan solo centros burocráticos para todo lo referente a la administración de sacramentos. Las iglesias, más que parroquiales, eran simples centros de culto, y como, contra cinco que correspondían a parroquias reales, había una docena más en la ciudad, administradas por las comunidades religiosas. Era inevitable que la gente más acudiera para sus prácticas religiosas, a esos templos en donde, existiendo

una Comunidad, había sacerdotes siempre listos a servir en el templo. Hacer entrar a la gente la idea de pertenecer a una parroquia, sujeta a límites geográficos, hacerles entrar que formaban una feligresía, en la que existía un pastor con responsabilidad y autoridad suficiente y necesaria para toda tramitación de carácter canónico burocrático; crear en ellos el sentido de solidaridad cristiana, que por simple, era muy complejo; en una época de transición, en la que se discutía amargamente entre “lippis et tonsoribus”, sobre la oportunidad y conveniencia y lo obsoleto de la institución parroquial, pues los nuevaoleros la declaraban más que obsoleta, pernicioso, por entorpecer la libertad de servir a Dios cómo, cuándo y en dónde se creía y era posible o conveniente... para un sacerdote consciente de la situación, no era tarea ni fácil, ni grata. Así me pareció que pensaban también las comunidades religiosas, que en Cuenca tenían templos, pero no responsabilidades pastorales de parroquia y con la disposición tomada en IV Congreso Eucarístico, debían aceptar esa responsabilidad para poder seguir administrando su templo. Esta atmósfera asomó y rebotó a flote en la primera reunión de superiores religiosos, que el señor Arzobispo provocó en la Curia de Cuenca, para comunicarles la decisión y cruzar ideas en un diálogo abierto. Amén, que naturalmente las cinco parroquias existentes, que se vieron despojar de superficie y de autoridad, intentaron una débil resistencia; sobre todo cuando se trató de definir los límites geográficos de cada territorio parroquial. La firme resolución del señor Arzobispo, por suerte, pudo solucionar las inevitables primeras dificultades, y la iniciativa empezó a caminar. Para darle forma ordenada y paulatina, los nuevos párrocos, los flamantes y los antiguos, acordaron reunirse semanalmente en la Curia, un día y una hora fija, para cruzar ideas y comunicarse experiencias. Cuenca resintió pronto los beneficios de la nueva orientación pastoral parroquial.

En María Auxiliadora, así se llamó y sigue llamándose la parroquia central salesiana, existía un problema de carácter interno: la iglesia que debía ser “parroquial”, era “santuario”, con dimensiones regionales, no solamente urbanas. ¿Cuál de las dos actividades debía primar? ¿No eran antagónicas? El santuario era anterior y tenía sus tradiciones y exigencias, la parroquia tendría que adaptarse y aguantar el papel de cenicienta. La comunidad no estaba preparada para las ideas y urgencias de carácter parroquial.

Se me podrá preguntar por qué he tratado este tópico, con tanta prolijidad, siendo que las cosas son ya sabidas y de suyo casi lógicas. Quizás hayan intervenido para ello dos factores: el primero, que es algo o parte de mi vida o una experiencia fresca todavía, con todo su impacto; segundo, quizás sea este un tópico de los que constituyen un problema de honduras, sobre el cual, o por reflejo, o por reacción, vuelve mi psicología con insistencia. Han cambiado tantas cosas y siguen cambiando en todo orden de ideas y de vivencias que, creo imposible, para un viejo, evadirse del todo o echarlo todo en la alforja del olvido.

Entre éxitos y fracasos, entre ensayos y experiencias, la vida parroquial se encaminó, cobró fuerzas y empezó a cuajar. Pero el panorama era complejo y uno de sus perfiles sobresaliente era el estado decrepito de la iglesia-santuario, nuestra casa parroquial dedicada a Dios, había que pensar con urgencia en una sustitución, antes que en unos arreglo, de cualquier dimensión. Antes de lanzar la idea de una nueva Iglesia, había que discutir, planear, cotejar y estudiar todo pro y todo contra. Cuando se convino que no se podía esperar y que se debía afrontar la situación, se empezó a publicar la iniciativa: el templo antiguo debía ser demolido por amenazar ruina y se debía construir otro, más amplio y más funcional.

Y tuvimos que pasar por la prueba de fuego. Pues, hasta por la prensa se nos criticó como “triumfalistas” extemporáneos, faltos de sensibilidad hacia las necesidades del pueblo, que sufría y moría de hambre, mientras nosotros gastábamos millones en templos que resultaban obsoletos e innecesarios; y no sé con cuántos argumentos más, se nos echaba el muerto auestas. Era el aire que se respiraba en el ambiente general de esos años exactos, el templo surgió de la nada, airoso, moderno, funcional y cómodo. La mayor accionista para los gastos de la “empresa” que parecía locura, fue la misma Virgen Auxiliadora, que nos mandó oportuna y continuamente los recursos económicos necesarios para terminar su Casa. Cuando se consagró el nuevo templo, no quedaba un sucre en caja, pero tampoco no se debía un sucre. “La Virgen se buscó los medios necesarios para su Casa: cada piedra y cada ladrillo en ella, es la historia de una gracia o un milagro obrado por Ella, en favor de sus devotos. La historia se repitió hasta en los detalles”.

Mi larga experiencia de vida parroquial me aconsejó primero y me impuso después desde los inicios, un sistema de actuación sea práctica, sea en la catequesis, que quizás merecía ser criticada o cuando menos, ser clasificada como demasiado personalista. Me consta que no a todos cuadraba mi proceder. Debo hacer constar que, si bien teóricamente la Comunidad Salesiana era la responsable de la parroquia María Auxiliadora, prácticamente yo me encontraba en todo lo que se refería a vida parroquial. Como era de preverse, adquiriendo forma, organización definitiva, la parroquia empezó a exigir atenciones múltiples de toda clase, no solo para el Centro, sino y con insistencia, para los barrios más alejados del centro, así como las Instituciones, sobre todo de carácter escolar, que eran numerosas dentro del perímetro de la parroquia. Y mi vida empezó a complicarse, a dividirse y a subdividirse; épocas hubo, en que la pastoral dominical requería cinco y hasta seis celebraciones eucarísticas por mi parte, todas ellas con homilía. Y como había puesto la costumbre que en la Iglesia Parroquia, el párroco en persona, antes de cada una de las misas, empleara los primeros minutos para la catequesis parroquial en forma llana y popular, casi dialogada, domingos había en que me tocaba predicar nueve o diez veces, entre la mañana y la noche. Sé que alguien las definió “exageraciones superfluas”. No me toca ciertamente a mí pronunciarme al respecto; para mí, eso era un deber sagrado, inaplazable, insustituible; lo demás podía ser retórica o especulaciones. Mi edad y mi experiencia, ya no estaban para eso.

A mí no me toca fisgonear esta materia. Puedo aquí hacer mención a algo que me sucedió repetidamente en estos últimos años: encontrarme con personas ya maduras en edad, que me detienen en la calle o me escriben. “Padre, debo darle gracias. Yo asistí a su retiro espiritual 30 o 40 años atrás. Todavía recuerdo sus sermones...”.

DIRECTOR DE PAUTE-YUMACAY

Y un buen día, terminado el templo, hecho andar al aparejo en el andamiaje, aunque todavía algo inseguro, de sopetón, en pleno patio, el Inspector, parándose frente a mí, me espeta: “¿Usted, dónde quiere ir?” Respondí: “¿Por qué la pregunta?”. “Es que viene otro a sustituirle. Así de improviso y de telegráfico. Un rápido examen de conciencia: ¿Qué habré hecho mal esta vez? Todavía no cumplo la

edad canónica – 75 años. No he pedido que me cambien. Nadie me ha hecho oler, siquiera, que debía “desalojar” para dar lugar a otro, que venía de Roma, después de un “cursillo”, luego... “aggiornato”, con ideas nuevas y “frescas”, para refrescar lo decrépito de la parroquia salesiana de María Auxiliadora, fundada seis o siete años antes. Hay que llegar a los 49 años de sacerdocio y a los cincuenta y cinco de profesión religiosa para encontrarse de sopetón frente a una sorpresa tamaña.

La sorpresa y la reacción, si la memoria no me traiciona, fueron espontáneas.

Paute fue una donación hecha al padre Vigna; su clima era suave y las responsabilidades reducidas. “¡Prefiero retirarme en Paute, para mis últimos días!”...

Y partí a Paute: dos salesianos: un sacerdote y un hermano coadjutor, quien, por su iniciativa personal, aprobada por los superiores, daba albergue y cuidaba de un centenar de chiquillos estudiantes en el colegio Agronómico Fiscal de Paute y pertenecían todos ellos a poblaciones aledañas a Paute y a familias generalmente campesinas. Prácticamente eran como internos, pero no tenían asistencia religiosa en Yumacay (así se llama ese sitio en donde existía nuestra obra). Pensé que, ya que no servía para una parroquia, podría ser útil como sacerdote en un lugar que representaba para mí, una página de vida misionera. La obra dependía, en ese tiempo, todavía del Vicariato Apostólico de Méndez, al cual y para el cual yo había aceptado la donación. Algunos años más tarde, el Señor Vicario, cederá a la Congregación la hacienda y la obra de Yumacay.

El sitio y la obra no carecían de incentivos para el apostolado sacerdotal, y pronto me encontré envuelto en actividades ministeriales, rogado o invitado por el párroco de Paute, de modo que mis días se llenaron rápidamente. Con los “internos”, mi intervención no era del todo directa, pues el hermano que había organizado la Obra, retenía prácticamente en sus manos, con la administración, también la dirección.

Tal vez, debido a mi edad, a mi formación, a mi carácter o a mi psicología, después de algunos meses, haciendo notar algo que a mí me

chocaba, se originó algún roce en el hermano, roces que, por falta de humildad y elasticidad por parte mía, fueron tomando cuerpo y me para otro lugar.

Durante ese par de años, la Inspectoría de Cuenca que anexada a la de Quito y de las dos obras, se hizo un solo cuerpo. Fue el nuevo Inspector de la única Inspectoría ecuatoriana que generosamente acogió mi solicitud y me destinó al Colegio Cristóbal Colón, desde donde escribo estos garabatos.

DEFINITIVAMENTE EN EL COLEGIO CRISTÓBAL COLÓN



En el patio del colegio Cristóbal Colón (el tercero desde la izquierda)

Al Colegio Cristóbal Colón volvía a los treinta y cuatro años, el 15 de mayo de 1974.

Aquí estoy y de aquí estoy pergeñando estas notas deshilvanadas y casi sin ilación lógica. Y confieso que mi estado psicológico no es de los más serenos ni equilibrados; pues todo se me abulta y complica, sea en la visión panorámica general y personal, sea el modo de enfocar y juzgar las personas, los acontecimientos y las cosas. Que viva “traumatizado”, creo que debo persuadirme que ni debe ser un misterio para mí, ni debo, como el avestruz, escondérmelo. Hay co-

sas que no las veo claras, que no las entiendo bien, que se me desdobl原因, que me provocan hacer comparaciones o confrontaciones. A menudo ando confundido, no sabiendo más valorar las situaciones y los acontecimientos... ¿Por qué han cambiado ciertos planteamientos de carácter ascético y místico? ¿Por qué estoy tentado de pensar que se están tergiversando ciertos valores y ciertas normas que aprendí a considerarlas intocables o inamovibles? ¿Estoy anquilosándome o se están esclerotizando o atrofiando mis facultades y sentidos interiores, haciéndome insensible, miope o présbite? ¿Es la vejez, que avanzando trae desenfoques, rigidez, abulia o una desazón sin fin?

SESENTA AÑOS DE VIDA CONSAGRADA, que debió ser dedicada a tiempo y fuerzas completas, a Dios y a sus derechos, con un cambio lento, pero radical de 180 grados en la ruta y... el término del viaje a la vista...

Se habló y se habla tanto de la “Nueva Pentecostés”, obrada en el seno de la Iglesia católica con el Vaticano II. ¡Puedo pensar y decir lo mismo de la vida religiosa salesiana, como hoy la vivo yo? No me atrevo a extender la pregunta más allá de los límites míos personales: ¿quién me autoriza a juzgar a los otros?

Al que lea lo escrito anterior, se le vendrá espontáneo decirme: ¿por qué lo has hecho, escribiendo lo que has escrito? No creo haberme excedido en crítica, pues me propongo y esfuerzo por reflejar mi estado de ánimo, mi modo de pensar, mi criterio personal. Que si me he propasado, reconozco mi parcialidad, mi error y pido excusas y perdón. El problema para mí ahora, es otro, se me presenta bajo otro aspecto.

En la euforia de la “renovación en la maraña” de argumentaciones y palabras que corren al respecto; en medio de la resistencia activa, y pasiva que se nota, especialmente en las generaciones religiosas nuevas, por todo lo que antes se anotaba como valor moral o espiritual: por ejemplo: la disciplina, la puntualidad, una cierta jerarquía aun de carácter humano y comunitario, la idea de recogimiento espiritual, etc... ¿Qué es lo que se puede o se debe aceptar o rechazar?

Naturalmente doy por descontado que, a mi edad, todo cambio suena destemplado; pero es que ya yo no estoy en condiciones de

aquilatar lo que tiene valor y lo que es tan solo lastre, y por lo mismo debo aceptar que lo pasado huele a erróneo u obsoleto, y el Espíritu Santo ya no actúa en mí, o ¿los ensayos y sistemas actuales son ensayos peligrosos o atrevidos? ¿A qué se debe que hasta el Sumo Pontífice en sus alocuciones públicas continúa reclamando para que volvamos a los valores olvidados?

Hace un rato me cayó entre manos un apunte personal, sin fecha; lo voy a transcribir, porque refleja un fondo de sentimiento que se están volviendo “obsesionante” en mí. Va al texto: “Nuestra vida práctica es dura y en su cruda realidad humana, religiosa y sacerdotal. “Humana”: frente a las incomprendiones, a las pequeñeces, a las limitaciones, al roce y choque de caracteres: cada quien es único.

“Religiosa”: no siempre la Comunidad es terreno de cultivo, fértil o fertilizado: puede ser paralizante, cohibido. Muchas veces las virtudes humanas no son apreciadas o cultivadas; y sin ellas, las virtudes cristianas y religiosas pueden embotarse, atrofiarse o naufragar. No se excluyen en las comunidades los excesos o defectos propios del mundo: envidias, incomprendiones, alegrías, o de los intereses de la Congregación o de la comunidad...”. Hasta aquí el apunte.

Y encuentro que, aun cuando el apunte resienta de un poco de pesimismo, y tal vez sea reflejo de un momento de depresión psicológica, contiene un fondo de verdad indiscutible. Con razón se dice que nadie es perfecto; que la vida religiosa no es sino un camino libre, voluntario y consciente, de esfuerzos continuos para llegar a ser menos imperfectos; que las Comunidades no son reuniones o Centros en los que actúan personas ya perfectas: son “hospitales”, en cuyas camas hay enfermos diferentes, con enfermedades diversas, que reclaman una atención y un tratamiento particular y diverso. Todo esto, en el marco clásico de una disciplina común y del respeto a una jerarquía de valores conocidos y aceptados por todos, pienso que la cosa debería caminar con más facilidad y menores resistencias.

TOTAL: a lo mejor estoy divagando, perdido en especulaciones teóricas, mientras en el contexto de mis “disparates”, manifiesto que soy o me vuelvo alérgico a los especulativos e ideal, para vivir con los pies en el suelo.

Tengo que amainar las velas, pues es hora.

Al cerrar estas cuartillas, pienso que es mi deber, y no me parece fuera de lugar, agregar como colofón, unas notas que desde hacía tiempo yo tenía pergeñadas y guardadas, por si llegara el tiempo que me decidiría a escribir algo sobre mis sesenta años de PROFESIÓN religiosa. Era como una especie de plan o programa que debía servirme de pauta. Al releerlo ahora al despedirme, se me ocurre sonreír. ¿No será que algunas veces nos volvemos instrumentos involuntarios o inconscientes de algo que se nos escapa a la consideración o a las proyecciones...?

El 7 de octubre próximo, si Dios para esa fecha no me habrá llamado a dar cuentas, mientras sentiré una gran necesidad de decirles a Él "GRACIAS", así de grande, por cierto, no podré hacer al menos sentir un estremecimiento de miedo y pavor: ¿Cuál de los dos platillos de la balanza de Dios irá para abajo?

¡Qué Dios tenga una gran compasión para su criatura: "hechura de tus manos, Señor. No permitas que tu enemigo se ría de Ti y de mí. Me hiciste de barro y Tú sabes que el barro no tiene consistencia ni resistencia: con facilidad se agrieta por el viento o se vuelve fango por la lluvia y se ensucia por los vendavales. Si Tú te olvidas que me creaste en un acto de amor, me redimiste con un acto de amor, me llamaste por un acto de amor privilegiado y me llevaste de la mano por tantos años y por tantos lugares. ¿Te quedarás ahora solo mirando o juzgando lo negativo en mí, la obra de mi miseria y de mí nada? ¿No se dirá que te contradices?

¡Ya sé que puedes reclamar lo que yo dañé de tus obras o en tus obras, ya sé que puedes apelar a las proyecciones de mi actuación indignas de Ti! Pero, si yo me voy lejos de Ti o Tú te apartas de mí, ¿Qué es lo que queda de mí y de tu Obra en mí?...

¡Vamos, Jesús! Cierra un ojo y como lo has hecho por 80 años, apúntala esta pobre planta de tu jardín...! ¡Tú sabes que te quiero, Señor...! ¡Aumenta en mí tu amor!

Guayaquil, 1 julio de 1979.

ANEXO

LA INSPECTORÍA SALESIANA DEL ECUADOR, EN LOS DECENIOS DE 1920-1930-1940

Vista por los ojos y recuerdos de un salesiano que actuó en ella durante ese período

Aunque sienta mis limitaciones y comprenda mi “responsabilidad”, juzgo poner como proemio de estas páginas, la referencia al sueño-visión de Don Bosco, del 30 de agosto de 1883 y extractar de esa famosa visita anticipada del santo a las obras salesianas, que surgirían entre paralelo y paralelo de la América del Sur, una alusión muy decidora e ilustrativa. Aplicada a la obra salesiana del Ecuador, la enfoca total y completamente, a tal punto que en leerla, se puede tener la sensación que el santo la pronunció, teniendo ante la vista el desarrollo de los acontecimientos que estructuraron la Inspectoría Salesiana del Ecuador, durante la primera mitad de este siglo XX.

En los Anales Salesianos consta que, en 1885, el Subsecretario de Educación del Ecuador, señor Tobar, en una exposición ante la Cámara de Diputados, sobre las necesidades de la Cartera de Gobierno que él representaba, insistió sobre la urgencia de crear escuelas profesionales para los hijos del pueblo y, para ello, solicitaba del Gobierno que se dirigiera a los salesianos de Turín – ITALIA, para que Don Bosco, enviara algunos miembros de su Congregación y abrieran una Casa de Educación Popular de Artes y Oficios en la capital. El Presidente de la República, señor Caamaño, juntamente con el Arzobispo de Quito Monseñor Ordóñez, enviaron enseguida una solicitud oficial con este fin, al Cónsul General del Ecuador y Ministro Plenipotenciario, señor Flores, encargándole que se trasladara a Turín y consiguiera de Don Bosco que accediera a esta solicitud. El mismo señor Arzobispo Ordóñez, en su viaje a Europa, se llegó a Turín el 5 de enero de 1887 y personalmente solicitó del santo fundador, cuatro salesianos para la obra de Quito. Don Bosco accedió, con la condición de que Roma no se opusiera, por ser que, canónicamente, la obra debería iniciarse con un número inferior al establecido por las leyes canónicas. El Sumo Pontífice León XIII no solo

no se opuso, sino que estimuló la iniciativa y Monseñor Ordóñez, regresando a Turín, firmó un convenio con Don Bosco, con carácter oficial, el 12 de febrero de 1887.

El 7 de marzo del mismo año, Don Bosco escribió personalmente al presidente Caamaño.

En el Convenio Oficial constataba que el Gobierno del Ecuador sufragaría los gastos del viaje de los salesianos, Turín-Quito. El 6 de diciembre de 1887, en la Basílica de María Auxiliadora de Turín, se verificó el solemne adiós de los misioneros destinados a Quito, presente Don Bosco, ya achacoso y mal de salud. El jefe de la expedición señalado por Don Bosco era el padre Luis Calcagno y con él iban los padres Fusarini, Santinelli y Mattana y, además, dos clérigos y dos coadjutores.

Después de un viaje por mar que duró 53 días, el 28 de enero de 1888, el padre Calcagno telegrafiaba desde Quito a Don Bosco, que habían llegado sin novedad y Don Bosco ya moribundo, a quien le leyeron el telegrama el día 30, abriendo los ojos, dio su última bendición, dirigida a los salesianos del Ecuador.

EL SUEÑO DE DON BOSCO

Y ahora es el turno de referirme al citado sueño-visión de 1883, para que, aplicándolo a la Obra Salesiana del Ecuador, intentemos barruntar el modo de proceder de Dios y la parte profética en dicho sueño de Don Bosco.

Dice el sueño así: “Y he aquí que llega Don Lago, que traía una canasta de higos pequeños y verdes, el cual me dijo: Tome, Don Bosco”.

—¿Qué me traes?, pregunté yo, mientras me fijaba en el contenido del canasto.

—Me han dicho que se los traiga a usted.

—Pero estos higos no son comestibles. No están maduros.

—Entonces un joven amigo tomó aquel canasto, que era muy ancho, pero que tenía muy poco fondo, y me lo presentó, diciendo: “He aquí el regalo que le hago”.

-¿Y qué debo hacer con estos higos?

-Estos higos no están maduros, pero pertenecen a la gran higuera de la vida. Debes buscar la manera de hacerlos madurar”.

-¿Y cómo? Si fuesen más grandes se podrían hacer madurar con paja, como se suele hacer con los demás frutos; pero tan pequeños y tan verdes. ¡Es imposible!

-¡Muy al contrario! ¡Tiene que saber qué para hacer madurar estos higos es necesario que todos ellos se unan de nuevo a la planta!

-¡Eso es increíble! ¿Cómo hacer?

-¡Mire! Y tomando uno de aquellos frutos, lo introdujo en un vaso lleno de sangre, después en otro vaso de agua y dijo: “Con el sudor y la sangre, los pueblos quedarán de nuevo unidos a la planta y serán gratos al dueño de la vida”.

-Yo pensaba: pero para conseguir esto se necesita mucho tiempo. Y seguidamente dije en alta voz: ¡“Yo no sé qué decir! Pero aquel joven, para mi tan querido, leyendo mis pensamientos, prosiguió: “Esto se conseguirá antes de que se cumpla la segunda generación!”

-¿Y cuál será la segunda generación?

-“La presente no cuenta; habrá una y después otra”.

Hasta aquí la referencia a la parte del sueño del 1883 que puede interesarnos, aunque sea indirectamente.

Siguiendo la historia de la Inspectoría Salesiana del Ecuador, el 15 de abril de 1888, el padre Calcagno inauguró solemnemente los “Talleres Salesianos del Sagrado Corazón de Jesús”, en el edificio del Protectorado que habían abandonado los Hermanos Cristianos (lasallanos), abriendo los talleres de albañilería, del trabajo del sombrero de paja toquilla (Panamá o Jipijapa), del trabajo del caucho y del aprovechamiento de la cabuya.

Más tarde, y siguiendo el sistema y ritmo salesiano, se abrieron las casas de Cuenca, Riobamba, Sigsig y el Vicariato Apostólico de

Méndez y Gualaquiza. Los higos comenzaban a florecer y a cuajar los frutos; ellos eran chicos y verdes todavía.

En 1895 se declaró en el Ecuador una revolución de carácter masónica, liberal. Uno de los primeros actos de la revolución fue cerrar los Talleres Salesianos y desterrar a los religiosos. Aquí dejo la pluma a manos más duchas y pulidas que las mías y traslado la atención mía y ajena, hacia el folleto de las lecturas católicas, titulado: “DESTIERRO”, de los primeros Misioneros Salesianos de Quito”, de la editorial Don Bosco de Buenos Aires, edición 1954. Este folleto, con su lectura, nos obliga a aplicar la parte del sueño de Don Bosco de 1883, referido anteriormente, a la Obra Salesiana del Ecuador.

Los salesianos de Quito fueron desterrados; pero la semilla estaba echada y la planta no había muerto. Subrepticamente, el padre Guido Rocca, entrando por Colombia, regaba y cultivaba la planta en Quito. En Cuenca y en el Vicariato Apostólico, haciendo caso omiso de las excomuniones, amenazas y decretos del Gobierno liberal, se seguía trabajando sigilosamente, pero no sin flores y frutos. ¡Estos debían seguir el trámite señalado en el sueño “ser bañados en sangre y agua para madurar” y el proceso no seguía el ritmo humano deseado por los hombres; seguía el reloj del tiempo y de Dios!

Al proponerme esbozar por escrito, una visión panorámica, aunque sea parcial y telegráfica de la Obra Salesiana en el Ecuador, confieso que me doy cuenta de las dificultades y peligros que entraña la “empresa” y debería sentir miedo. Escribir sobre una persona o esbozar un “flash”, sobre un individuo de quien poseo un relativo conocimiento, mientras me esforzaba de dejar cristalizadas algunas impresiones, me daba la impresión que me había embarcado en una barca que hacía agua y en un mar agitado. Ahora me doy cuenta que, atreverme a verter ideas o impresiones personales sobre una institución compleja y complicada, es “¡camisa de once varas!”, Dios perdona si esto es fruto de orgullo o presunción y los que lean “esto”, no se escandalicen y perdonen mi locura.

Yo llegué a esta Inspectoría, a la cual fui incardinado de inmediato, a fines de 1926; es decir: cuando la Inspectoría, como institución religiosa, contaba ya alrededor de cuarenta años de existencia. Según la medida de tiempo usada en el citado sueño de 1883 de Don

Bosco, estábamos en plena “segunda generación” de salesianos: la planta de higos debía estar en florecencia, pero los frutos, si los había, debían estar todavía verdes, pequeños y agrios. Los dos vasos de sangre y agua del sueño estaban ya listos y llenos, hasta casi al rebasarse. ¡Los frutos deberían ser pasados a través del anunciado proceso para ser vueltos a la planta madre y madurar!

A la distancia de medio siglo, sentados sobre un mojón colocado en sitio privilegiado, automáticamente hoy se exclama: no nos dábamos cuenta del fenómeno y achacábamos los fracasos y las derrotas a deficiencias humanas o a acontecimientos ambientales. Ahora decimos: “Los molinos de Dios muelen despacio, pero siguen moliendo”. En esos tiempos, no siempre sabíamos leer en el libro de Dios y medíamos los hombres y los acontecimientos con el metro humano.

En uno de mis “ensayos” anteriores, me esforcé para trazar un cuadro, lo más real posible, de la situación ambiental ecuatoriana de esa época, en lo referente a la vida social, económica, cultural, religiosa y moral, pues el hombre que con sus actuaciones plasma ese ambiente, no siempre puede sentirse libre de influencias del mismo. Influencias que, prácticamente, lo condicionan en su modo de ser, de pensar y de obrar. La Obra Salesiana en el Ecuador no andaba exenta del fenómeno de resentirse del medioambiente y quedar casi condicionada por él.

ESTANCAMIENTO

En 1926, allá por los meses de noviembre-diciembre, cuando yo pisé por primera vez tierra ecuatoriana, la Inspectoría Salesiana del Ecuador comprendía, si bien recuerdo, las siguientes obras: en Quito-La Tola, con Escuelas de Artes y Oficios; en Riobamba, una iglesia semipública y un colegio con primaria, secundaria y comercial con internado e iglesia pública; en Guayaquil, el Colegio Cristóbal Colón, con secundaria y escuela primaria y comercial, con internado e iglesia pública 4; el “Santistevan”, con escuela primaria e internado (Obra de la Beneficencia de Guayaquil). En Cuenca existía la Casa Central de las Misiones, que era Aspirantado con secundaria e internado e iglesia pública (santuario). En Sígsig existía un santuario público de María Auxiliadora y anexa una escuela primaria de varones, sin internado: era paso obligado para entrar a la Misión de

Gualaquiza. Existía en El Pan-Azuay, una parroquia administrada por los salesianos, pues era paso obligado para entrar a la Misión de Méndez-Kuchantsa y Macas. Los Centros de Misiones en el Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza, eran Gualaquiza, Aguacate, Indanza, Kuchantsa, Macas. Solo Macas tenía escuela primaria de varones, sin Internado. Era Inspector en esa época, el padre Luis Comoglio, pero era patente, que más que el padre Comoglio, quien actuaba y daba la nota dominante, era el padre Gialorenzo, uruguayo. Los salesianos que formaban la Inspectoría no pasaban de un centenar. (Basta controlar en el catálogo de la Congregación de esa época).

Quizás sea conveniente trazar aquí, una “radiografía” del padre Gialorenzo, por supuesto, así como lo he visto y conocido yo. Yo pienso que, habiendo él influido tanto en la Inspectoría, con su carácter y con su actuación, sea útil tener una idea de su perfil humano y religioso.

Hombre de pocas palabras, estatura regular, cabellos y ojos negros, rostro ovalado, presentación exterior, impecable: usaba lentes. No era afectado en su modo de hablar, de caminar o de actuar; pero fácilmente asomaba en él su preparación cultural, sea profana, sea sagrada, que tenía un fondo excelente. Si se presentaba la ocasión, no dejaba de hacerlo resaltar. Su formación salesiana era de molde antiguo, un tanto rigurosa y exigente. En sus afirmaciones, era dogmático y, como era de visión panorámica algo reducida y por naturaleza aferrado a su modo de pensar, siendo él Vicario Inspectorial, se comprenderá fácilmente como sus decisiones tenían proyecciones y alcance inspectorial.

Poseía una característica que parece casi una nota contradictoria: no era hombre con carácter fuerte para imponerse y frente a un carácter “templado” o frente a situaciones que le parecían de dimensiones más grandes que la suya, fácilmente daba la sensación que se acobardaba y se encogía. No era precipitado ni indolente; pero sí era calmoso. Conservador por naturaleza y por formación, automáticamente era contrario a todo lo nuevo que se presentaba con líneas originales, pero fuera de la tradición. Era más fácil definirle: hombre estático antes que dinámico.

Como se movía dentro de un molde conocido, admitido y aceptado, hablaba poco y sin alterarse, casi monótono. Su palabra y su criterio terminaban por ser determinantes.

¡Así me explico la influencia que ejerció por algunas décadas, en la Obra Salesiana del Ecuador, el padre Gialorenzo! Fue director repetidamente en La Tola; director del Filosofado y Teologado de El Girón de Quito; Vicario Inspectorial; factótum de la Inspectoría. No podía causar extrañeza que la Inspectoría girara un poco alrededor de la persona del padre Gialorenzo y que él fuera un elemento “decisivo” y preponderante en el desarrollo de la Obra Salesiana.

Como mi esbozo sobre la Inspectoría abarca tres décadas, tengo que extenderme en un lapso de tiempo en él que, en la Obra Salesiana del Ecuador, hubo cambio de inspectores y durante el cual, los salesianos abarcaron obras y actividades múltiples y la Obra Salesiana cobró fuerzas y tomó su forma definitiva. No cabe discutirlo: la fisonomía de una obra se resiente y plasma casi siempre según las personas que actúan en ella y, por supuesto, aún según lo requieren o lo exigen los tiempos que evolucionan o las circunstancias ambientales en que ella se mueve. Las tres décadas consideradas por mí fueron tiempos de grandes transformaciones sociales, económicas, educacionales y hasta morales. Los inspectores que siguieron al padre Comoglio, primero el padre Pablo Montaldo y después del padre José Corso, contribuyeron decididamente para los cambios profundos que sufrió la Obra Salesiana y por ende, la Inspectoría del Ecuador.

La visión panorámica relativamente fácil de captar, aún para un ojo profano, poco avezado o práctico, del conjunto de la Inspectoría, a mi llegada al Ecuador, era algo deprimente para un salesiano, que venía del Centro de la Obra Salesiana. Los colegios y las Obras eran “pobres” en todo sentido: en organización, en preparación aún humana, en presentación, en personal, en actividades. Se barruntaba con facilidad, la falta de cohesión, de iniciativas dirigidas, de planificación organizada, de disciplina, aún religiosa. Se percibía la sensación que la Obra caminaba por espíritu de inercia, pero le faltaba aliciente, entusiasmo, fuego que calentara e impulsara hacia una superación.

Admitamos que la Obra adolecía de algo que formaba el ambiente, la atmósfera que respiraba y la condicionaba; admitamos también que el personal tal vez no estaba a la altura de las exigencias del momento; pero viene espontáneo e inevitable el recuerdo del sueño de 1883 de Don Bosco.

Si tuviera que sintetizar mi criterio y mi juicio sobre los primeros tiempos de mi llegada a Ecuador, sobre la situación de la Inspectoría, me atrevería a definirla así, aunque se me tache de pesimismo, de parcialidad o peor de animosidad. La Obra Salesiana vivía en estado de pobreza económica, casi total, casi de miseria. Toda la Obra en sus manifestaciones, adolecía de deficiencias de todo género: el individuo, para rendir, necesita de un ambiente suficientemente confortable; en caso contrario, hasta su estructura psicológica se resiente, puede embotarse, atrofiarse, ensimismarse o encogerse. Ideas y sistemas anticuados y caducos reinaban también en el ambiente salesiano de esa época, que yo llamaría “primitiva”, refiriéndome a mis primeras experiencias. Entre el personal salesiano, fácilmente, se notaba desorientación, apatía e indisciplina. No es fácil, a distancia del tiempo, localizar con precisión y acierto, las causas; quizás, la indecisión, la falta de iniciativas en los directivos, quizás los elementos heterogéneos que formaban el personal salesiano de entonces: muchos extranjeros, casi la mayoría. El elemento autóctono, amorfo. Existía una falta de preparación aún humana, no solamente cultural, que afectaba la casi totalidad del ambiente salesiano de la Inspectoría. Naturalmente todo esto se proyectaba fuera de nuestro ambiente propiamente religioso y esto, causaba confusión en el criterio de la gente y hasta de la jerarquía eclesiástica y estatal.

Me queda un recuerdo negativo de esa época. Cuando, por obediencia religiosa, me hice cargo de la dirección del Colegio Cristóbal Colón, el mayor colegio que la Congregación regentaba en el Ecuador en 1939, todavía tuve que constatar y sentir las consecuencias de las ideas que la Curia episcopal de Guayaquil, tenía de los salesianos, así como los padres jesuitas de esa época y siento todavía esos sentimientos de reacción violenta que experimenté entonces: los “salesianitos” sirven para “zapateros y para diaconar en las misas de la Catedral”.

EL PADRE MONTALDO

El nombramiento del padre Montaldo como Inspector, si bien su presencia trajo expectativa entre los salesianos, pues él venía de México y era sabido que, en esa nación, la organización política reinante había obligado la Obra Salesiana a renunciaciones dolorosas, reduciéndola en sus actividades a una vida semioculta, señaló un cambio radical de dirección en la Inspectoría del Ecuador.

El perfil humano y religioso del padre Montaldo, no me parece ni difícil ni complicado. Hombre de estatura menos que normal, cuerpo frágil, cabeza grande, frente alta, mirada profunda, escrutadora; movimientos equilibrados, casi lentos; de pocas palabras. Espíritu sutil que sabía captar el sentido oculto de las palabras. Hombre de sentido común y criterio práctico, excelente; gusto estético asaz pronunciado, buen psicólogo y hombre navegado en el gobierno de los hombres. Su preparación cultural, si no era sobresaliente, era descollante, su presentación, impecable. No disfrutaba de una salud robusta.

No era orador, pero, sí excelente predicador. Su espíritu salesiano y sacerdotal eran de altos quilates, sin excesos, exageraciones o exhibicionismos. No era rigorista y carecía absolutamente de tendencias jansenistas. Era natural del Piamonte y pertenecía a la provincia de Cuneo y llevaba con orgullo las características de su tierra: tenacidad, espíritu de trabajo y de sacrificio, equilibrio moral y humano. No era un sentimental, pero no era por cierto un hombre frío o calculador; gustaba de lo bello y de lo bueno y de la alegría que presentaba la vida, como sano y atractivo.

Lo han definido: hombre de carácter débil. Para mí que fue un hombre "prudente", que había tenido que aprender a adaptarse, especialmente en México, a situaciones de toda índole, para poder ser útil, para estar al servicio de los demás y para salvar lo salvable.

De carácter suave y recto, el padre Montaldo fue tolerado por el personal salesiano, pero con su proceder rectilíneo y atinado alcanzó a despertar energías latentes y poner en actuación iniciativas estimulantes. Durante su administración, la Obra Salesiana se extendió. Se abrieron nuevas casas salesianas y se empezó a sentir nuevas inquietudes y a barruntar un nuevo porvenir. Los higos eran todavía

tiernos y había que regarlos o mojarlos todavía en sangre y agua; pero ya empezaban a adherirse a la planta y a engrosar. Sea en la Costa como en la Sierra y en las Misiones hubo fundaciones nuevas, que, naturalmente, nacidas en las estrecheces y reclamadas por las necesidades del momento, luchaban por la vida y buscando su orientación definitiva. El personal salesiano iba paulatinamente en aumento, pues no escaseaban las vocaciones, especialmente en la Sierra. Ya se perfilaba la necesidad de elevar el nivel de preparación cultural de los salesianos. Hasta entonces, tal vez por ley de inercia o por falta de acicate, entre el personal salesiano, no existían títulos académicos, o si los había, eran de segunda o tercera categoría y muy reducidos en número. Eran tiempos aquellos en los que no hacían mayor falta, ni para el magisterio, ni para la educación. Si existían títulos entre los salesianos, en su mayoría debían ser extranjeros.

En el ambiente de las misiones, quien había hipotecado y monopolizado casi toda la actividad, con sus consecuencias positivas y negativas, era el padre Carlos Crespi; hombre de empuje, de una actividad sorprendente, un vivero y hormiguero de iniciativas. Los directivos de las misiones no descollaban por cualidades organizativas especiales y frente al torrentoso padre Crespi, se dejaron arrastrar. Por supuesto, la impronta del hombre se reflejó en la Obra Misionera, con el peligro de resentirse de su precipitación, desorden y superficialidad. Por suerte, la acción de conjunto del personal de las misiones se impuso y ladeó paulatina e insensiblemente el poder fascinador del padre Crespi.

Uno de los mayores problemas que notábamos los salesianos del Ecuador de esa época y que siguió arrastrándose por años y yo no tuve la suerte de ver solucionado, era el roce patente que existía entre los intereses de la Inspectoría, entendida como la parte de la obra que no tenía actuación directa en el Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza y las misiones propiamente dichas. El personal de la primera no aceptaba ser destinado al trabajo de las misiones, pues se sentía “rebajado” y, como reacción casi inevitable, el personal que trabajaba en las Misiones, no aceptaba fácilmente o sentía resistencia a ir a trabajar en casas que no fueran de la Misión. El personal de la Misión achacaba, a boca chica, y no siempre a boca chica, la despreocupación del Inspector y su consejo por las misiones y re-

clamaba una separación, aun canónica, en la dirección del personal de las misiones. Este era un sentir generalizado entre los misioneros que se sentían “extraños” en los ambientes salesianos fuera de las misiones. La doble administración, episcopal e inspectorial originada ese estado de intranquilidad.

“Por otra parte, no era un misterio que Turín (los Superiores Mayores), contemporizaban, cuando en las misiones surgían problemas de personal: no era su sistema indisponer al Vicario Apostólico, quien habría podido hacer llegar el problema hasta Roma; y la Congregación de “Propaganda Fide”, tenía todo interés en respaldar a sus representantes, los Vicarios Apostólicos. Partiendo del principio válido, que los religiosos tenían que estar al servicio de la Iglesia, los de Roma sostenían las actuaciones y las exigencias de sus obispos y representantes. Turín quería a toda costa evitar problemas con Roma.

¡Claro! Existían reglamentos, decisiones, convenios, estatutos y normas emanadas por la Santa Sede. Disposiciones que definían las relaciones que debían existir entre la autoridad religiosa y la autoridad eclesiástica, en tierra de misiones. Mas, es sabido que estos reglamentos y disposiciones son siempre susceptibles de interpretaciones, de epiqueyas, de ampliaciones, especialmente cuando los problemas tienen ribetes que afectan el campo económico. En estos casos, las dificultades aumentan, los roces pueden causar turbación y restar energías útiles y necesarias para el trabajo de penetración entre los misionados. Puedo atestiguar que estos roces y tiranteces, no siempre solo aparentes o solapados, causaban incertidumbres y sufrimientos entre el personal de las misiones que, por supuesto, por muchas razones, no se sentía autosuficiente, ni mucho menos, a la altura de la tarea de resolver a fondo el problema de la evangelización y la promoción humana de la raza shuar de las florestas amazónicas. El problema y las dificultades se agudizaban cuando se constataba públicamente, que el Inspector “descargaba” sobre el Vicario Apostólico ciertas responsabilidades o viceversa.

Eran momentos de ansia y confusión, que tal vez contribuían a dar realce con su sombra, a la Obra Maestra de Dios en las Misiones.

Según mi criterio, yo diría, que el ambiente salesiano misionero parecía más amalgamado, aun siendo más heterogéneo, por la diversi-

dad de nacionalidades, de donde provenían los misioneros. Quizás la primera impresión que se probaba al contacto del ambiente salesiano misionero, era más favorable, en cuanto a espíritu de trabajo, de disciplina religiosa y de entusiasmo. No descollaba, por supuesto, en línea general, la preparación humano-cultural de este personal; del resto la categoría de actuaciones y las exigencias ambientales de esa época en las florestas, no urgían mayor preparación de las que tenían los misioneros. El interés de la Obra Salesiana de la Sierra y de la Costa por las Misiones, en esos decenios, fue siempre escaso o indirecto: parecía que las Misiones eran otra actividad diferente, que, si bien era salesiana, pertenecía a otro sector separado. No me atrevería a acusar de indiferencia o apatía de los salesianos de “fuera”, con los salesianos de las misiones: eran dos cosas... puestas en planos diferentes.

LOS PADRES MORALES Y BRITO

Bosquejar la figura humana y moral del padre Juan Morales, no es para mí tarea fácil. Lo he tratado y conocido relativamente poco, esporádicamente y sin poder ahondar ciertos aspectos, suyos propios de él. No guardo un recuerdo nítido de él y el mío, podría ser un “flash” parcial, exagerado e impresionista. Me daba la impresión de un individuo autosuficiente, acomplejado de superioridad, con tendencias al “caciquismo”.

Siluetta esbelta, bien formada y bien presentada, no sabía esconder sus orígenes humildes. Hacía ostentación de sus cualidades naturales, que según mi criterio, no eran geniales, sino adquiridas y amplificadas por la autogestión. Poseía cultura de autoformación, netamente catedrática y farragosa, se había dedicado con todas sus fuerzas, a la geografía y cartografía del Ecuador. Con su discutible permiso-contrato con el Gobierno, consiguió publicar un atlas histórico-geográfico, muy detallado y prolijo del Ecuador, que al final resultó un fracaso económico, aun cuando la obra en sí, es digna de un monumento.

El carácter del padre Morales era anguloso, brusco, tajante, pero tenía su talón de Aquiles. Frente a un carácter encogido y humilde, él era prepotente, frente a un carácter fuerte, era un “conejo”. Siento tener que bosquejar un “flash”, tan negativo de él, pero debo ser coherente conmigo mismo. Confieso también que no debería atrever-

me a dar un juicio exhaustivo de él, faltándome muchos elementos necesarios para juzgarlo, sin pasión o prejuicios, tanto más ahora que ya es finado (1975-1976), R. I. P. Dejada la comunidad había pasado buena parte de su vida como simple laico, casado y con hijos, ciego o casi de la vista: sería crueldad y falta de caridad, ensañarse sobre su memoria. A honor de la verdad y para ofrecer un cuadro menos incompleto sobre las condiciones de la Inspectoría Salesiana del Ecuador, tenía que presentar al padre Morales de “cuerpo entero”, como yo lo he visto y conocido. Por cierto, fue un “líder” sin discusión y, si sus cualidades positivas hubieran sido cultivadas y puestas al servicio de la comunidad en forma más concreta, habría podido ser un exponente de valor excepcional, adentro y afuera del ambiente religioso salesiano de esos tiempos.

Trazar un bosquejo del perfil humano y religioso del padre Elías Brito, me resulta más fácil y espontáneo. Lo he conocido y tratado más a fondo y prácticamente, él era un individuo “transparente”, poco complicado. Lo definiría fácilmente: “hombre primario”, con todas las características positivas y negativas, que puede presentar una naturaleza primaria.

Nacido en Sígsig, población del Azuay, con todas las características de un pueblo, del campo y de la montaña, con pujos de superación, con tendencias a estériles desafíos competitivos y a peleas regionales y a emulaciones pueriles. Pertenecía a una familia numerosa, honrada, pero de escasos medios económicos. Cursó la escuela primaria salesiana del pueblo y pasó luego al Aspirantado Salesiano de Cuenca, siempre con su carácter inquieto, vivaracho, con ansias de saber, de aprender, de primar. Fue enviado a perfeccionar sus estudios filosóficos y teológicos a Italia, en donde sintió y cultivó el espíritu de superación, hasta la exacerbación, poniendo como base, un agudo sentido poco crítico de nacionalismo.

Hombre de estatura normal, no presentaba caracteres somáticos especiales, era un poco despreocupado en su presentación exterior, fruto tal vez de su carácter más que activo y dinámico, *invadente*, precipitado y visionario.

De palabra fácil, aun cuando no siempre coherente, a menudo se descontrolaba, especialmente si en sus “peroratas” entraba

el amor a la patria. Después de un discurso suyo, con fondo patriótico, fácilmente se lo podía definir: “un fanático de su tierra”. Hombre espontáneo, fácilmente se traicionaba a sí mismo por impetuoso e imprudente: fácil a entusiasmarse, fácil a descontrolarse, de fáciles resentimientos, de vez en cuando actuaba como si fuera presa de un ataque de esquizofrenia. Tuvo momentos tirantes y difíciles en sus relaciones con los superiores religiosos, locales y generales de la Congregación, momentos que al final lo obligaron a retirarse de la Congregación Salesiana y volver al estado de sacerdote libre.

Manejaba bien la pluma, tal vez mejor que la palabra. Por su interés y trabajo, fueron publicados tres gruesos tomos en folio, conteniendo un material precioso sobre la Obra Salesiana en el Ecuador, aun cuando dicho material no obedezca a un orden lógico o responda a exigencias literarias. Lástima que la obra sufrió casi un verdadero boicot por parte de los salesianos, tal vez por ese desorden que se nota en ella o debido, tal vez, al descalabro económico que provocó dicha publicación. Hoy no es fácil encontrar esos tres tomos, ni siquiera en las casas salesianas, y según mi criterio, es una verdadera lástima. Los citados tomos contienen un acervo de noticias interesantes, aun si algunas veces son tan solo de carácter sentimental o fantasioso, más pasará el tiempo y más difícil será encontrarlas en su originalidad.

El padre Brito habrá sido, tal vez, un tipo extravagante, anguloso, inaguantable, caótico, pero es indiscutible que fue un trabajador incansable, un enamorado de su patria, un idealista y soñador. Su influencia entre el personal joven de la Inspectoría fue indirecta; él presentaba algo excepcional, que todos los ecuatorianos hubieran querido poseer: el valor que casi se acercaba a la temeridad, la entereza en sostener su punto de vista y sus tesis, pero siendo él incontrolable, entusiasta, megalómano, fácilmente aparecía como figura líder, aun con ribetes negativos o casi negativos. Los superiores salesianos locales, a menudo se encontraron ante “el hecho consumado”, sin poder reaccionar y no raras veces se abstuvieron de intervenir, para evitar que exteriormente apareciera un estado de malestar, tirantez o intolerancia en la comunidad religiosa.

Aun ante los ambientes gubernamentales, no siempre las intervenciones del padre Brito fueron oportunas o simpáticas. En esos años, el padre Brito se trasladaba fácilmente de un lugar a otro, debido a su propaganda en favor del Oriente ecuatoriano o por motivos de la publicación de sus citados tres tomos. No puedo asegurar que su recuerdo como religioso salesiano, sea del todo positivo. Sin embargo, tuvo las actuaciones dignas de admiración, encomio y gratitud, especialmente por su ayuda práctica para las misiones y para las colonias de “blancos”, que surgieron como milagro en esos años, en la selva.

LA RENOVACIÓN

La norma directiva del padre Montaldo era proceder con calma, sin sacudones, continuada y silenciosamente, casi contemporizando, estoy persuadido que se debe a esta característica suya, la obra salesiana en el Ecuador, en un momento crítico y de transición, no sufrió desviaciones negativas, no se encontró en situaciones tirantes y peligrosas, especialmente en las casas que no pertenecían al Vicariato. Hubo sí, dificultades con las autoridades civiles y eclesásticas, hubo sí, momentos angustiosos. Era todavía el vaso lleno de sangre, que asomaba para que en él fueran pasados los frutos antes de madurar. Pero entre tanto, la obra salesiana, casi despertando de un letargo, empezaba a dar señales de una vitalidad vigorosa. El personal crecía en número y calidad.

Los tiempos evolucionaban, las condiciones económicas y sociales de la nación, habían mejorado notablemente y los cambios de las estructuras sociales, ya barruntados de antemano, reclamaban una nueva sensibilidad moral y espiritual, nuevas aspiraciones y ansias de superación en todos los campos de la actividad humana, estimularon a los salesianos del Ecuador, quienes no poseían ni querían quedar al margen o indiferentes, frente a ese despertar novedoso. Hubo que pensar en ampliar las obras existentes, planificarlas y organizarlas según las nuevas exigencias e inevitablemente, hubo que pensar en abrir nuevas obras. Una de las primeras fue la Casa de Formación Religiosa y Filosófica del personal joven. Obra que más tarde incluiría también el teologado. Esta obra fue empezada en El Girón de Quito.

Guayaquil se extendía a ojos vista y la calidad y la ciudad se dilataban en modo alarmante. Los salesianos no podían cruzarse de brazos y quedar indiferentes. Así en Cuenca, en donde la “Quinta de “Yanuncay”, sueño y realidad del padre Crespi, empezaba a definirse con rasgos netos y claros, a través de ensayos y pruebas casi temerarios. Para el padre Crespi, todo era poco y Cuenca asistió asombrada, a un verdadero milagro, obrado por la tenacidad de ese padre salesiano idealista y soñador y de un gran bienhechor silencioso, el doctor Merchán. Surgió así la “escuela para los hijos del pueblo”, que llevaba el nombre y el recuerdo del papá del doctor Merchán. Esa escuela llevaba ya en sí los gérmenes y las proyecciones de una futura escuela profesional de Artes y Oficios, como natural completamiento.

Era un remezón que sacudió todo el Ecuador salesiano.

La norma directiva del Inspector Montaldo, sosegada, calmosa, con-temporizadora, evitó, quizás un sesgo del todo negativo en la Obra Salesiana del Ecuador, especialmente fuera de las misiones. Hubo sus dificultades, aún con autoridades civiles y eclesiásticas, hubo momentos de angustia: era la copa con sangre, en la que había que mojar los higos para madurar.

Mientras tanto, empero, la Obra Salesiana, casi despertando de un letargo, empezaba a dar señales de vitalidad. El personal crecía en número y calidad. Los tiempos evolucionaban las mejoradas condiciones económicas y sociales de la nación, las proyecciones de la Segunda Guerra Mundial, reclamaban una nueva sensibilidad moral y espiritual, imponían ansias de superación, en todos los campos de la actividad humana. Guayaquil no se alcanzaba y hubo que pensar en abrir otro colegio de secundaria, en Manta. La población de Rocafuerte, reclamó la presencia de los salesianos que aceptaron la administración de una, dos y hasta tres parroquias eclesiásticas. En la ciudad de Guayaquil, la obra salesiana se extendió a los suburbios de esa época y se abrió el colegio de Artes y Oficios “Domingo Savio” y la parroquia “Don Bosco”. Después vino Bahía de Caráquez, el Agronómico de Cuenca, la Escuela “Cornelio Merchán”, el Técnico en la misma ciudad. El radio de acción salesiana abarcó casi todo el Ecuador. En el territorio del Vicariato Apostólico en las florestas,

surgieron nuevos centros de Misión, con internados para jibaritos y jibaritas, principio de la solución del añoso problema de la evangelización y promoción humana de la raza shuar. En poco más de diez años, las florestas amazónicas impenetrables, por medio del camino de herradura abierto por el padre Albino del Curto, se poblaron de colonos de la sierra azuaya y brotaron escuelas, colegios, talleres, puentes y hospitales, por obra de los misioneros salesianos. Los nuevos centros de Sucúa, Sevilla Don Bosco, Yaupi, Limón, Bomboiza, Méndez, llamaron la atención por sus actividades, no solamente de las autoridades civiles-eclesiásticas y militares del Ecuador, sino que se hicieron sentir aún fuera de la nación. La canasta de higos, vista por el santo fundador en 1883, empezaba a ser estrecha para contener los frutos ya cercanos a la madurez, aún cuando rezumaban todavía gotas de sangre y agua. La guerra del 41, entre Ecuador y Perú, encontró a la Inspectoría Salesiana en plena actividad y en vías de una total sistematización y organización.

La dirección del Inspector, padre Montaldo, duró hasta mediados del año 1938; había durado más de diez años y había tenido que moverse en un ambiente interno y externo, movedizo, inseguro y difícil. A la distancia de casi cuarenta años, se puede juzgar sin pasión o parcialidad. Así como se puede aquilatar la grandeza de un hombre por su acertada actuación. El Ecuador salesiano, mucho debe al padre Montaldo, hombre con una presencia humana casi menguada, de salud delicada, amante del silencio y del recogimiento, pero de voluntad acerada, de espíritu religioso y salesiano genuino y de marca mayor, de cualidades humanas que lo hacían simpático y de compañía agradable. Hablaba poco, observaba mucho; sus juicios eran pausados y equilibrados, de humor fino y delicado, sabía encontrar el lado humorístico en las situaciones y se gastaba una preparación cultural no común, sin hacer alarde de la misma. Dejó detrás de sí un recuerdo simpático y un rastro luminoso.

En 1938 el padre Montaldo salió del Ecuador para el XVI Capítulo General de la Congregación Salesiana, que tuvo lugar en Turín-Italia y ya presumía él que no regresaría a esta tierra que amaba; pero dejaba la Inspectoría en buen pie y encaminada a éxitos seguros que ya se columbraban.

Ante las autoridades civiles, eclesiásticas y militares, la Obra Salesiana no había progresado mucho; pertenecíamos todavía al montón, para las esferas del Gobierno, con el agravante que en las Misiones éramos simplemente elementos tolerados. No existían documentos o pruebas de cualquier reconocimiento oficial; se nos miraba, quizás, como extravagantes, fanáticos, utópicos. No gozábamos de ningún apoyo oficial, pero sí, sufríamos trabas cada rato. Entre salesianos se notaban, ya, esfuerzos para orientar nuestras actividades según el genuino espíritu y tradición salesiana. Empezaban a asomarse verdaderos valores humanos e intelectuales en la Inspectoría, valores que polarizaban la atención de la gente y de las autoridades. En Cuenca, el padre Crespi, con sus iniciativas educacionales en favor de la niñez y juventud del pueblo. En Quito, el padre Carlos Izurieta, con su “Oratorio del y para el pueblo”, el mismo padre Morales, con sus cartas geográficas y el padre Brito, con su propaganda algo caótica y alborotadora, pero llena de patriotismo; el padre Luis N. Strazzieri, con sus libros de texto escolares, para la primaria, tentativa que días más tarde iba a cuajar en dos famosas editoriales de Cuenca y de Quito. Todo señalaba un despertar con un porvenir halagüeño; todo inclinaba ya al optimismo. El personal empezaba a tener títulos académicos y se imponía por su preparación cultural y humana.

No obstante este conjunto de factores positivos que detectan un despertar vigoroso, se continuaba a notar elementos que entorpecían una marcha expedita hacia adelante. Entre los directivos de la Inspectoría existían todavía elementos acomplejados, de visión reducida, conservadores a ultranza, medrosos. El elemento autóctono, adquiriendo conciencia de su número y su valor, todavía no encontraba un punto de referencia para polarizarse: andaba todavía desorientado, dejándose arrastrar más por fenómenos periféricos con tendencias negativas, que por una línea de conducta franca, abierta y constructiva: lo nacional prevalecía en ellos, sobre cualquier otro valor, aún de carácter superior, con etiqueta de importación. Eran los tiempos en que, numéricamente, el personal extranjero igualaba al nacional. Si no fuera impropcedente la comparación, diría: las dos fuerzas estaban de frente para medirse.

Considerando los acontecimientos humanos, encuadrándolos dentro de un plan superior, de carácter sobrenatural, a un ojo avizor no será difícil vislumbrar la acción del Espíritu Santo, especialmente en las obras que Él suscitó, para la extensión del Reino de Dios.

EL PADRE CORSO



En el centro, con barba, a la derecha del padre Corso

Quizás sea útil y conveniente trazar la “radiografía” del padre Corso, antes de estudiarlo en su actuación como Inspector.

El perfil humano del padre Corso, no llamaba la atención: no presentaba cualidades somáticas especiales, su estatura era normal, quizás un tanto más baja que lo ordinario. Su estructura fisiológica era robusta, aun cuando su salud no se podía definir: salud de campeón. Cara redonda, ojos y pelo castaños, frente alta y espaciosa. Su caminar era equilibrado, erguido y elegante. Su presentación exterior, impecable, sin rebuscamiento. No poseía una inteligencia brillante, pero era tenaz y hombre de iniciativas; aplicado y diligente; sus conquistas fueron fruto de voluntad y de sacrificio. No tenía una cultura literaria, filosófica o teológica especial: él también era fruto de dos

guerras mundiales. Pertenecía a una familia modesta, su papá era empleado particular. No eran ricos, pero, si acomodados, honrados y trabajadores. Su arte no era espontáneo: más que astro, era un satélite fiel y perseverante. Reflejaba en él con fidelidad, pero sin ampliarla, la luz que recibía de otros.

Conservador, progresista, gozaba de una maravillosa facilidad para aferrar y asimilar de otros, lo que podía ayudarle para beneficio de terceros.

Religioso escrupuloso, salesiano hasta la médula, se había formado en la escuela de los superiores de la primera y segunda generación salesiana, en el Centro mismo de la Congregación y fácilmente se entusiasmaba por todo lo que formaba el ambiente salesiano. No era orador, pero se hacía escuchar con atención, cuando predicaba o hablaba en público, pues tenía arranques de entusiasmo que frisaban la demagogia.

No era hombre de compañía o que gastaba prendas humanas que arrasaban, pero sabía ser amigo y cultivaba la amistad, aun con sacrificio personal.

Si la política es una doctrina útil y la diplomacia sirve para la vida práctica, aun cuando se deba sacrificar la espontaneidad y la franqueza, mereciendo a menudo, aun en los ambientes religiosos, la definición de “prudencia”, el padre Corso en esto debía parecer maestro ducho y navegado. Más que la acción directa y personal suya, en el padre Corso, había que buscar el hilo conductor que lo hacía moverse y dirigía desde fuera y desde lejos.

El padre José Corso, todavía joven, había actuado como educador y formador de aspirantes, a la vida salesiana, en las casas de Ivrea y Penango, bajo las directivas personales del padre Pedro Ricaldone, entonces Rector Mayor de la Congregación Salesiana. El padre Corso, era un incondicional admirador y seguidor del padre Ricaldone y gozaba las simpatías y preferencias suyas. No me consta que D. Ricaldone le haya trazado una línea de conducta estricta o rígida en su nueva misión de Inspector del Ecuador. Un día, en Turín, mientras hablábamos Corso y yo (éramos coterráneos y yo lo había llevado a Penango como aspirante salesiano, desde nuestro

pueblo natal), el padre Ricaldone que nos había visto, se alejó de sus acompañantes y se nos acercó. Lo saludamos con deferente respeto y cariño y, dirigiéndose a mí, que todavía no sospechaba siquiera que D. Corso había sido escogido como Inspector del Ecuador, después de unas cuantas preguntas inquisidoras sobre el estado de las Misiones entre los jíbaros (1938, después del Capítulo General XVI, al cual había participado yo como representante de la Inspectoría de Ecuador), dirigiéndose a Corso, exclamó: “¡Hay que dar nuevos rumbos al Ecuador, hay que salirse de moldes superados! ¿Qué te parece, Corso?”. Este sonrió, yo no recuerdo haya dicho una palabra y el padre Ricaldone se retiró sin más. Yo no le di mayor peso a la conversación, hasta cuando supe del nombramiento del padre Corso y lo vi actuar en la Inspectoría. Atando cabos, hoy, pienso que el padre Ricaldone, como directiva de su actuación de Inspector en el Ecuador, le impuso que valorizara el elemento autóctono, norma que, a mi juicio, fue el programa y la línea direccional de la actuación del padre Corso en sus diez años de inspector.

Juzgo prez de estas descoyuntadas y descabelladas notas y prueba de sinceridad en el que las escribe, hacer constar aquí, que en los últimos tiempos de su actuación como Inspector, antes de morir, las relaciones personales entre él y el que escribe, que en ese entonces era provicario de las misiones del Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza, eran tirantes y que él, a su regreso del Capítulo General del 1948, me trajo una carta firmada por el Rector Mayor, con la cual se ordenaba mi regreso a Italia, para dejar libre la actuación del Inspector. Personalmente, pude haberme quedado herido o resentido por su modo de tratarme, pero no por eso debo ser obtuso y necio, en reconocer lo positivo de su actuación y sus méritos, como superior salesiano. Puede también él (Q. E. P. D.), haber tenido sus limitaciones y sus fallas, aquí se me aparece como instrumento dúctil en las manos de Dios, para el desenvolvimiento de su plan providencial en la obra salesiana. El sueño de Don Bosco de 1883, debía verificarse también en este sector de América del Sur y había llegado el tiempo de la segunda generación: los higos habían pasado por la sangre y todavía destilaban agua; pero eran ya gruesos y su madurez se perfilaba, aún para las miradas profanas.

No cabe duda que el padre Corso, desde el principio de su actuación, dio importancia y valor al elemento salesiano autóctono; podríamos decir lo polarizó y lo valorizó.

Admitamos que encontró los factores propicios para esta su acción, pero esto no disminuye su intuición y su tinsa actuación. No afirmo que todo haya sido rosas y flores o éxitos en su actuación, así como no afirmaré que él haya sido siempre imparcial, frente a situaciones ambiguas. Como hombre limitado también él, sufría de complejos y si es que en su actuación como Inspector pareció ser decisivo, fue ciertamente porque sabía que tenía el respaldo total e irrestricto del Rector Mayor, del cual gozó hasta el último día de su vida, las simpatías y el apoyo. Esta, por supuesto, es mi persuasión personal, que podría ser corroborada por una serie de correspondencia escrita, que oportunamente yo entregué al padre Antonio Guerriero. Esto en lo que se refiere a mi persona.

Lo cierto es que entre los salesianos ecuatorianos, su recuerdo sobrevive en bendición y simpatía, como hombre que los supo comprender y valorizar.

NUEVOS HORIZONTES

Los tiempos habían madurado y la Obra Salesiana reclamaba nuevos horizontes y nuevas directivas. Aumentaron en número y eficiencia las obras y el número de vocaciones salesianas siguió en auge. Durante la dirección del padre Corso, la Inspectoría empezó a vivir intensos momentos de euforia, en las celebraciones jubilares, sea de las misiones orientales, sea de las varias fundaciones salesianas en el Ecuador. Eran los primeros frutos que maduraban, eran dianas que preludiaban nuevos amaneceres radiosos.

Las misiones del Oriente ecuatoriano recibían su reconocimiento oficial, mediante un documento público, que las declaraban en su mayoría de edad. Por su parte, los misioneros comprometidos en la Obra de la promoción humana de la raza shuar, ante la nación, podían presentar las primeras conquistas, una red tupida de centros educacionales primarios y secundarios y especializados, en todo el territorio del Vicariato; los primeros cascos de poblaciones autóctonas de familias jíbaras civilizadas, que se regían con sistema de gobierno propio; vías de penetración y de comunicación a las flores-

tas, y nuevos centros de colonos blancos inmigrados de la Sierra, en busca de trabajo y de una vida honrosa y decente. En las florestas milenarias e impenetrables, habían penetrado los adelantos modernos en maquinarias, ganadería, agricultura, mecánica y carpintería, por iniciativa y obra de los misioneros salesianos.

En la Sierra y en la Costa, la actividad salesiana fue cobrando cada día más fuerza, consistencia e importancia. Guayaquil, Quito, Cuenca presentaron a la consideración de la ciudadanía obras de fuerte envergadura; educadores, con estudios superiores, técnicos, agrónomos y culturales, pedagógicos y filosóficos. El personal salesiano se especializaba dentro y fuera de la nación y formaba un acervo intelectual imponente y respetable.

Económicamente la Inspectoría estaba superando el período de miseria y estrechez. Las obras se presentaban a la mirada pública, no solamente en forma decente, sino, en su mayor parte, en forma imponente. La población escolar que recibía instrucción y educación de los salesianos, sumaban decenas de miles de alumnos, con la consiguiente proyección de la influencia salesiana en las familias en el ambiente.

Cuando, hace poco, de boca del Señor Arzobispo de Guayaquil, salió la apreciación, tan honrosa para los salesianos, que la vida religiosa de la ciudad llevaba el sello de la piedad salesiana, automáticamente el que esto escribe, remontó con sus recuerdos, a esos tiempos de las décadas de los treinta y cuarenta. Las semillas se habían vuelto fruto sazonado.

¿Los artífices de estos fenómenos milagrosos? Yo nombré a dos exponentes, que por ocupar puestos de responsabilidad, encarnaban la Obra Salesiana en el Ecuador. Sabido es que ellos solos habrían sido unos elementos más en la masa o la comunidad. Detrás de ellos y con ellos hubo dos centenas de salesianos sacrificados y esforzados, a veces, anónimos u olvidados, que llenaron los dos vasos: el de la sangre y el del agua, en donde se remojaban los higos verdes para poderlos pegar a la planta y hacerlos madurar.

Hubo figuras señeras que desarrollaron una magnífica labor y destacaron en los tiempos: no cabe duda. Domingo Viani en Quito y padre

Maldonado; Carlos Izurieta en Quito, Cayetano Tarruell en Guayaquil; Crespi, del Curto y Colombo en Cuenca y una pléyade más de magníficos elementos humanos y religiosos que, en el nombre de Don Bosco y por Don Bosco, potenciaron la Inspectoría Salesiana del Ecuador, llevándola a la importancia de cualquier otra Inspectoría grande del mundo internacional salesiano.

A estas personas maravillosas hay que rendirle homenaje de pleitesía y cariño, pues de su renta vivimos nosotros.

Serie Misioneros Salesianos

En los últimos años de su vida Don Bosco estuvo en contacto epistolar con las autoridades del Ecuador, tanto civiles como eclesiásticas y su último envío de misioneros tuvo exactamente este país como destino.

Aunque él físicamente nunca haya estado aquí, su presencia se hizo tangible a través de muchos de sus hijos, que encarnaron con fidelidad su estilo de vida y de trabajo.

La Inspectoría del Ecuador, desde sus orígenes, fue pensada por Don Bosco y los primeros salesianos como una Inspectoría misionera. De hecho, apenas asentada la presencia salesiana en el Ecuador se inició el trabajo evangelizador con el pueblo shuar. Décadas más tarde se amplió la presencia misionera con el pueblo achuar y ya en la década de los setenta con los pueblos kichwas de la Sierra ecuatoriana.

Al celebrarse el segundo centenario del nacimiento del Santo, con la colección MISIONEROS SALESIANOS, la Inspectoría del Ecuador quiere dar a conocer la biografía, la actividad y el pensamiento de un puñado de aquellos hombres que hicieron palpable el carisma salesiano trabajando en las misiones amazónicas.



Centro Salesiano de
PUBLICACIONES
PASTORALES
José Ruaro



9789942852601